



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

DIVISIÓN DE ESTUDIOS PROFESIONALES

La idea de progreso social en la obra de George H. Mead

TESIS

Que para obtener el título de Licenciado en Psicología

Presenta

CARLOS LABASTIDA SALINAS

DIRECTOR: DR. JUAN SOTO RAMÍREZ

REVISOR: DR. PABLO FERNÁNDEZ CHRISTLIEB

SINODALES

DR. ADRIÁN MEDINA LIBERTY

MTRO. JUAN CARLOS HUIDOBRO MÁRQUEZ

LIC. FRANCISCO PÉREZ COTA

CIUDAD UNIVERSITARIA, CD. DE MÉXICO, 2019





Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A Dany

Agradecimientos

Ninguna idea, pensamiento o conocimiento le pertenece a un individuo en particular, sino a la colectividad dentro de la cual surge. Por lo tanto, este trabajo es de muchos. Gracias a los responsables más inmediatos, esta tesis también es de ustedes.

A mi ma y mi pa, por todo lo que me han dado y por habérmelo dado todo. Por su amor, confianza y amistad incondicionales, por su guía, apoyo y ejemplo. Todo lo hecho es gracias a y por ustedes.

A Dany. Siempre he creído que somos dos caras de una misma moneda, andando el mismo camino pero viendo hacia los lados contrarios, tan parecidos y tan distintos. Gracias por ser la de adelante, la que rompe el viento y la que allana el camino. Esta tesis es para ti porque, entre tantas otras cosas, no imagino mi gusto por leer y escribir de no haber sido por tu ejemplo.

A Adri, por la sociedad que hemos construido.

A toda mi familia, por la unión, el apoyo y el cariño de siempre a lo largo de todos estos años. A Tatá, mi abuelita Zita y mi abuelito, en su momento nos reencontraremos.

A Alan e Iván, que deben saber que resulta imposible reducir a unas cuantas palabras todos los años, los momentos, las aventuras, las emociones, el cariño y los aprendizajes compartidos.

A Eli, por siempre estar; a Gaff, por tanta risa y tanta pizza; a Alex, por aquellos días con Jabba. A los tres por todos los momentos vividos.

A Norma, por las pláticas sobre cualquier cosa en cualquier lugar, donde lo único que siempre nos faltaba era el tiempo.

A Alex, Alma, Bere, Luis y Vero, por ser con quienes inicié este camino.

A Axel, por cada uno de esos trayectos en los que nos ha hecho coincidir la vida. A Kari, por llegar inesperadamente con su intensa amistad.

A todos ustedes, por acompañarnos en los turbulentos y enredados caminos de la psicología y de la vida.

A Juan Soto, por la confianza desde el inicio y por el interés auténtico en este trabajo, por la guía, el diálogo, el impulso y las críticas; por todo lo aprendido dentro y fuera de los

salones de clase. A Pablo Fernández, que con sus clases, escritos y pláticas transforma el modo de vivir y de ver el mundo, y hace reparar en las bellezas inadvertidas de la vida. A los profesores Pérez Cota, Juan Carlos Huidobro y Adrián Medina, por su tiempo, su disposición, sus comentarios, críticas y observaciones a este trabajo.

Incluyendo a los cinco anteriores, agradezco también a los profesores y profesoras Ana Buquet, Blanca Reguero, Carlos Rojas, Erik Salazar, Jorge Molina y Patricia Paz, por introducirme a nuevas formas de pensamiento, por generar en mí este gusto y encanto por la psicología social, así como el interés por los problemas de nuestra realidad.

A mis Donkey Boys: Alan, Mich, Roy, Vega y Vic, por la familia que somos. A la chata, por el inmenso cariño y apoyo, por todas nuestras coincidencias y, sobre todo, nuestras diferencias. A Beto, Alex, Ana, Citlaly, Deysi, Neto y Raúl. A todos ustedes por haber sido, sin saberlo ni buscarlo, los que me acompañaron durante todo este proceso. A todos los Betos, por compartir el amor y el arte de volar sobre las pistas, con todos los contrastes que ello implica.

A todo el Centro Prodh, por guiarme y ayudarme a darle un sentido a mi formación; especialmente a Ada, Lalo, Naim, Narce y Xosé, por su calidez, su calidad, su ejemplo y su amistad.

Al Quetz y al Serch, esos que llegaron, ya desde hace tiempo, para quedarse.

A Carla y esos incidentes que al parecer ocurren sólo en su presencia.

A la UNAM, por ser mi hogar desde siempre.

“No hay alternativa; cualquiera que disponga de los medios para contribuir, poco o mucho, a cambiar las cosas y no lo haga se torna cómplice de su mantenimiento”

Tomás Ibáñez, 1993

“Crítica de la sociedad es crítica del conocimiento, y viceversa”

Theodor Adorno, 1973

Índice

Resumen.....	7
Introducción.....	8
Capítulo 1. George Herbert Mead.....	16
1.1 Trayectoria Académica.....	16
1.2 Vida cívica y política	22
Capítulo 2. Influencias y Raíces Teóricas	31
2.1 Pragmatismo	31
2.2 Darwin y la teoría de la evolución.....	42
2.3 Charles H. Cooley y la sociedad mental.....	47
2.4 Conductismo.....	51
2.5 La Escuela de Chicago.....	54
2.6 Sociología y Filosofía Alemanas.....	61
2.7 Filósofos Morales Escoceses.....	63
Capítulo 3. Génesis del <i>Self</i> y de la Mente.....	66
3.1 Mente.....	67
3.2 <i>Self</i>	77
Capítulo 4. Sociedad y Progreso Social.....	88
4.1 Progreso social, universalidad y sociedad ideal	89
4.1.1 Complejidad y evolución social.....	89
4.1.2 Universalidad.....	92
4.1.3 Democracia, progreso social y sociedad ideal.....	97
4.1.4 Socialismo.....	101
4.1.5 Derechos.....	103
4.1.6 Sobre la guerra y la dominación.....	105
4.2 Ética.....	109
4.3 Ciencia y Reforma Social.....	112
4.4 Historia.....	116
4.5 Educación.....	118
Conclusiones. La Psicología Política de George H. Mead.....	122
Referencias.....	132

Resumen

El presente trabajo parte de la argumentación de que el pensamiento de George H. Mead se encuentra, en distintos niveles y por distintas razones, fragmentado y que tiene un potencial aún no explotado o utilizado; además de que, en la mayoría de los casos, se le limita únicamente al campo de la identidad y del *self*. Esta investigación tiene como argumento central que al recuperar, integrar y poner en el centro de la teoría de Mead sus ideas y trabajos que desarrolló acerca de los demás ámbitos del mundo social, como lo son la ética, la universalidad, la democracia, la guerra, la ciencia, la reforma social, los derechos, la historia, la educación y, especialmente, el progreso social, su pensamiento cobra un sentido completamente distinto y novedoso, en el cual el *self*, la conciencia y la mente, tienen, por su naturaleza social misma, una dimensión ética y política, un compromiso intrínseco con su comunidad y con la realidad social. En consecuencia, su obra puede definirse como una teoría sociopsicológica de la transformación social o, si se prefiere, considerar su psicología social como una que es, en todo momento, una psicología política.

Palabras clave: George H. Mead, psicología política, progreso social, *self*.

Introducción

“A la fecha, los científicos sociales han utilizado sólo una porción limitada de las contribuciones totales de Mead. Hay tanto que podría hacerse con sus ideas”

(John D. Baldwin, 1986:153).

George Herbert Mead fue un filósofo y psicólogo social estadounidense que es ampliamente reconocido en las ciencias sociales -especialmente en la psicología social y la sociología- y en la filosofía. En las primeras se le reconoce por sus trabajos sobre su teoría social de la génesis del *self* y de la mente; trabajos que algunos consideran que sentaron las bases para el posterior desarrollo del interaccionismo simbólico. En la filosofía se le conoce sobre todo por sus desarrollos y valiosas contribuciones al pragmatismo norteamericano. Sin embargo, al día de hoy, mucho se ignora el hecho de que este mismo autor, quien desarrolló una teoría social de la mente orientada a la acción, también dedicó gran parte de su vida y de su trabajo a la reflexión de temas políticos, y lo hizo no solo en el ámbito académico, sino también en su día a día, pues participó y se involucró de manera permanente en la vida pública de los lugares donde vivió, buscando incidir en la resolución de diversos problemas sociales. Temas como la guerra, los derechos, la justicia, el socialismo, la ética, el internacionalismo, la democracia, el progreso, la reforma social, la educación y la historia fueron temas a los cuales se dedicó apasionadamente. En la práctica, lo hizo a lo largo de toda su vida; académicamente, reflexionó de manera amplia sobre ellos en sus últimos años. Deegan y Burger (1978) lo dicen claramente:

Hay dos mitos populares relacionados con el eminente filósofo y psicólogo social George Hebert Mead: que publicó poco durante su vida y que *Espíritu, Persona y Sociedad* es su trabajo sociológico más importante. Esta tergiversación de las contribuciones de Mead está basada parcialmente en la desatención hacia su trabajo y sus escritos sobre la reforma social (p. 362).

El hecho de que se le haya prestado mucho mayor atención a su trabajo sobre la génesis de la mente y el *self* -documentado principalmente en su libro *Espíritu, Persona y Sociedad*¹- provocó que la fuerza de su teoría y su pensamiento en general se viera un tanto disminuida, quedara fragmentada, descontextualizada, y se le identificara más simplemente con el origen o las bases del interaccionismo simbólico o como una crítica más al conductismo watsoniano, y no tanto como un cuerpo teórico que pudiera ser utilizado por sí mismo para comprender, desde cierto punto de vista, la producción y reproducción de la sociedad. Los factores que contribuyeron a que *Espíritu, Persona y Sociedad* fuera su trabajo más reconocido son varios, entre los que destacan la poca difusión que tuvieron sus demás escritos hasta décadas después de su muerte, su frecuente estilo complejo de escribir y la ausencia de publicaciones que integraran explícitamente todos los elementos de su pensamiento en un todo sistemático (Baldwin, 1986, p.158). Además, en los países de habla hispana este problema se encuentra acentuado por el hecho de contar con una reducida traducción oficial de los trabajos de Mead². Sin embargo, puede afirmarse que los principales responsables de esta desatención al trabajo de Mead fueron aquellos autores que recogieron únicamente esa parte de su obra -ignorando la importancia y extensión de lo demás-, y se consideraron a sí mismos como herederos y continuadores fieles de su pensamiento. Sobre esto, Collins (1996) menciona que:

La teoría de Mead sobre la mente no ha sido agotada. De hecho, apenas se ha tocado. Las versiones situacionista y de la teoría de roles, dentro del interaccionismo simbólico, han desviado la atención de la aportación más

¹ *Espíritu, Persona y Sociedad. Desde el punto de vista del conductismo social (Mind, Self and Society. From the standpoint of social behaviorism)* es el libro más conocido de Mead. Sin embargo, Mead no lo escribió de su puño y letra, sino que consta de recopilaciones y transcripciones de las notas de clase que alumnos de Mead tomaron durante sus cursos. Fue editado por Charles W. Morris y publicado en 1934, tres años después de la muerte de Mead.

² El volumen titulado *Escritos Políticos y Filosóficos*, editado por Gregorio Kaminsky y publicado por el Fondo de Cultura Económica en 2009, y *La Filosofía del Presente*, editado por Ignacio Sánchez y publicado por el Centro de Investigaciones Sociológicas en 2008, son los esfuerzos más importantes realizados en los últimos años. Ambos contienen distintos ensayos de Mead traducidos por primera vez al español.

importante de Mead: una teoría del pensamiento genuinamente sociológica (p. 280).

La cita anterior hace referencia a las versiones del interaccionismo simbólico desarrolladas por H. Blumer y por M. Kuhn. El primero desarrolló, en Chicago, una versión centrada en la noción de proceso (es decir, una concepción donde se acentúa la libertad de la persona y el carácter impredecible y creador de su conducta); el segundo, en Iowa, lo hizo centrado en la noción de estructura (donde resaltó el concepto de rol y la estabilidad o estandarización de las expectativas que guían la conducta, además de concebir las estructuras sociales como constrictoras de la interacción). Como se verá a lo largo de este trabajo, tanto la noción de proceso como la de estructura son partes fundamentales e inseparables en la obra de Mead, con igual importancia, por lo que el simple hecho de dividir las y darle a una mayor peso que a la otra, distorsiona de entrada la visión de Mead. Sobre este respecto, Shalin (2016) apunta directamente a Blumer:

Mientras la tradición de Chicago se transmitía por generaciones, esas ideas se perdían, eran deformadas o hasta parcialmente olvidadas. Blumer es señalado como el culpable debido a la escasa atención que le dio al rol que las instituciones sociales juegan en el pensamiento de Mead (p. 247).

Más allá de esto, hay autores que aseguran que el problema no radica únicamente en la interpretación que se le dio a las ideas de Mead, sino que la forma misma en que fue conformado *Espíritu, Persona y Sociedad* lleva consigo algunos problemas. Por ejemplo, Scott (2007) escribe sobre este que:

Los increíblemente leales y cumplidos estudiantes que juntaron y editaron estos libros estudiaron con él durante los 1920s hasta antes de su muerte en 1931. Se basaron en sus ideas más maduras que expresaba en los salones de clase. No comprendieron o pusieron atención a sus tempranos intereses en los niños, las emociones, la política y la vida urbana (p. 117).

En un sentido muy parecido relacionado a la etapa de la vida académica de Mead en que fueron tomadas las notas en las cuales está basado su libro más conocido, Deegan y Burger (1978) afirman que:

Espíritu, Persona y Sociedad, una de sus publicaciones póstumas más influyentes, está basada en las clases de psicología social de 1927 de Mead. El mismo curso enseñado en una época diferente u otros cursos dados por él hubieran enfatizado más las ideas sobre la reforma social, pragmatismo y cambio social que pudieran extender o modificar esos conceptos presentados en dichas publicaciones (p. 370).

El predominio que han tenido los temas contenidos en *Espíritu, Persona y Sociedad* ha hecho parecer que la obra de Mead se encuentra fragmentada, y no permite ver que cada tema sobre el cual escribió guarda una estrecha relación con los demás. Su obra es, en realidad, un todo unificado en donde los elementos microsociales se encuentran en una interrelación permanente con los macrosociales, e intentar comprender a cabalidad los unos sin los otros resulta un esfuerzo estéril. Fue tan solo a partir de finales de la década de los 70 y principios de los 80, es decir, 50 años después de la muerte de Mead, que esta otra faceta de su vida y obra empezó a conocerse poco a poco, principalmente a través de las valiosas contribuciones de Deegan y Burger (1978), Joas (1985), Baldwin (1986), Shalin (1988) y Cook (1993). Sobre esto, Shalin (1988) afirma que “mucho menos familiar nos es Mead el reformador, un hombre que buscó balancear el compromiso político con el académico, y quien se estableció a sí mismo como un astuto crítico de la sociedad americana contemporánea” (p. 913); y Carreira (2006), por su parte, asegura que “los fundamentos ‘socio-lingüísticos’ de una democracia radical son una de las contribuciones más abandonadas e ignoradas de Mead” (p. 36).

Aunado a esta revitalización que han tenido los trabajos de Mead en las últimas tres décadas, de acuerdo con algunos autores (Kaminsky, 2009, p.9; Bernstein,

2013, p.34; Huebner, 2017, p.18), el día de hoy se vive lo que se conoce como un renacimiento del pragmatismo, en el cual esta corriente filosófica está siendo ampliamente retomada en la academia y es objeto de nuevos debates, interpretaciones y contribuciones. En consecuencia, el pensamiento de Mead, como uno de los autores clásicos del pragmatismo, ha sido retomado por diversos teóricos pertenecientes a las ciencias sociales y a la filosofía. Como ejemplo de ello puede mencionarse la nueva edición que la Universidad de Chicago publicó, en 2015, de *Mind, Self and Society: The Definitive Edition*, la cual contiene un prólogo de Hans Joas y una sección escrita por Daniel R. Huebner³ titulada *The Sources of Mind, Self and Society*, donde se explica la historia y la procedencia de las notas que dieron origen a dicho volumen. También puede mencionarse la realización de diversas conferencias a nivel internacional y las publicaciones de varios trabajos -algunos de los cuales son producto de dichas conferencias- en los cuales se revisan los alcances y las aportaciones que ofrecen las ideas de Mead en la actualidad, como lo son *George Herbert Mead in the Twenty-First Century* (Thomas y Piotr, 2013); *Becoming Mead: The social process of academic knowledge* (Huebner, 2014); *The Timeliness of George Herbert Mead* (Joas y Huebner, 2016); y *La filosofía sociale di George Herbert Mead* (Nieddu, 2016).

El consenso de que Mead debe ser tratado como un clásico es cada vez mayor, pues, como argumenta Carreira (2006, p.19), un clásico es un texto escrito en el pasado que conserva la capacidad de provocar controversias entre los practicantes actuales de cierta disciplina. Un texto o autor clásico continúa siendo reconocido como una forma ejemplar de abordar cierto tipo de problema y que puede, por lo tanto, ser utilizado como herramienta intelectual para propósitos del presente. En ese contexto, leer y releer a Mead -un autor que reflexionó, transitó y vinculó disciplinas tan diversas como la biología, la psicología, la filosofía, la sociología, la pedagogía y la física- a casi un siglo de su muerte, cobra pleno sentido; especialmente después de que, en las últimas décadas, ha reinado una atmósfera de intensa especialización disciplinaria. Tal vez ahora, cuando hay un

³ Hans Joas y Daniel R. Huebner son dos de los sociólogos contemporáneos más destacados que se han dedicado por varios años al estudio de la vida y obra de George H. Mead.

mayor reconocimiento de los beneficios que brindan las aproximaciones inter y transdisciplinarias a los complejos problemas sociales del presente, “es el momento en el que podemos volver a Mead con una mirada nueva para ver todo lo que tiene que ofrecer al pensamiento contemporáneo” (Simpson, 2014, p. 3).

Por los motivos expuestos, se considera que es necesario retomar las ideas desarrolladas por Mead en sus demás trabajos, pues estos elementos de su obra no son simples ideas complementarias o periféricas, sino que son de vital importancia para comprender de una manera más amplia el trabajo de dicho autor. Poner en el centro de su teoría estos temas y vincularlos con las ideas sobre la génesis del *self* y de la mente permite evidenciar la continuidad que existe entre ellas. Por ello, este trabajo tiene como objetivo explorar precisamente esa otra faceta de la vida y obra de Mead -centrándose específicamente en la idea de *progreso social*- y ver cómo se vincula con sus ampliamente reconocidas ideas del *self* y de la mente. Como se verá en las páginas que conforman esta investigación, el concepto de *progreso social* tiene una presencia constante en los diversos escritos de Mead, en algunos más explícita que en otros, en donde expresa su deseo y su convencimiento de que nuestra meta como comunidad es ir progresando y evolucionando a lo largo de la historia, lo cual se logra mediante la resolución de los problemas que se nos van presentando en el día a día. Y no solo eso, sino que sus acciones en la vida política de su país muestran la continua preocupación que tuvo por la resolución de diversos problemas sociales y por la búsqueda de mejorar las condiciones de vida de las personas. Concretamente, se responderá a la pregunta de ¿qué papel juega en la obra de Mead el concepto de *progreso social* en relación con sus demás ideas, especialmente aquellas sobre el *self* y la mente? Comprender esto y darle su lugar dentro de la obra de Mead a dicho concepto nos ayudará a darle un sentido nuevo y mucho más amplio a sus concepciones del *self*, de la mente y de la sociedad; y permitirá argumentar que su teoría es, en sí, una psicología política y una teoría sociopsicológica de la transformación social.

Así, al unificar aspectos importantes del pensamiento meadiano, este trabajo busca contribuir a los esfuerzos mencionados anteriormente de reexaminar a

Mead, y mostrar no solo la forma en que puede ayudarnos a comprender ciertas dimensiones de los fenómenos sociales, sino la manera en que puede establecerse como punto de partida para la realización de novedosos desarrollos teóricos. Años atrás, Baldwin (1986) ya lo vislumbraba:

El potencial para futuro desarrollo y elaboración de la ciencia social pragmática de Mead es enorme. La ciencia social pragmática de Mead tiene tanto elegancia teórica como utilidad práctica. No sólo es la teoría unificada de Mead intelectualmente rigurosa y profundamente científica, también es útil en la promoción del cambio social adaptativo. El mismo Mead estaba dedicado tanto al trabajo intelectual como a la reforma social; y su teoría refleja sus fortalezas en ambas áreas (p. 157).

La presente investigación es de carácter documental, por lo que su realización se basó, principalmente, en la recopilación y análisis de la información existente en los libros, ensayos y artículos escritos por el propio Mead; así como en libros, ensayos, artículos de revistas, tesis, conferencias o cualquier otro tipo de material impreso, digital o audiovisual de diversos autores que se han dedicado al estudio del trabajo y la vida de Mead, y que brindara información para tratar el tema en cuestión.

En el capítulo uno se hace un breve recorrido por la vida de Mead, tanto la parte académica -en donde se verá cómo fue transitando de una perspectiva un poco más individual y fisiológica de la acción humana hacia una más social y política-, como su vida fuera de las universidades. Aquí se advierte cómo la familia en la que creció, los colegios a los que asistió y las trayectorias académicas que fue recorriendo lo llevaron a lugares y a conocer a las personas que influirían determinadamente en su pensamiento; así como la manera en la que Mead siempre estuvo fuertemente comprometido con los problemas políticos y sociales de su ciudad, su país y del mundo en general.

En el segundo capítulo se revisa precisamente de qué manera –teórica y académicamente hablando- Mead fue influido por todas aquellas personas y lugares que conoció, así como por las teorías dominantes de su época; ya fuera

por afinidad a ellas o para distanciarse. Se abordan concretamente los aspectos que influyeron en Mead: el pragmatismo, la teoría de la evolución, el conductismo, los postulados de Cooley, la Escuela de Chicago y algunos de sus miembros, así como la sociología de Simmel y de los filósofos morales escoceses.

Su ampliamente conocido trabajo sobre la génesis y el funcionamiento del *self* y de la mente a través de la interacción, y su permanente interrelación con la sociedad son el tópico del capítulo tres; para, finalmente, abordar en el capítulo 4 aquellos temas que permiten ver la importancia del concepto de *progreso social* en el pensamiento de Mead. En este contexto, se analizan las cuestiones de la universalidad, la democracia y su relación con la posibilidad de construcción de una sociedad ideal; asimismo, los derechos, la guerra y la dominación, la ética, la historia, la ciencia, la reforma social y la educación también fueron objeto de análisis, pues en todos ellos la noción de progreso social está presente de manera constante y brindará los argumentos para afirmar que el progreso social es una idea fundamental en la obra de Mead, lo cual permite concluir que su psicología social es, en todo momento, una psicología política.

Capítulo 1. George Herbert Mead

En este primer capítulo se revisará la trayectoria académica de Mead, así como su vida fuera de las universidades y la academia, con la intención de mostrar cómo los lugares en los que estudió y enseñó, las personas con quienes convivió dentro y fuera de las instituciones académicas y el contexto sociopolítico en el cual vivió fueron definiendo poco a poco sus intereses teóricos y, sobre todo, consolidando su compromiso para contribuir a la resolución de los problemas sociales y políticos de comunidades tanto locales como internacionales.

1.1 Trayectoria Académica

George H. Mead nació en Massachusetts, Estados Unidos, en 1863. Su padre fue, durante mucho tiempo, ministro de la iglesia local y posteriormente profesor de teología hasta su muerte; su madre se desempeñó también como profesora por varios años (Baldwin, 1986, p. 7; Cook, 1993, p.1). Los dos tenían y defendían ideales protestantes y liberales (Scott, 2007, p.113), cosa que sin duda alguna influyó fuertemente en las convicciones y posturas que Mead iría desarrollando a lo largo de su vida; sobre todo aquellos ideales liberales y progresistas, especialmente los asociados a la igualdad entre todas las personas, pues estos lo acompañaron el resto de su vida y tuvieron un papel central en su obra y en su actuar.

Mead estudió y se graduó en el Oberlin College -misma institución en la cual su padre fue profesor de teología-, en Ohio, donde conoció a quien sería su gran amigo Henry Castle y, también, a la que sería su futura esposa, Helen Castle. La amistad de Mead y Castle resulta de vital importancia, ya que fue una amistad que estimuló fuertemente la vida intelectual de Mead, principalmente en los campos de la literatura, la filosofía y la religión. Los dos, durante sus años escolares y posteriores, sostuvieron largas pláticas sobre estos y otros temas, además de mantener una continua correspondencia cuando se encontraban separados. Esta correspondencia entre ambos permite conocer las etapas del desarrollo intelectual

de Mead (Cook, 1993, p.2). El Oberlin College se caracterizaba por ser una institución cristiana ortodoxa y dogmática, y, por otro lado, por fomentar en sus alumnos las responsabilidades y compromisos sociales que se consideraba debían cumplir como cristianos, como los compromisos en la lucha por la emancipación de los negros y las mujeres, especialmente en los temas del racismo, la educación y el derecho al voto. Como ejemplo de este progresismo asociado a la institución, el Oberlin College fue uno de los primeros en aceptar estudiantes afroamericanos en los Estados Unidos, en 1835, y el primero en admitir alumnas mujeres e implementar la educación mixta en 1837. Con ello, se convirtió en una de las instituciones que promovieron e influyeron, con sus acciones, en el debate sobre los derechos de los afroamericanos y las mujeres en el país. A tal grado que, para 1900, de todos los afroamericanos graduados en los Estados Unidos, la mitad de ellos eran egresados del Oberlin College (Jones-Wilson et al., 1996, p.339).

En los años en que Mead estudió en Oberlin, las ciencias naturales, con los trabajos de Darwin y la teoría de la evolución, ganaban terreno en los ámbitos académicos, incluso en aquellas instituciones de educación superior de corte religioso. Mead estaba interesado en conservar los valores morales del cristianismo socialmente comprometido que le habían inculcado, pero quería hacerlo más allá o fuera del dogma teológico, lo que le llevó a interesarse en la psicología y en la filosofía, principalmente en la obra de Immanuel Kant y el idealismo alemán post-kantiano (Joas, 1985, pp.15-16). Al terminar sus estudios en el Oberlin College, Mead pasó por una serie de distintos empleos en los que no duró mucho tiempo. Entre estos empleos se encontraban los de profesor de escuela secundaria, tutor particular y el de asistente en un equipo de topógrafos, este último le dio experiencia en ingeniería y le ayudó a convencerse de la utilidad del método científico en la vida cotidiana (Baldwin, 1986, p.7; Ritzer, 2001, p.433).

A los 24 años decidió, junto con su amigo Castle, inscribirse en la Universidad de Harvard para estudiar filosofía y psicología. Su principal motivación fue su gran interés por los filósofos románticos alemanes y por el filósofo idealista Hegel. Ahí fue alumno de Josiah Royce, quien ejerció una gran influencia e impacto en él

mediante su visión metafísica idealista (Fernández, 1994, p.66; Cook, 1993, p.18; Scott, 2007, p.114; Collins, 1996, p.270), y donde conoció y entabló una fuerte amistad con William James –uno de los fundadores y más grandes exponentes del pragmatismo norteamericano-, aunque, contrario a lo que se cree, nunca fue alumno de este y el mismo Mead reconoció que no fue capaz de apreciar el potencial intelectual de James como filósofo en ese momento (Cook, 1993, p.18). Posteriormente, de nuevo junto con su amigo Henry, partió a la Universidad de Leipzig en Alemania en el segundo semestre del año de 1888, donde Mead registró tres cursos de filosofía, entre los que estaba un curso impartido por Wilhelm Wundt, quien lo introdujo al estudio científico del sistema nervioso central y del gesto (Baldwin, 1986, p.8; Fernández, 1994, p.66; Cook, 1993, p.20), elemento que sería crucial en su futuro trabajo. Después de un semestre en Leipzig, Mead se trasladó a Berlín para continuar sus estudios de doctorado por dos años, decisión que tomó en gran medida debido a su creciente interés por la psicología fisiológica. Aquí tuvo como profesores a Wilhelm Dilthey y Hermann Ebbinghaus, entre otros (Scott, 2007, p.114; Cook, 1993, p.21). Con Ebbinghaus adquirió mucha más experiencia y conocimiento sobre la psicología fisiológica y profundizó su entendimiento de la ciencia y el método científico. Su tesis de doctorado, que trató sobre una crítica al concepto empirista del espacio, la realizó bajo la dirección de Dilthey, quien, además, lo inspiró para desarrollar un abordaje psicológico a las cuestiones éticas y morales, principalmente en los niños (Joas, 1985, p.19). Durante este periodo se casó con la hermana de su amigo Henry, Helen Castle, quien también sería una influencia importante en términos de su pensamiento, especialmente en cuanto al feminismo (Scott, 2007, pp.114, 116.).

En 1891, se le ofreció a Mead un puesto como profesor en el Departamento de Filosofía de la Universidad de Michigan y este lo aceptó, por lo que regresó a los Estados Unidos y dejó su tesis de doctorado inconclusa. Fue en Michigan donde conoció y forjó un fuerte vínculo que perduraría de por vida con el filósofo John Dewey, además de haber establecido una buena relación con Charles H. Cooley, de quien retomó e incorporó diversos aspectos de su obra para desarrollar la propia (Baldwin, 1986, p.9; Fernández, 1994, p.66; Scott, 2007, p.114). John

Dewey, además de su gran amigo, se convirtió también en una de las personas que más influyó en las ideas y los trabajos de Mead, quien, de acuerdo con Cook (1993), llegó a decir que “el señor Dewey no sólo es un hombre muy original y profundamente reflexivo, sino el pensador más agradecido que he conocido. He obtenido más de él que de cualquier otro hombre que haya conocido” (p.32). La influencia de Dewey en Mead fue, más que nada, relacionada con la corriente filosófica del pragmatismo norteamericano, de la cual John Dewey es considerado, junto con Charles S. Peirce y William James, uno de sus fundadores y más grandes exponentes. Dewey, a su vez, reconoció que Mead no sólo fue una de las personas que más le ayudó e influyó en su pensamiento, sino que también fue uno de los teóricos más admirables de sus tiempos que dejó un gran legado y un profundo impacto en las ciencias sociales, al mencionar que

Su mente era profundamente original –a mi juicio, y el de mis conocidos, la mente más original en el campo de la filosofía americana de las últimas generaciones [...] No me gusta pensar lo que sería de mi propio pensamiento de no ser por las ideas trascendentales que obtuve de él (Dewey, 1931, p. 310).

En esta etapa de su vida académica, Mead se encontraba todavía más centrado en la psicología fisiológica, utilizando un enfoque más individual y orgánico que el que posteriormente desarrollaría. Los cursos que enseñó en Michigan fueron sobre psicología fisiológica, historia de la filosofía, Kant, y la teoría de la evolución (Joas, 1985. p.20). Junto con Dewey y otros académicos, Mead llevaba a cabo experimentos para estudiar la percepción, la atención, las sensaciones, el sistema nervioso central, el comportamiento de organismos microscópicos y de algunos animales (Huebner, 2017). La amistad de Dewey y Mead traspasó el ámbito académico, ya que las familias de ambos tenían una estrecha relación. Al año siguiente de haber llegado a Michigan, en 1892, nació el único hijo de Mead, producto de su matrimonio con Helen Castle; para 1893, John Dewey tendría a su tercer hijo con Alice Chipman. Huebner (2017) argumenta que

este hecho alentó a ambos académicos a introducirse al estudio de los procesos psicológicos en la infancia y la niñez, lo cual se vería reflejado en la gran cantidad de trabajos y escritos que Mead dedicó a dicho tema en los años posteriores.

En 1894, Dewey se trasladó al Departamento de Filosofía de la Universidad de Chicago, ya que le ofrecieron el puesto de director de dicho departamento. Una de las condiciones que puso para aceptar el puesto fue que se contratara también al profesor George H. Mead, por lo que este llegaría también a Chicago y permanecería aquí hasta días antes de su muerte (Baldwin, 1986, p.10; Joas, 1985, pp. 21-22). Fue en la Universidad de Chicago donde el trabajo de Mead se consolidó y donde llegó a ser ampliamente reconocido en el gremio académico. Mead, Dewey y varios profesores del Departamento de Sociología, entre ellos William I. Thomas y Robert E. Park, aplicaron el pragmatismo a diversos campos de estudio. Todos estos académicos tuvieron una gran influencia e impacto en las ideas de Mead –al mismo tiempo que fueron influidos por los trabajos y las ideas de él-, principalmente las relacionadas con el pragmatismo y con la teoría microsocia. Además, todos ellos fueron personas socialmente activas que llevaron sus ideas y propuestas académicas a la práctica en la ciudad (Baldwin, 1986, p.11; Scott, 2007, p.114).

Durante sus años en Chicago, Mead fue profesor de al menos 13 cursos diferentes, siendo el más reconocido su curso avanzado de Psicología Social que empezó a impartir en 1900 (Ritzer, 2001, p.433), donde expuso y desarrolló sus teorías del *self* y de la mente. A pesar de estar en el Departamento de Filosofía, su curso era tomado también por estudiantes provenientes de todas las áreas de las ciencias sociales, principalmente los de sociología. Fue sobre todo a través de sus cursos, y no tanto por sus escritos o publicaciones, que Mead logró influir a toda una generación de científicos sociales (Baldwin, 1986, p.12). Asimismo, en Chicago, Mead expandió las teorías de Wundt sobre el gesto –que sería uno de sus puntos de partida en su psicología social-, y reflexionó sobre las ideas de Einstein de la teoría de la relatividad -a las que se acercó principalmente por medio de Whitehead y Bergson-, y las integró a su trabajo, dando como resultado su enfoque sobre la temporalidad de la acción creativa, es decir, en una

concepción del tiempo ligada a la acción humana (Simpson, 2014). En los volúmenes de *The Philosophy of the Present* (1932) y *The Philosophy of the Act* (1938) es donde se pueden encontrar la mayoría de los ensayos escritos por Mead en donde se desarrollan estos temas (Baldwin, 1986, p.10; Joas, 1985, pp.169-175; Cook, 1993, pp.138-160).

Su trabajo en los últimos 15 años de su vida se caracterizó por un interés en los procesos macro sociales y en la construcción de un sistema unificado de conocimiento, ya que es evidente cómo a lo largo del tiempo, Mead fue progresivamente moviéndose desde un enfoque fisiológico, individual y centrado en la niñez a uno donde el *self* es entendido como producto de la interacción social, involucrando amplios grupos e instituciones sociales, y se hace más énfasis en la persona adulta (Baldwin, 1986, p.23; Scott, 2007, p.115). Varios de sus ensayos y trabajos escritos a partir de 1894 hasta antes de la década de 1910 reflejan su interés en los enfoques fisiológicos e individuales, así como una preferencia por el estudio de los procesos que tienen lugar en la niñez y la educación. Los siguientes de sus trabajos son ejemplo de ello: *A Theory of Emotions from the Physiological Standpoint* (1895), *The Relation of Play to Education* (1896), *Image or Sensation* (1904), *Concerning Animal Perception* (1907), *Educational Aspects of Trade Schools* (1908), *Moral Training in the Schools* (1908). Conforme avanzaron los años, específicamente a partir de 1910, los trabajos de Mead fueron adquiriendo un enfoque más societal, y fue disminuyendo su dedicación a los temas mencionados para ocuparse de otros como la conformación social del *self*, la guerra, el internacionalismo y la justicia. Algunos de sus escritos que reflejan esto son *Social Consciousness and the Consciousness of Meaning* (1910), *The Social Self* (1913), *The Psychological Bases of Internationalism* (1924), *Natural Rights and the Theory of the Political Institution* (1925), *The Psychology of Punitive Justice* (1917), *The Genesis of the Self and Social Control* (1924) y *National-Mindedness and International-Mindedness* (1929).

El profesor Mead siempre fue muy apreciado, tanto por sus colegas como por sus estudiantes. Sus clases se caracterizaban por estar siempre llenas y por ser

de las más demandadas. Se le describía como una persona amable, accesible y comprometida con su trabajo (Baldwin, 1986, Ritzer, 2001, p.433). En 1930 se convirtió en el director del departamento de Filosofía (Dewey se había marchado de Chicago en 1904 para irse a California), pero debido a diversos problemas que tuvo con el presidente de la universidad en aquellos tiempos, Robert M. Hutchins, renunció desde el hospital en el que se encontraba internado en 1931 y falleció en los días posteriores (Cook, 1993, p.183; Ritzer, 2001, p.433).

1.2 Vida cívica y política

George H. Mead fue, como buen pragmatista, una persona congruente entre lo que pensaba y decía en sus trabajos académicos y con sus acciones en la vida cotidiana. A su vida cívica activa, a pesar de ser difícilmente separable de la académica, se le ha prestado poca atención; sin embargo, esta nos provee de un contexto útil para poder entender su trabajo intelectual. Desde joven, quizá por su educación y su exposición a los valores morales cristianos por parte de sus padres y su escuela, estuvo interesado en el progreso y solución de los problemas sociales, interés y preocupación que conservó a lo largo de toda su vida. Hans Joas (1985), quien se ha dedicado al estudio de su obra por muchos años, se refiere a él como un “intelectual radicalmente democrático”. Además, Mead estaba convencido de que el uso de la ciencia era la mejor manera para contribuir al mejoramiento de la sociedad y a la resolución de los problemas sociales. Él “creía firmemente en la igualdad entre las personas y la necesidad de trabajar por un mundo democrático” (Burger y Jo Deegan, 1978, p.369).

Durante sus años en Berlín (1889-1890), la impresión que causó el movimiento laborista del Partido Socialdemócrata de Alemania en él fue un tanto significativa. En Alemania, así como en otros países europeos, especialmente el Reino Unido, se estaban llevando a cabo, desde mediados del siglo XIX, protestas y presiones por parte de los sindicatos de trabajadores que exigían mejores condiciones de trabajo para sus agremiados; y muchas veces sus causas eran tomadas y representadas por partidos políticos, especialmente los de orientación socialdemócrata (McGauhey, 2017, pp.15-28). Este movimiento lo inspiró para

comprometerse con la reforma social y convencerse de que esta podría ser de mucha utilidad para mejorar las condiciones de vida de una sociedad. Consideraba que sus estudios en Alemania lo prepararían para colaborar en su país natal y que al volver a los Estados Unidos sería capaz de contribuir a los esfuerzos para “darle una forma racional a la sociedad americana” (Joas, 1985, pp. 19-20).

De acuerdo con Cook (1993), las cartas de Mead en el periodo de 1890, muestran cómo este tenía un creciente deseo por comprometerse e involucrarse en la actividad política y social: “El único trabajo inspirador que puede ser encontrado es la aplicación práctica de la moral a la vida y a la política” (p.23). Lo que más llama la atención sobre este deseo de reforma social es que poco a poco Mead fue abandonando los valores cristianos como ideales a seguir, para expresarse en un tono cada vez más secular. Su inspiración la encontró más en los campos de la psicología del desarrollo y la literatura europea del socialismo. En otra de sus cartas menciona que:

Claramente tenemos que involucrarnos en la política –la política de la ciudad sobre todas las cosas, porque así podremos empezar a trabajar de inmediato en cualquier ciudad en la que nos establezcamos-, porque la política de la ciudad necesita de los hombres más que cualquier otra área y principalmente porque, en mi opinión, la aplicación inmediata de los principios de la vida corporativa- del socialismo en América- debe comenzar en la ciudad (Cook, 1993, p.23).

De ello, puede notarse con claridad cómo las convicciones reformistas y políticas de Mead ya estaban consolidándose. Tenía un fuerte ímpetu por incidir, a través del conocimiento y la ciencia, en la vida pública y social para colaborar con la resolución de los problemas sociales de las ciudades. Fue precisamente esta actitud la que lo llevó a involucrarse en diversas actividades políticas en su regreso a su país natal, como se verá a continuación.

La información disponible sobre su actividad política en Michigan, ciudad a la que regresó directo desde Alemania, es poca, pero se tiene registro de que participó en un proyecto para la creación de un periódico que sirviera como un medio de información alternativo a los periódicos populares que predominaban en la ciudad; su intención era buscar un progreso o mejoramiento en la comunidad mediante un mayor acceso y una mejor calidad de la información para sus miembros. Sin embargo, dicho proyecto nunca pudo despegar del todo y se quedó en sólo eso, un proyecto (Joas, 1985, pp. 20-21).

La ciudad de Chicago fue para Mead un entorno estimulante, pues durante las primeras dos décadas del siglo XX, años en los que Mead estuvo ahí, la ciudad era “en sí misma, una especie de laboratorio natural para la investigación cualitativa y etnográfica sobre problemas y procesos sociales urbanos” (Johnson, 2008, p.53). Dicha ciudad era una de las más grandes de la época y experimentaba los efectos producidos por la urbanización acelerada, como el crecimiento desproporcionado de la población. La mayoría de dicha población consistía de la primera generación de inmigrantes, trabajadores poco capacitados, y su crecimiento era tan rápido, que toda planeación urbana hecha en el momento se tornaba inservible al poco tiempo. Algunos de estos fenómenos producto de la urbanización acelerada fueron, además de la inmigración, la pobreza, la integración social de las minorías, problemas raciales, relaciones entre clases, marginación y desviación social. Por ello, en la ciudad se realizaban grandes esfuerzos para implementar reformas sociales que mitigaran estas problemáticas, y la Universidad de Chicago estaba totalmente comprometida con el análisis y soluciones científicas de tales problemas locales (González, 2011, p.193; Joas, 1985, p.22). Gracias a toda esta actividad y gama de posibilidades para actuar y contribuir al bienestar de la ciudad y su población, Mead estuvo involucrado en una gran cantidad de actividades, varias de las cuales se describirán a continuación.

Tanto Mead como Dewey estuvieron fuertemente ligados a la Hull House, asociación que se encargaba de dar residencia en ciertas zonas a los inmigrantes que llegaban a la ciudad, facilitando su inserción y promoviendo su participación

en distintas actividades. Y más allá de eso, la Hull House fue un centro de discusión y debate sobre las problemáticas que se vivían en la ciudad. Joas (1985) explica sobre ella que

Su noción fundamental era que la democracia no podía ser entendida simplemente como una forma particular de institución política, y que la educación en la democracia no podía ser concebida como la americanización de los inmigrantes. Más bien, la democracia pasaba de ser una garantía de libertad a un instrumento legalista de opresión cuando no era desarrollada como una forma de vivir conectada a otras formas ya existentes de organización social. (p. 22)

En 1899, la Universidad de Chicago se asoció con la Escuela de Fisiología de Chicago, escuela que se abrió con el propósito de atender a niños con algunas discapacidades y dificultades para desenvolverse en el ambiente de las demás escuelas de la ciudad. La mayoría de estas limitaciones y discapacidades estaban relacionadas con problemas del habla y el lenguaje, así como discapacidad auditiva. Los departamentos de Filosofía y Neurología de la universidad fueron los encargados de ayudar a supervisar las actividades dentro de dicha escuela. Mead, como parte del Departamento de Filosofía, inmediatamente se entusiasmó con la idea y tomó parte activa dentro de la escuela, tanto por razones altruistas como científicas, pues Mead aprovecharía este escenario para poder desarrollar y probar teorías o ideas que pudieran ayudar a la inserción de estos niños en los demás ámbitos sociales. Principalmente, se interesó por saber cómo ciertas discapacidades fisiológicas afectan el desarrollo de la conducta social. Junto con otros profesores de la universidad, formó parte del comité responsable. Tres años después de la inauguración de la escuela, esta comenzó a sufrir problemas financieros para su mantenimiento; se fueron acumulando grandes deudas y paulatinamente los miembros del comité fueron abandonándolo, resignándose a la idea de que la escuela cerraría eventualmente. Solo Mead y otros dos profesores, hicieron un gran esfuerzo por evitar que esto sucediera, llegando incluso a poner de sus propios recursos para mantener la escuela en funcionamiento el mayor

tiempo posible. Debido al gran interés y conocimiento que Mead tenía sobre psicología fisiológica y las bases biológicas del desarrollo del comportamiento humano, se puede inferir la importancia y el impacto que esta experiencia tuvo en su vida académica (Burger y Jo Deegan, 1978, pp.363-365).

Otra de las “mayores aplicaciones científicas del conocimiento a la resolución de problemas sociales ocurrió durante una disputa laboral” (Burger y Jo Deegan, 1978, p.365). En octubre del año de 1910, estalló una huelga en la industria de la ropa de Chicago. En su punto máximo, alrededor de 40,000 trabajadores clausuraron las fábricas protestando sobre los recortes a los salarios y a las malas condiciones de trabajo. Para buscar una solución al conflicto, se conformó un comité ciudadano a mediados del mes, en el cual se encontraban trabajadores sociales, líderes reformistas y profesores universitarios, entre los cuales estaba Mead, a quien se le encomendó, junto con Sophonisba Breckinrige –polítologa y trabajadora social- y Anna Nicholes –presidenta de la Casa de la Comunidad de Northwestern-, la creación de un subcomité para investigar las condiciones y los agravios sufridos por los trabajadores. En noviembre, los tres se reunieron con ambas partes del conflicto para intentar llegar a un acuerdo y poner fin al conflicto. Sin embargo, conforme pasaban los días el panorama empeoraba. Ninguna de las partes estaba satisfecha y se llegaron a abandonar las negociaciones, hasta que el comité del que Mead formaba parte convenció a las empresas de mejorar algunas de las condiciones por las que había estallado la huelga, logrando que los trabajadores volvieran a negociar. Fue hasta el mes de enero cuando finalmente la huelga se dio por terminada. Lo más relevante para Mead durante esta huelga fue su convicción de que el comportamiento de los involucrados y el entorno en que sucedía todo podía ser modificado, y que el mejor método para determinar dichos cambios era el de la aplicación del método científico y la inteligencia reflexiva (Burger y Jo Deegan, 1978, pp. 365-368).

Mead luchó y se pronunció en diversas ocasiones a favor del voto de la mujer y por la igualdad de derechos y oportunidades entre estas y los hombres. En 1912 dio un discurso en un mitin y en 1917 marchó por las calles en compañía de John

Dewey, Jane Addams⁴ y otros reconocidos ciudadanos de Chicago apoyando el voto y la igualdad de oportunidades para la mujer, incluyendo el derecho de acceso a la educación superior (Burger y Jo Deegan, 1978, p.369; Joas, 1985, p.23). En una carta dirigida a su hijastra, Mead “la apoya en sus intenciones de realizar una carrera profesional y habla sobre la necesidad de que las mujeres se involucren en la vida fuera del hogar” (Burger y Jo Deegan, 1978, p.369). Scott (2007, p.116) afirma que estos ideales emergieron, principalmente, de la influencia de su madre, de su esposa y compañera Helen Castle, y de su amistad con distinguidas mujeres que también pertenecían a la Hull House, especialmente con Addams. La relación de Dewey y de Mead con Addams se centraba en intereses comunes como la reconstrucción de las responsabilidades sociales y la democratización de las instituciones sociales y económicas (Huebner, 2017).

El estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914 fue otro acontecimiento que originó gran actividad política y periodística por parte de Mead, quien defendió firmemente la decisión del presidente W. Wilson de que Estados Unidos entrara a la guerra. A pesar de que a lo largo de su vida Mead se distinguió por su rechazo a la violencia como medio para lograr la resolución de conflictos entre las naciones, se sintió decepcionado e impotente al entender que “ante la superioridad gubernamental alemana, no existía un pacifismo que se le pudiera enfrentar” (Kaminsky, p.24). Escribió distintas columnas en periódicos defendiendo la postura del presidente, explicando el “carácter desinteresado” de la participación estadounidense en el conflicto, y buscando contribuir a la educación patriótica de los estadounidenses. Para Mead y sus colegas americanos, la guerra no era vista como un conflicto de intereses económicos, geográficos y políticos por parte de las potencias imperialistas, sino como la batalla entre los valores democráticos y los de la autocracia. Por ello, desde su punto de vista, las causas de la guerra se

⁴ Jane Addams (1860-1935) fue una de las mujeres sociólogas más importantes de la historia, pragmatista feminista, líder social y ganadora del premio Nobel de la Paz en 1931. Co-fundadora de la Hull House en Chicago, su obra y vida se caracterizaron por sostener que la igualdad debería ir más allá de sólo en términos de derechos civiles y, en cambio, impregnar todos los aspectos de la vida social y económica. Una de las principales luchas a lo largo de su vida fue por el derecho al voto de las mujeres en Estados Unidos, derecho conseguido finalmente en 1920 (Scott, 2007, pp. 3-7).

debían a los deseos expansionistas de Alemania, y la oposición a ello era un acto heroico que estaba completamente justificado moral y éticamente. Afirmaba que la guerra le abría la puerta al imperialismo y que el objetivo de su país era erradicarla como árbitro de las disputas entre las naciones, así que “si éste es el tema central de la guerra, Estados Unidos va a librarla con toda la fuerza de su historia, sus tradiciones y su poder intelectual” (Mead, 1917*b*, p.71). Para Mead, la resolución del conflicto radicaba en la democratización de los territorios con gobiernos autoritarios y la creación de un mecanismo internacional destinado a la resolución pacífica de los conflictos, es decir, el establecimiento de la entonces llamada Liga de las Naciones. La guerra suscitó en Mead un interés por comprender las raíces psicológicas y morales del militarismo y de las convicciones patrióticas de las personas para así poder combatir el primero y buscar una alternativa no violenta para desarrollar las segundas (Joas, 1985, pp.23-24). La Primera Guerra Mundial fue decisiva en las posiciones políticas e intelectuales de Mead, pues consolidó sus convicciones democráticas, progresistas y pacifistas, asegurando que la transformación de la sociedad debía ser alcanzada por medios no violentos, en donde no se transgredieran las libertades civiles ni las garantías democráticas (Kaminsky, p.22).

Otra de las importantes actividades cívicas y políticas que realizó Mead a lo largo de su vida en la ciudad de Chicago es descrita por Joas (1985):

Por décadas Mead fue miembro del City Club, del cual fue presidente por algún tiempo. El City Club era una asociación de intelectuales y hombres de negocios orientados e interesados en la reforma social, que tenían gran influencia en la política local, apoyaban la participación política de los inmigrantes, la democratización de la planificación urbana, la mejora de los servicios de salud municipales y el entrenamiento vocacional. Además, Mead presidió por un tiempo el comité de problemas educativos del City Club. (p. 23)

De acuerdo con Burger y Jo Deegan (1978, p.369), en el año de 1920 Mead fue presidente de esta asociación. Como representante del City Club, como académico y como ciudadano, Mead participó y escribió frecuentemente en foros y revistas de educación, convirtiéndose esta en uno de los temas que más abordó a lo largo de su carrera. Entre sus múltiples publicaciones sobre el tema de educación se encuentran informes sobre la situación del entrenamiento vocacional en el país, y diversos temas sobre política educativa. Formó parte de la Laboratory School de la Universidad de Chicago, en donde se implementaban reformas educativas que ponían el énfasis en las actividades propias del niño y en grupos informales, con el propósito de desarrollar sus habilidades intelectuales y sociales (Joas, 1985, p.23). Todas estas experiencias que tuvo Mead en esta etapa de su vida en el campo de la educación sin duda tuvieron una importancia fundamental en su desarrollo intelectual y conformación de su obra, pues, como se mencionó previamente, durante los primeros años de su vida académica escribió numerosos artículos y trabajos sobre educación, la niñez y el juego.

A pesar de todos los avances, reformas legales y sociales que tenían lugar tanto en la ciudad como en el país a lo largo de esos años, para Mead la igualdad aún no había sido alcanzada. Consideraba que las instituciones y el gobierno norteamericano raras veces eran democráticas, y casi siempre eran controladas por una minoría. Sin embargo, creía que el ideal de la democracia no debía de ser abandonado, sino ser fijado como una meta alcanzable por la cual trabajar. Participó también en el Movimiento Progresista de la ciudad, con el objetivo de cumplir sus aspiraciones. Frecuentemente participó también de manera muy activa y comprometida en distintos comités que buscaban erradicar la corrupción en la ciudad (Burger y Jo Deegan, 1978, p.369).

De todo lo anterior, puede notarse fácilmente cómo las actividades en la vida pública de Mead siempre fueron de la mano con su obra y actividad académica. Una nutría y estimulaba a la otra, su reflexión la llevaba a la práctica y los problemas sociales los llevaba a la reflexión teórica. Burger y Jo Deegan (1978) hacen, en este sentido, una descripción muy acertada de Mead:

Congruente con su pragmatismo filosófico, Mead creía en soluciones prácticas basadas en el método científico y actuó repetidamente bajo esta creencia. Consideraba que tanto los problemas sociales como los problemas físicos impedían el progreso evolutivo del hombre así como estimulaban el pensamiento reflexivo y el desarrollo de la inteligencia. Sus actividades en la reforma social le brindaron un campo en donde podía desarrollar sus hipótesis sobre los problemas sociales y la naturaleza del hombre, y, a la vez, ponerlas a prueba (p.369).

Todas las personas con las que Mead se cruzó a lo largo de su vida -ya fueran sus profesores de universidad, familia, amigos, colegas, activistas o luchadores sociales-, ciudades en las que vivió -Massachusetts, Ohio, Michigan y Chicago, en Estados Unidos, y Berlín y Leipzig, en Alemania- , así como las instituciones y organizaciones a las que perteneció -las diferentes universidades donde estudió y dio clase, la Hull House, el City Club- dejaron una profunda huella en él; una huella que se vio reflejada en su actuar en la vida pública y en su trabajo académico.

Capítulo 2. Influencias y Raíces Teóricas

En este capítulo se abordan las distintas corrientes y posiciones teóricas que influyeron y moldearon el pensamiento de Mead a lo largo de su trayectoria académica; y se revisan brevemente los aspectos de estas que se considera tuvieron un impacto importante en él. Entre ellas se encuentran el pragmatismo filosófico –principalmente el de Peirce, pero también el desarrollado por Dewey y James-, la teoría de la evolución de Darwin, la obra de Charles H. Cooley, el conductismo, los trabajos de algunos de los miembros de la Escuela de Chicago como William I. Thomas y Robert E. Park, la sociología alemana de Simmel, y los postulados de los conocidos como filósofos morales escoceses: David Hume, Adam Smith, Adam Ferguson, Frances Hutcheson, Thomas Reid, entre otros. Asimismo, se podrá ver hasta qué punto coincidió y se identificó con estas perspectivas y en qué punto se distanció o diferenció de ellas.

2.1 Pragmatismo

El pragmatismo para Mead no fue una simple influencia teórica, sino que él mismo fue, junto con Charles S. Peirce, William James y John Dewey, uno de los principales exponentes de dicha corriente filosófica. Para comprender el trabajo, los ideales y las aspiraciones de Mead es necesario conocer y entender el pragmatismo norteamericano, pues, como se verá más adelante, la filosofía pragmática es una que está orientada a la acción y a la resolución de los problemas –o de las dudas- con los que nos enfrentamos en el curso de la vida; mismas características en las que está basada la teoría psicosocial de Mead.

El pragmatismo es un movimiento filosófico e ideológico típicamente estadounidense surgido a finales del siglo XIX y principios del siglo XX que, a decir de autores como Álvaro y Garrido (2007, p.56) y González (2011, p.180), debe ser entendido no tanto como una escuela o un conjunto de ideas teóricas delimitadas, sino como una actitud, un método o una posición ante el mundo. A esta corriente norteamericana se le considera la más grande aportación filosófica hecha fuera

del continente europeo (Bernstein, 2013, p.17) y afectó e influyó fuertemente todos los ámbitos intelectuales e institucionales del país. A pesar de que, como se verá a continuación, los principales pragmatistas difirieron de manera considerable en sus postulados, la tesis central que comparten las distintas corrientes de la filosofía pragmática es que:

La verdad de una idea se deriva de sus consecuencias prácticas, o, lo que es lo mismo, que para que una idea resulte significativa debe tener algún efecto sobre nuestras acciones. La verdad no es una propiedad esencial de las cosas o del mundo, sino de una posibilidad que se hace efectiva dependiendo de los efectos sobre su conducta. Si sirve de guía para nuestras acciones, será verdadera (Álvaro y Garrido, 2007, p.55).

El principal impulso para el desarrollo del pragmatismo fueron las críticas de los teóricos estadounidenses hacia los sistemas filosóficos europeos; pues dichos sistemas les parecían demasiado mecanicistas, ya que consideraban que se formalizaba lo que a fin de cuentas era producto de la experiencia humana: “En Kant había demasiado apriorismo, en Hegel demasiada metafísica formal y deductiva [...], los sistemas de Spencer los veían divorciados de la experiencia del mundo real” (Alexander, 1995, p.165). Para los norteamericanos era necesario poner el énfasis precisamente en la experiencia. Por lo tanto, el pragmatismo se abocó al estudio del mundo real y de la realidad empírica; los pragmatistas creen en –o no tienen duda de- la superioridad de los datos científicos sobre los dogmas, las abstracciones filosóficas o cualquier otro tipo de conocimiento. Las teorías científicas, como todas las ideas en general, deben verificarse mediante el empleo de los procedimientos científicos y de las argumentaciones lógicas. Si superan dichas verificaciones, se considera que proveen un conocimiento útil y, por lo tanto, verdadero (Ritzer, 2001, p.431).

El fundador formal del pragmatismo, y uno de los personajes más sobresalientes en la filosofía de los Estados Unidos (Collins, 1996, p.262), fue el filósofo norteamericano Charles Sanders Peirce, quien introdujo los principios de la filosofía pragmática en diversos ensayos escritos en la década de 1870, pero

específicamente en uno llamado *Cómo hacer nuestra ideas claras*. Peirce formaba parte, junto con otros filósofos –entre los que se encontraban Oliver Wendell Holmes Jr., William James, Ellingwood Abbot, Chauncey Wright, entre otros-, de un grupo de discusión informal en Cambridge, Massachusetts, que tenía por nombre El Club Metafísico. Fue en este grupo donde Peirce y demás colegas desarrollaron y expusieron gran parte de sus ideas y propuestas filosóficas. Sin embargo, a pesar de que fue Peirce el fundador del pragmatismo, fue William James quien hizo público y popularizó el término en el ámbito académico en su discurso *Concepciones Filosóficas y Resultados Prácticos*, dado ante la Philosophical Union de la Universidad de California en Berkeley, el 26 de agosto de 1898, en el cual mencionó el trabajo realizado por Charles Peirce (Bernstein, 2013, p.2).

James (citado en Bernstein, 2013), al escribir acerca del principio pragmático de Peirce, menciona que “Peirce apunta que nuestras creencias son realmente reglas de acción, es decir, para desarrollar el significado de los pensamientos sólo necesitamos determinar qué conducta a producirse se les ajusta: esa conducta es para nosotros su única significación” (p.3). Debido a que fue James quien divulgó la corriente pragmática, muchas veces se le considera a él como el pragmatista principal y más importante, además de ser mucho más conocido que el mismo Peirce (Collins, 1996, p.262).

Varios teóricos acogieron las ideas de Peirce y trabajaron a partir de ellas, dándoles sus propias interpretaciones y aportaciones. Uno de ellos fue el ya mencionado John Dewey, quien es considerado como otro de los grandes pioneros del pragmatismo norteamericano y cuyo trabajo impactó diversos ámbitos intelectuales, principalmente el de la educación. La otra figura central del pragmatismo, que a menudo pasa desapercibida o no se le da su lugar ya que se le suele poner más atención a su trabajo sobre el *self*, es el propio George H. Mead. A pesar de que Mead nunca tuvo contacto directo o personal con Peirce, supo de su trabajo y conoció su obra principalmente a través de Josiah Royce durante su estancia en Harvard, además de que fue también ahí donde conoció y entabló relación con James. Asimismo, recordemos que posteriormente conocería

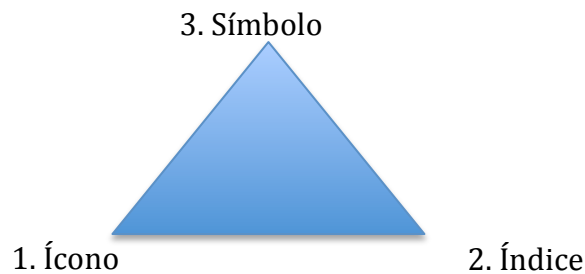
a Dewey en Michigan. Ellos cuatro son los grandes autores clásicos del pragmatismo; sin embargo, como se verá a continuación, a pesar de que todos defendían las ideas centrales de dicha corriente filosófica, su obra y pensamiento difieren considerablemente en ciertos puntos.

Peirce dio inicio al pragmatismo con una fuerte crítica al cartesianismo que dominaba el campo de la filosofía moderna. Esta crítica se centra en el rechazo al

Dualismo ontológico de la mente y el cuerpo; al individualismo subjetivo implícito en llamado a la verificación personal directa; al método de la duda universal que se supone nos conduce a verdades incorregibles; a la creencia de que el conocimiento del mundo consiste en tener ideas que correctamente representan y corresponden a este mundo; a la doctrina de que la vaguedad es <<irreal>> y de que el cometido epistemológico es conocer clara y distintamente una realidad plenamente determinada; y, más fundamentalmente, a que podemos romper con el lenguaje o el sistema de signos y tener conocimiento inmediato de los objetos no lingüísticos (Bernstein, 2013, pp.20-21).

Al fundar el pragmatismo, Peirce no sólo criticó las ideas centrales del cartesianismo, sino que elaboró una comprensión alternativa de los seres humanos y de su lugar en el mundo. Como consecuencia de su afirmación de que ningún pensamiento es posible al margen del lenguaje o de un sistema de signos, Peirce desarrolló lo que hoy conocemos como semiótica, disciplina que se encarga del estudio de los signos. Para Peirce, los signos son el instrumento mediante el cual se lleva a cabo el pensamiento o el razonamiento, sin la mediación de los signos, el pensamiento no es posible: “todo razonamiento es una interpretación de signos de algún tipo” (Peirce, 1894, p.53). Además, considera al pensamiento como uno de los tres estados mentales (la sensación y la reacción son los otros dos) en el cual se da un aprendizaje, donde se pasa de la ignorancia al conocimiento mediante el descubrimiento de que cierto fenómeno es gobernado por cierta regla. En pocas palabras, un signo es, para Peirce, algo “que transmite a

la mente una idea sobre una cosa” (Peirce, 1894, p.54). Peirce distinguió tres tipos de signos:



El ícono transmite ideas de las cosas que representa simplemente imitándolas, como los gestos, los sonidos o los dibujos. Los índices están físicamente conectados con las cosas que representan, es todo aquello que nos indica o que fija la atención en alguna cosa, que “marca el cruce entre dos porciones de la experiencia” (Peirce, 1894, p.58); por ejemplo, las señalizaciones viales. Los símbolos son aquellos que “a través del uso han sido asociados con sus significados”, (Peirce, 1894, p.55), y que desarrollan este significado a través de la experiencia; ejemplos de símbolos son todas las palabras o los discursos. Por ejemplo, la palabra “ave” evoca a nuestra mente un animal con plumas y alas que vuela, pero la palabra “ave” no se parece en nada al objeto que simboliza, sino que es a través del uso y la experiencia que ha adquirido ese significado para nosotros. Lo que quiere decir, entonces, que el proceso de significación de un objeto tiene un carácter trádico. Para Peirce, es mediante el uso y la mezcla de estos tres tipos de signos que somos capaces de pensar y razonar: “el arte de razonar es el arte de ordenar tales signos” (Peirce, 1894, p. 60).

A diferencia de otros pragmatistas, como William James, Peirce tenía más arraigado el gusto por la ciencia y no tanta simpatía por la religión. Derivado de esto, tenía la convicción de poder hacer de la filosofía una ciencia si le infundía a esta la disciplina de la lógica. Peirce, en sus ensayos de la lógica de la ciencia, puso mayor énfasis en el tipo de inferencias sintéticas -la inducción (inferencia de una regla a partir de un caso y un resultado) y la hipótesis o abducción (la inferencia de un caso a partir de una regla y un resultado)- que en la deducción (una regla aplicada a un caso para obtener un resultado). Fue en la hipótesis o

abducción en donde Peirce puso especial interés, pues la consideraba un método efectivo para la investigación y búsqueda de la verdad. A pesar de que sostenía que la inducción, como argumento, es mucho más fuerte, consideraba que la hipótesis era “un paso más audaz y arriesgado” (Peirce, 1878, p.239) ya que “a menudo el razonamiento hipotético infiere un hecho no susceptible de observación directa” (p.245).

Como lo mostró en su semiótica, Peirce consideraba que todas las formas de pensamiento consisten en cierta conexión de una idea a otra. De este modo, nuestras inferencias lógicas son hábitos mentales; es decir, “lo que consideramos como una creencia válida o verdadera es un hábito tan arraigado, de pasar de un signo a otro, que lo realizamos sin la menor duda o cuestionamiento. Nuestras creencias guían nuestros deseos y moldean nuestras acciones [...] la duda también nos estimula a actuar, pero para destruir” la creencia (Peirce, 1877, pp. 166-167). En otras palabras, la duda nos motiva a luchar por alcanzar un estado de creencia. En cuanto al establecimiento o fijación de las creencias, Peirce diferenció cuatro métodos: 1. Método de la tenacidad: consiste en tomar cualquier respuesta que queramos para resolver nuestra duda, convencernos a nosotros mismos de su veracidad e ignorar las evidencias o cuestionamientos contra ella que podamos encontrarnos en la vida. 2. Método de autoridad: son las creencias impuestas por instituciones como el Estado o la Iglesia, donde se margina, segrega o, incluso, aniquila a quienes las cuestionan o las contravienen. 3. Método *a priori*: adopción de creencias por nuestra inclinación “natural” a aceptarlas como verdaderas o porque son “agradables a la razón” (Peirce, 1877, p.166). 4. Método de la ciencia: “Hay cosas reales, cuyas características son enteramente independientes de nuestras opiniones sobre ellas [...], pero aprovechándonos de las leyes de la percepción, podemos averiguar mediante el razonamiento cómo son las cosas realmente [...] y llegaremos a la única conclusión verdadera” (Peirce, 1877, p.168). Claramente, para Peirce, el último método era el mejor y el ideal para establecer las creencias, pues abandona la suposición de que una creencia puede ser establecida individualmente y permite que, así, se establezca en la colectividad. Además, en este último método se hace evidente el realismo

que predominó en el pragmatismo de Peirce -y que también estaría presente en la obra de Mead-, y que los diferenció del desarrollado por James y Dewey.

Sin embargo, este realismo no debe entenderse como uno que presupone una verdad o un conocimiento absoluto ahí en el mundo, pues Peirce rechazó la idea de alcanzar la certidumbre. Mencionaba que el pensamiento siempre se produce en una comunidad y lo que llamamos verdad solo es objetivo porque representa los hábitos mentales –mediante el uso y organización de los signos- a los que tendemos inevitablemente como grupo, hábitos que nos guían en nuestras acciones de la vida diaria justamente como un grupo o comunidad. Nuestro criterio práctico de verdad es simplemente la ausencia de dudas, debido a que nuestras ideas y creencias nos son útiles y suficientes en el mundo, pues “cuando la duda cesa, la acción mental sobre el asunto termina; y, si siguiera, no tendría propósito alguno” (Peirce, 1877, p.163). Por consiguiente, Collins (1996, p.266) afirma que la teoría de la mente propuesta por Peirce en su epistemología es una con bases esencialmente sociales. Esta última es otra de las principales características, junto con la orientación realista del pragmatismo, que compartiría con la obra de Mead.

Como se mencionó anteriormente, tanto James, Dewey y Mead retomaron las ideas centrales de Peirce, pero a su vez desarrollaron sus propios enfoques. Esto derivó en que autores como Lewis y Smith (citados en Ritzer, 2001) hicieran la distinción entre la corriente del pragmatismo nominalista y la asociada al realismo filosófico. A la primera de ellas se le asocia con el trabajo realizado por James y por Dewey, y sostiene que a pesar de que los fenómenos sociales existen, no son independientes de las personas y no determinan la conciencia ni las acciones de ellas. El realismo filosófico, en cambio, se suele relacionar con el pragmatismo defendido por Peirce y por Mead, que básicamente hace énfasis en la sociedad y cómo esta crea y controla los procesos individuales; es decir, que la comunidad tiene un papel prominente en el control de las conductas (Ritzer, 2001, p.432).

William James defendió las mismas ideas que Peirce en cuanto al rechazo de una verdad absoluta y acerca de que las creencias, o el conocimiento, tienen consecuencias prácticas para la acción. Sin embargo, se puede argumentar que James individualizó su postura de la verdad, ya que, desde su punto de vista, la

verdad de una idea depende también de sus efectos sobre nuestra vida y de su congruencia con nuestro sistema de creencias; lo que significa que cualquier creencia funcional para la persona es, entonces, verdadera. Se considera que esta forma de pensar lo llevó a adoptar una postura un tanto relativista, pues no consideraba que la realidad fuera independiente de lo que pensamos. Precisamente, el mismo Peirce lo criticó por hacer de la verdad un asunto personal y no grupal e interpersonal (Álvaro y Garrido, 2007, p.57). Peirce sostenía que la definición pragmática no puede darse en términos de reacciones individuales o sensaciones privadas que son incomunicables, sino en términos de lo que es público y general (González, 2011, p. 184). Con relación a esto, Dewey (citado en Bernstein, 2013) describió a James como:

Un educador y un humanista que deseó forzar al público en general a darse cuenta de que determinados problemas, determinados debates filosóficos, tienen una importancia real para el ser humano, debido a que las creencias que ponen en juego llevan a muy distintos modos de conducta (p.9).

Esta descripción da cuenta de la manera en que James defendía uno de los pilares centrales del pragmatismo: la creencia como forma de acción; es decir, que el conocimiento, lo teórico, está completamente ligado a la praxis, son indivisibles. Otro de los puntos claves de la obra de William James fue el del pluralismo. Mediante este, James se opuso a la idea de que existiera un único punto de vista absoluto en el plano del conocimiento; más bien, concibió la experiencia humana como finita, parcial, incompleta y siempre abierta a un abanico de posibilidades y susceptible de ser mejorada, pues de esta manera hay espacio y oportunidad para pensar en la novedad, la creatividad y la libertad (Lazo y Leyva, 2013, p.xviii).

La otra diferencia central entre James y Peirce fue que, mientras el último siempre le dio prioridad a la ciencia, el primero tuvo a lo largo de toda su vida un fuerte interés por la religión y utilizó el pragmatismo para justificarla y defenderla (Collins, 1996, p.263), como se hace evidente en sus ensayos *The Will to Believe and Other Essays in Popular Philosophy* (1897), *Human Immortality: Two*

Supposed Objections to the Doctrine (1898), *The Varieties of Religious Experience* (1902) y *A Pluralistic Universe* (1909) (Goodman, 2017).

William James fue, más que Peirce, la gran influencia de Dewey, pues este último fue fuertemente atraído por la obra de *Principios de Psicología* de James cuando se encontraba ya en Chicago desarrollando su instrumentalismo experimental (Bernstein, 2013, p.9). En cuanto a las ideas pragmáticas de Dewey, este sostuvo que el conocimiento es una forma de acción ante una situación que es percibida como problemática para las personas, por lo tanto, el pensamiento surge cuando nos enfrentamos a dichos problemas en la vida cotidiana. Y, similar a Peirce, James y Mead, consideraba que la verdad de una creencia depende de su utilidad o eficacia ante tales problemas. A diferencia de James, Dewey sí aplicó su concepción al conocimiento científico en cuanto a la validez de las teorías producidas, pues el objetivo de la ciencia era, a su parecer, la reforma social y el mejoramiento de la vida social –visión que compartía con Mead. Este convencimiento de que el objetivo de la ciencia era el progreso social y de que este se lograba a través del aumento de la autonomía individual, hizo que su obra y sus investigaciones estuvieran centradas sobre todo en el campo de la educación y la reforma social (Álvaro y Garrido, 2007, p.58).

Además, a Dewey se le atribuye haber desarrollado una ‘vertiente política’ del pragmatismo, ya que planteó la noción de democracia radical. Para él, la democracia no debe pensarse únicamente como una forma de gobierno, sino también como un modo de vida ético. Para persistir como tal, esta cultura democrática debe estar articulada entre las instituciones y las normas, así como en las costumbres, sentimientos y actitudes de las personas (Lazo y Leyva, 2013, p.xix). La noción de democracia, como un ideal que debemos alcanzar, sirve para poder orientar, guiar y modificar nuestras acciones del presente. La influencia de esta idea que caracterizó el trabajo de Dewey se verá reflejada en los trabajos tardíos de Mead, en los cuales se enfocó en temas más políticos.

Como puede verse, en los enfoques desarrollados por James y Dewey se encuentra un pragmatismo que da prioridad al individuo, a su libertad y a su voluntad. Estos dos autores no veían el orden social como una restricción para los

individuos, sino como algo que los individuos reinician constantemente (Alexander, 1995, p.167).

Álvaro y Garrido (2007, p.57), González (2011, p.182), Bernstein (2013, p.xxxiii), entre otros autores, consideran a Mead como una de las figuras centrales en el desarrollo de la filosofía pragmática, y que compartió muchos de los intereses de Dewey en cuanto a la filosofía y la reforma social. Sin embargo, a pesar de su cercanía con Dewey y con James, y a pesar de que existen muchas similitudes entre sus ideas, el pragmatismo de Mead tiene elementos mucho más colectivistas que el de ellos, por lo que es más cercano al de Peirce. Mead y Peirce realizaron una fusión más sintética entre individualismo y comunidad. Como se vio anteriormente, Peirce desarrolló su semiótica, argumentando que los sistemas de signos tienen una existencia previa a la experiencia del individuo (Alexander, 1995, p.168), que fue incorporada casi íntegramente al sistema y teoría de Mead (Collins, 1996, p.271). Así, preocupado por la génesis y el carácter social del lenguaje y la comunicación, Mead desarrolló una teoría social de la acción y del lenguaje en la cual los elementos individuales y los colectivos entrarían en una relación dialéctica, determinándose y modificándose mutuamente, pero siempre dándole prioridad al proceso social, ya que, para Mead, la sociedad es la unidad crítica y es esta la que explica a los individuos.

El pragmatismo de Mead, justo como el de Peirce, privilegia el uso del método científico sobre cualquier otro método en la búsqueda por el conocimiento, como lo eran el ensayo y error, la introspección, el dogma religioso, la filosofía especulativa, etc. Asimismo, consideraba que el método científico debía aplicarse a todas las áreas de investigación intelectual, incluyendo la psicología, la sociología y, al igual que Peirce, a la filosofía (Baldwin, 1986, p.15). Dicha aplicación implica que “todas las ideas y teorías son tratadas como hipótesis que pueden ser probadas en cuanto a su habilidad para resolver problemas y proveer información útil. Cualquier idea puede ser evaluada en términos del tipo de consecuencias que resultan de ella” (Mead, citado en Baldwin, 1986, p.14). Mead estaba convencido de la superioridad de dicho método, pues “cuando una hipótesis demuestra que funciona, deja de ser hipótesis y se convierte en realidad,

realidad no eterna ni irrevocable, pero la única realidad con la cual estamos familiarizados” (Mead, citado en Baldwin, 1986, pp.17-18). En estas palabras de Mead se muestra la postura que guardaba en cuanto a la verdad: que esta es provisional y se encuentra en constante cambio dependiendo del conocimiento que se vaya generando; lo que implica que todas las hipótesis, aunque hayan sido puestas a prueba en múltiples ocasiones, deben estar siempre abiertas al cambio y en constante actualización. En un mundo que está en constante flujo, las verdades provisionales son más adecuadas para producir un cambio social adaptativo, es decir, que sirvan como herramientas para la reforma social (Mead, 1899, p.370)

El ensayo titulado *A Pragmatic Theory of Truth* (1929) es uno de los trabajos en los cuales Mead trabajó explícitamente sus ideas sobre el pragmatismo, las verdades provisionales y la ciencia, pero en toda su obra es evidente que pone en práctica los principios pragmáticos en su teoría de la acción y el lenguaje. En especial, es notoria su preferencia por lo que consideraba el método científico –el poner a prueba las hipótesis constantemente- que por cualquier otra forma para generar conocimiento, así como de que el objetivo de dicho conocimiento debería estar dirigido hacia la reforma social y la solución de problemas sociales. Sumado a esto, es evidente su rechazo a una verdad o un punto de vista absoluto y objetivo, y entiende la verdad como una que depende de la situación problemática que necesita resolverse: “la verdad atiende al éxito que tienen los organismos al resolver su problema” (Mead, 1929, p.72).

A pesar de las diferencias entre cada uno de los pragmatistas clásicos que se mencionaron anteriormente, para sintetizar y enfatizar las características que fueron centrales y comunes a todos ellos, Bernstein (2013) escribe que:

Todos los pensadores pragmáticos fueron influenciados por las ideas evolucionistas de Darwin [...] Todos estos pensadores fueron robustos naturalistas que enfatizaron la *continuidad* de los seres humanos con el resto de la naturaleza, aunque cada uno de ellos se opuso fuertemente al científicismo, al naturalismo reduccionista y al determinismo mecanicista [...] Fueron

escépticos respecto a cualquier intento de trazar una frontera específica entre reflexión filosófica y actividad científica [...] Fueron críticos de la búsqueda filosófica tradicional de una certeza absoluta. Enfatizaron el papel de *saber-cómo*, de las *prácticas sociales* y de la *agencia humana* (pp.9-10).

Los principales herederos de la tradición pragmática fueron los sociólogos estadounidenses, aunque no la acogieron en su totalidad. Debido a que el pragmatismo de James fue el más conocido y difundido, fue este, junto con el de Dewey, el que mayor influencia ejerció en los futuros científicos y filósofos, principalmente en los sociólogos de la Escuela de Chicago. Las concepciones y puntos de vista de Peirce cayeron un tiempo en el olvido⁵. El pragmatismo alentó a los sociólogos empíricos a elaborar una teoría totalmente social y orientada a la acción sobre la naturaleza de la mente y el yo (Collins, 1996, p.267; González, 2011, p.184).

2.2 Darwin y la teoría de la evolución

Como se vio en el apartado anterior, todos los pragmatistas tuvieron una fuerte influencia de la teoría darwiniana. Charles Darwin publicó *El Origen de las Especies* a finales de 1859, y hacia finales del siglo XIX y principios del XX ya estaba teniendo un gran impacto en diversas áreas del conocimiento; la filosofía y las ciencias sociales no fueron la excepción. Baldwin (1986) comenta que “en los tiempos de Mead, la teoría de la evolución estaba revolucionando el pensamiento occidental en cuanto al lugar de los humanos en la naturaleza, posicionándonos más cerca de los primates que nunca antes” (p.50) y asegura que “jugó un papel central en el desarrollo del pragmatismo” (p.51). Stryker (1980) menciona que “en la psicología y las ciencias sociales, el darwinismo se manifestó de varias

⁵ En las últimas décadas se ha dado un resurgimiento del pragmatismo en el campo de la filosofía y se han retomado las obras de los pragmatistas clásicos, en donde se dan “los comienzos de una narración más compleja del desarrollo de la filosofía en Norteamérica que resalta la *continuidad* y *persistencia* de la herencia pragmática” (Bernstein, 2013, p.14). Huebner (2017, p.18), por su parte, argumenta que prueba de ello son las diversas conferencias internacionales que han tenido lugar en los últimos años y las nuevas ediciones y traducciones de obras de Mead y Dewey.

maneras, una de ella fue en términos del concepto y la doctrina de los instintos” (p.21). El mismo Mead expresó que las ideas propuestas en la teoría de la evolución fueron adoptadas por los científicos y filósofos de los diversos campos del conocimiento, hasta el punto en que “en generaciones posteriores, la evolución se convirtió en una idea que guiaba prácticamente todas las investigaciones” (Mead, 1964a, p.10). Estas investigaciones que Mead mencionaba que eran guiadas por los postulados darwinistas incluían, naturalmente, las de él mismo; lo que se vería reflejado en su trabajo a través de los conceptos de proceso, de su énfasis en la continuidad entre hombre y naturaleza, la adaptación de un organismo a su medio, y en su concepción del mundo como algo en cambio permanente.

Recordemos que desde sus años en Harvard, Mead comenzó a tener un interés especial por la psicología fisiológica, interés que lo llevó a Alemania a continuar sus estudios, donde estuvo con Wundt, “de quien no pudo olvidar lo que éste no pudo olvidar de Darwin, a saber, las teorías de la expresión de las emociones en el hombre a través de los gestos” (Fernández, 1994, p.66). Y, como se verá más adelante, el gesto se convertiría en uno de los conceptos más importantes que utilizó Mead para desarrollar su teoría psicosocial. Sus estudios en Alemania lo proveyeron de un interés en las bases fisiológicas del comportamiento, el cual marcaría de manera importante buena parte de sus primeros escritos, especialmente los que desarrolló en Michigan.

Debido a esta influencia e interés adquiridos en sus años universitarios, desde los primeros momentos de su carrera, Mead estuvo interesado en utilizar las teorías biológicas relacionadas con la evolución y el comportamiento animal para comprender el proceso de vida. La aproximación evolutiva al comportamiento animal y humano, la fisiología y las teorías de la conducta animal yacen detrás del desarrollo de la teoría del acto de Mead, quien las integró en su búsqueda para crear su modelo teórico unificado y no dualista. Mead consideraba que la distinción entre mente y cuerpo como entidades separadas e irreconciliables era una limitación para la construcción de teorías unificadas del mundo (Baldwin, 1986, p.31). Mead encontró en la teoría darwiniana una teoría que ubica al ser

humano, tanto su cuerpo como su mente, en la naturaleza, dentro de un proceso continuo y donde ninguno tiene primacía sobre el otro, pues argumenta que “si la mente es simplemente una característica que emerge en ciertos organismos derivado de sus respuestas inteligentes a su ambiente, la mente nunca puede trascender ese ambiente dentro del cual opera” (Mead, 1932, p.118). La teoría evolutiva ve a los humanos, y a cualquier especie, como animales que interactúan con un entorno físico, por lo que para comprender mejor la naturaleza humana, es necesario el estudio de dicha relación y de nuestro lugar en el proceso evolutivo; proceso del cual somos producto.

La perspectiva evolutiva de Mead, sin embargo, no consideraba a los animales como seres meramente pasivos, ni como productos únicamente de fuerzas evolutivas o determinismos biológicos. Estaba convencido de que la actitud y la conducta de los organismos es, a la vez, un determinante de su ambiente (Mead, 1908, p.312); es decir, que la evolución ha producido organismos activos que seleccionan, cambian y modifican su mundo. En la obra de Mead, esta idea tomaría la forma de que, a pesar de que la sociedad es la unidad crítica que explica a los individuos, esto no quiere decir que los individuos no puedan influir o afectar de vuelta a esa sociedad, pues lo hacen permanentemente dentro del proceso social.

En cuanto a esta agencia que Mead le atribuye al animal humano, sostiene que hemos llegado a un punto en el cual se puede considerar que este es capaz de modificar y controlar su ambiente; sin embargo, no es el humano como individuo aislado, sino como sociedad, es un control que ha sido posible gracias a la organización social (Mead, 1964a, p.17). Nuestro lenguaje y nuestro pensamiento, que son el medio para organizar y dirigir nuestras acciones hacia determinada meta u objetivo, son productos completamente sociales, productos que se obtienen al ser capaces de tomar la actitud del grupo social al que pertenecemos, es decir, al ser socializados dentro de nuestra comunidad. En palabras de Mead (1964a), “se alcanza este punto únicamente en tanto la forma humana es reconocida como una parte orgánica de un todo social” (p.18). En este pasaje se hace notorio el carácter de continuidad con la naturaleza que Mead le atribuye al

ser humano: a pesar de que tenemos la capacidad de transformar nuestro medio, esta capacidad surge como parte de un proceso que tiene lugar dentro de ese mismo medio.

Uno de los conceptos que desarrolló Mead y en los que es evidente la influencia evolutiva es el de conciencia, pues la concebía como existente en diversos grados, en un rango que iba desde simples emociones en “especies inferiores” hasta la conciencia reflexiva en los humanos. Usó ejemplos de animales para explicar los prerequisites biológicos y sociales para la emergencia de cada una de las formas de conciencia más elevadas que se desarrollaban y, al hacerlo, Mead enfatizaba la continuidad de los humanos con otras formas de vida (Baldwin, 1986, p.32). Para Mead (1917e) “es de una naturaleza social, como la que se exhibe en la conducta de especies inferiores, que nuestra naturaleza humana –es decir, la conciencia- evoluciona” (p.213). Como se discutirá en los siguientes capítulos, esta naturaleza social de la que Mead habla involucra diversos procesos como el lenguaje, la conversación, el juego, el juego organizado o deporte.

Asimismo, Mead utilizó versiones modificadas de la teoría de la selección natural al desarrollar sus propias teorías sobre eventos sociales y mentales que parecían estar basadas en procesos selectivos. Describió, según Baldwin (1986), la selección natural como:

Un proceso de ensayo y error en el que ligeras variaciones y mutaciones conducían a la emergencia de nuevas especies a lo largo de los años. Sus teorías de la inteligencia reflexiva y la investigación científica estaban basadas en procesos selectivos que eran diseñados conscientemente para buscar el resultado más exitoso sin las ineficacias del proceso de ensayo y error (p.53).

Como consecuencia de este gusto e interés por la teoría de la evolución, Mead escribió un ensayo titulado *Evolution Becomes a General Idea*, que se publicó por primera vez en 1936, en el cual describió, desde su punto de vista, cómo la idea de proceso evolutivo debe sustituir a la idea mecanicista, principalmente

representada por la física newtoniana que predominaba en la explicación de los fenómenos. Según él, “la concepción mecánica del mundo no es una que pueda dar explicación a la forma de las cosas” (Mead, 1964a, p.9) o de las especies. Opta por utilizar los postulados propuestos por Darwin en su libro *El Origen de las Especies* para buscar una explicación de cómo las especies o el significado de los objetos llegan a ser lo que son en cierto momento de la historia, y cómo éstos surgieron de procesos naturales. En contraste, el enfoque mecánico se centra más en clasificar de acuerdo a cómo son encontradas las cosas o las especies, pero no se centra en explicar cómo surgen dichas formas, su existencia las da por sentado. Para la teoría de la evolución, la forma nueva no es dada, sino que ha evolucionado. Puede argumentarse que esta idea tuvo un fuerte impacto en Mead y en su trabajo, pues en sus ensayos sobre la emergencia de la mente y el *self*, Mead no sólo se enfocó en explicar la manera en que estos dos operan en el mundo, sino que sus esfuerzos se orientaron, sobre todo, a explicar el proceso mediante el cual la mente y el *self* emergen a través de la interacción social, cómo el organismo humano se va convirtiendo en miembro de una comunidad.

En su ensayo sobre la teoría de la evolución, en él también se hace evidente la importancia que Mead le otorgó a la noción de proceso⁶, al escribir que lo más importante en la teoría de la evolución es que hay un proceso vital del cual surgen las nuevas formas o especies: es una “teoría en la cual está involucrado un proceso como hecho fundamental” (Mead, 1964a, p.13). La forma resultante depende de las condiciones bajo las cuales se lleve a cabo dicho proceso, ya que puede tomar una forma u otra. Esta noción de proceso se vería reflejada en varios aspectos y conceptos teóricos de su obra, como lo serán el del desarrollo del *self*, de la mente y de la reflexividad, la creatividad, la ciencia, el progreso social, entre otros.

Para Mead, la teoría de la evolución revolucionó la filosofía al mostrarnos que todas nuestras ideas y conocimiento son el producto de la evolución social y

⁶ Como se verá en los siguientes capítulos, donde se aborda el surgimiento del *self* y la mente desde el punto de vista de Mead, este logró desarrollar una síntesis en la cual le dio igual importancia a la noción de proceso y a la de estructura, argumentando que ambas entran en una relación dialéctica y dinámica en la que se afectan e influyen mutuamente. Por medio de estas nociones explicó las relaciones entre individuo y sociedad.

biológica. Argumentaba que, por lo tanto, hasta la historia y la filosofía debían ser explicadas en términos de modelos científicos y evolutivos (Baldwin, 1986, pp.27-28).

Vale la pena mencionar que el evolucionismo tomado por Mead dista mucho del conocido darwinismo social de Herbert Spencer que, contrario a las aspiraciones de Mead, consideraba que la reforma política y social intervenía con el proceso de selección natural en las sociedades para la supervivencia del más apto (Johnson, 2008, p.53). La influencia que la teoría de la evolución dejó en Mead radica principalmente en la idea de que un organismo siempre va a estar en interacción con su ambiente, y esta relación es la base para el desarrollo y la transformación de dicho organismo y dicho ambiente. De la misma manera, tanto los organismos como la vida misma están en un constante proceso de cambio y evolución. Un proceso que es permanente, jamás fijo o estático. Mead se inspiró e introdujo la idea de evolución en su teoría, que aplicaría tanto para la sociedad y sus instituciones, como para el *self*, la mente y las personas mismas. Somos organismos, nos convertimos en personas sólo a través de la interacción con los demás y con nuestro entorno. Esta es la afirmación que Mead se encargó de argumentar en su trabajo sobre la mente y el *self*.

El pragmatismo y la teoría darwiniana ya mencionados se convertirían en los pilares de la obra de Mead, pero los trabajos y las ideas que le ayudaron a consolidar su pensamiento, así como a orientar sus esfuerzos hacia la resolución de problemas sociales, los encontraría con personajes con los que convivió en el ámbito académico, específicamente en la Universidad de Michigan y la de Chicago.

2.3 Charles Horton Cooley y la sociedad mental

Debido a las influencias, similitudes y cercanía que tuvo con varios de los miembros de la Escuela de Chicago, a Charles H. Cooley se le suele asociar directamente con esta, sin embargo, en realidad fue en la Universidad de Michigan donde él realizó todo su trabajo. Y fue precisamente ahí donde conoció a Dewey y

a Mead, después de que este último llegara en 1891 directo desde Alemania. Hay que recordar que en este periodo de su vida, Mead estaba más enfocado en la psicología fisiológica, por lo que aún no había desarrollado su teoría del *self*, de la mente y de la sociedad; y seguramente fue fuertemente influido y estimulado por la obra de Cooley, quien elaboró una concepción novedosa de la relación entre mente y sociedad.

Cooley estuvo en gran medida influido por la filosofía idealista predominante en aquellos tiempos, lo que se vio reflejado en su enfoque sociológico que algunos tildaron como 'mentalista', ya que se centra en la manera en que creamos representaciones mentales de otras personas y objetos, incluyendo la sociedad (Scott, 2007, p.28). Para él, la sociedad es una cuestión mental, una cuestión de ideas. Menciona que

La sociedad, en su aspecto inmediato, es una relación entre ideas personales. Para tener una sociedad es evidentemente necesario que las personas deben reunirse en algún lugar, y se reúnen únicamente como ideas personales en la mente. ¿Dónde más? ¿Qué otro posible *locus* puede ser asignado para el contacto real entre las personas, o de qué otra forma podrían entrar en contacto si no es como impresiones o ideas formadas en este *locus* común? (Cooley, citado en Mead, 1964b, p.294)

Desde su punto de vista, uno es socialmente real únicamente en tanto uno es una idea y tiene influencia en la mente de otra persona. Los demás son reales para nosotros porque nos imaginamos en ellos una vida que no somos capaces de ver directamente, existen en nuestras ideas que tenemos de ellos, y sólo ahí nos afectan: "Los imaginarios que las personas tienen unas de otras son los hechos sólidos de la sociedad, y observarlos e interpretarlos debe ser un objetivo principal de la sociología" (Cooley, citado en Mead, 1964b, p.294). Por la tanto, desde esta posición, la sociedad tiene que ser estudiada desde el plano de la imaginación, pues podemos acceder a las ideas que nosotros tenemos de otras personas, pero no podemos acceder a las personas mismas (Collins, 1996, p.269). Para poder abordar el estudio de dicha mente social, Cooley propuso la "introspección

simpática”, proceso mediante el cual uno utiliza la empatía para conectarse con el mayor número de personas posibles para hacerse de imaginarios sobre ellos y, de esa manera, entender en lo mayor de lo posible a las demás personas que conviven con nosotros en nuestro grupo social (Stryker, 1980, p.27).

Al igual que la mayoría de los científicos de esos años, Cooley estuvo teóricamente influido por Darwin y por Herbert Spencer –de quien adoptó la idea de que las sociedades son como organismos biológicos. Por ello, desarrolló una perspectiva orgánica de la vida social como si esta fuera un gran tejido de actividad recíproca, formada por innumerables sistemas diferenciados, todos entrelazados y unidos de manera que lo que pasa en uno afecta a todos los demás (Stryker, 1980, p.28; Scott, 2007, p.27). En consonancia con esta concepción orgánica, consideraba al individuo y a la sociedad como dos partes del mismo proceso de la vida humana, que se afectan mutuamente. Entonces, “Cooley concibe a la sociedad como la influencia recíproca de las mentes que se ejerce mediante patrones de conducta y expectativas compartidas, que son el pegamento que mantiene unida a la organización social” (González, 2011, p.186).

Los conceptos más importantes que desarrolló Cooley en su trabajo fueron los de yo-espejo (*looking-glass self*) y el de grupo primario. El yo-espejo representa la imagen de nosotros mismos desde la perspectiva de otros, y tiene tres elementos principales: 1) nuestro imaginario de nosotros mismos en otras personas -o cómo nos imaginamos que los demás nos imaginan-; 2) la imaginación de los juicios de esas personas sobre esa imagen; 3) y los sentimientos o emociones resultantes de dicha imaginación. Por lo tanto, la forma en que pensamos de nosotros mismos está basada en dichos sentimientos que pensamos que la gente tiene hacia nosotros (Scott, 2007, p.29). Mediante el yo-espejo, el niño adquiere un sentido de identidad que lo hace consciente de que lo que él es refleja lo que los otros piensan que es. Además, el yo-espejo permite el desarrollo de un sentido de sí mismo que refleja las definiciones de la sociedad. “Para Cooley, la imaginación de cómo aparecemos para otros es una fuente controladora de la conducta” (González, 2011, p.186). En este concepto del yo-espejo se puede encontrar una gran similitud con el del “Mí” que desarrollaría Mead, pues ambos enfatizan la

importancia de cómo nos ven los demás miembros de nuestra comunidad; y cómo ello se traducirá en términos de acción, pues la persona actuará en determinada situación con referencia a las expectativas que su grupo tenga de ella.

En cuanto al concepto de grupo primario, con este, Cooley se refiere a aquellas personas con las que más íntima y estrechamente nos relacionamos, cara a cara, en nuestros primeros años de vida. El grupo primario es el intermediario entre el individuo y la sociedad, los modelos aprendidos en dicho grupo son con los que enfrentamos al grupo mayor en el que vivimos. Los grupos primarios son fundamentales en la formación de los ideales, o los imaginarios, de los individuos, a quienes les permite desarrollar también pautas de comportamiento acordes a las expectativas mantenidas en la sociedad. Gracias a esto es posible desarrollar el sentimiento de “nosotros” que le hace sentirse al individuo como parte de un todo mayor (González, 2011, p.185; Stryker, 1980, p.29).

Los libros más importantes que escribió Cooley, en los cuales desarrolló sus ideas, fueron *Human Nature and Social Order* (1902), *Social Organization* (1908) y *Social Process* (1918) (Scott, 2007, p.31).

Mead (1964b) afirmaba que “es de vital importancia reconocer el valor que tiene para la psicología social el descubrimiento de Cooley de que los hechos sólidos de la sociología se encuentran en la mente” (p.299). Le concedía a Cooley el acierto de ver que en la mente y la conciencia tiene lugar un proceso social permanente, proceso del cual el *self* y los otros surgen. Según Mead, esto lo coloca en una posición teórica superior a James, M. Baldwin y Tarde, quienes presuponían un mecanismo psicológico más individual ya existente (Mead, 1964b, p.300). En esta breve revisión del trabajo de Charles H. Cooley, se hacen notorias varias similitudes con los conceptos que Mead desarrollaría posteriormente, principalmente los relacionados con el *self*, sobre todo el “Mí” y el “Otro Generalizado”. En el último párrafo de su ensayo *Cooley's Contribution to American Social Thought* –publicado en 1930–, Mead hace explícito su agradecimiento y reconocimiento:

Su establecimiento del *self* y de los otros en un mismo plano de realidad en la experiencia y su impresionante estudio de la sociedad como fruto de la asociación y cooperación del grupo primario en su organización cara a cara son logros positivos por los cuales estamos profundamente en deuda con su conocimiento y pensamiento constructivo (p.307).

Por otro lado, la principal crítica de Mead hacia el trabajo de Cooley fue con relación a su método de la introspección para abordar el estudio del *self*. Mead propuso, en cambio, y como se verá en el apartado siguiente, una aproximación conductista, pues consideraba que de esa manera era posible mostrar que el *self* pertenecía, más bien, al campo de la experiencia objetiva.

2.4 Conductismo

El conductismo, fundado por John B. Watson en 1913, es una corriente desarrollada dentro de la psicología que ha tenido una gran influencia y presencia a lo largo de los años dentro de la disciplina. Dicha corriente sostiene básicamente que el objeto de estudio de la psicología no debería ser la conciencia, “sino el comportamiento o las actividades del ser humano” (Watson, 1925, p.3), enfocándose en la relación entre los eventos observables –los estímulos- y las reacciones observables de la conducta a esos eventos –las respuestas. Además, el conductismo se caracteriza por su énfasis en la importancia de los eventos externos y el medio ambiente, y su renuencia a especular sobre los eventos internos del organismo, rechazando, así, el método de la introspección (Watson, 1919, pp. 2-3).

Mead conoció personalmente a Watson, ya que este último fue su alumno en la Universidad de Chicago (Cook, 1993, p.43; Huebner, 2017, p.10), en donde obtuvo su doctorado en 1901 y dio clases por algunos años. En un escrito autobiográfico, Watson relata que Mead estuvo por un tiempo interesado en sus estudios de comportamiento animal y que algunos días los pasaban juntos en su laboratorio observando a sus animales (Cook, 1993, p.43).

En diversas partes de su obra, Mead menciona que, para él, la mejor forma de abordar el estudio de las personas era mediante una aproximación conductista (*behavioristic*), pero utiliza el término conductista en el sentido amplio de la palabra, es decir: “una aproximación al estudio de la experiencia del individuo desde el punto de vista de su conducta, y especial, pero no exclusivamente, de su conducta tal como es observable por otros” (Mead, 1934, p.50). A diferencia del conductismo fundado por Watson, y continuado y ampliado por B. F. Skinner, Mead de ninguna manera negaba la posibilidad del estudio de la conciencia; de hecho, consideraba que los aspectos internos y subjetivos de las personas son de vital importancia para la comprensión de sus acciones. En pocas palabras, la crítica de Mead a Watson era que este “explicaba todo el campo de la experiencia interior en términos de conducta exterior” (Mead, 1934, p.51), que el hecho de no tener acceso directo a esta experiencia interior no es motivo suficiente para dejarla de lado, ya que “parte del acto reside dentro del organismo y sólo más tarde cobra expresión” (p.53).

Aunque tanto Mead como Watson estaban de acuerdo con su rechazo a la introspección como método de estudio de la conciencia y los procesos mentales, según Morris (1934, p.30), en la introducción que escribió para *Espíritu, Persona y Sociedad*, “el conductismo significaba para Mead no la negación de lo privado ni el descuido de la conciencia, sino la aproximación a toda la experiencia en términos de conducta[...]no reduce el mundo experimentado a movimientos de nervios y músculos” (Mead, 1934, p.26). Al definir su aproximación, en la que se nota su distanciamiento con el enfoque watsoniano, Mead (1934) dice que:

La psicología social es conductista en el sentido de que parte de una conducta observable [...] pero no en el sentido de pasar por alto la experiencia interna del individuo, la fase interior de ese proceso o actividad. Opera, simplemente, de afuera hacia adentro (p.55).

Charles W. Morris, quien fue el editor del libro *Espíritu, Persona y Sociedad*, empleó el término “conductismo social” en el subtítulo de dicho libro para reflejar

claramente la posición de Mead respecto a la de Watson, refiriendo que la del primero: “se trata de un conductismo social, no individualista y subcutáneo” (Mead, 1934, p.26).

Finalmente, otra notoria diferencia entre el conductismo watsoniano y el conductismo de Mead es en cuanto a sus ideas sobre la relación entre la conducta animal y la humana, pues el primero consideraba que no había mucha diferencia entre estas dos, por lo que extendían las aplicaciones de sus experimentos con animales al campo de las personas⁷; en cambio, para Mead, la diferencia residía en que las personas poseemos facultades mentales que nos permiten mediar entre el estímulo y la respuesta, especialmente la facultad del lenguaje. Mead poseía una visión más dinámica y creativa del actor (Ritzer, 2001, p.429), Watson una mucho más pasiva y mecanicista en la cual la conducta de este era determinada por los estímulos ambientales.

Las diferencias recién mencionadas son algunas de las cuales dejan en claro que el conductismo de Mead y el de Watson tenían más diferencias que similitudes. Mead adoptó el término “conductista” para expresar su aproximación al estudio de la naturaleza del lenguaje y la conciencia, pues estaba convencido que los aspectos internos de las personas podían ser estudiados y comprendidos de esa manera, ya que, desde su punto de vista, es de esos aspectos observables y objetivos –a saber, el proceso de comunicación- de donde surgen los aspectos subjetivos. El proceso de comunicación se convertiría en el punto de partida de Mead para su teoría social de la mente; la cual empezó a desarrollar en sus años en la Universidad de Chicago, en donde conoció a diversos teóricos que lo influyeron y que estimularon su pensamiento, y a los que, sin duda alguna, él también influyó.

⁷ Esta practica echó profundas raíces en la investigación y en la práctica de la psicología, siendo uno de los métodos de estudio más comunes en varios campos de la disciplina y que, al día de hoy, sigue llevándose a cabo.

2.5 La Escuela de Chicago

Se le conoce como Escuela de Chicago a la generación de teóricos que trabajaron y enseñaron en la universidad de esta ciudad desde sus orígenes en los últimos años de la década de 1890 hasta mediados del siglo XX, y cuya obra dejó un legado importante no sólo para la sociología americana, sino para las ciencias sociales en general. La mayoría de estos teóricos pertenecieron al Departamento de Sociología, aunque otros, como el mismo Mead o Dewey, pertenecieron al de Filosofía. A la fecha existe desacuerdo en cuanto a si sus miembros pueden ser en verdad considerados una escuela como tal, ya que autores como González (2011) consideran que entre ellos “no hay un *corpus* conceptual coherente y compartido, un conjunto de hipótesis de trabajo y un programa de investigaciones para ponerle a prueba” (p.194). Otros, como Roberts (2006), consideran que puede llamársele Escuela de Chicago a “el grupo de individuos y la influencia de sus ideas enfocadas en la ciudad y el cambio social, incluyendo temas importantes como el crimen, el racismo y la migración, así como sus contribuciones metodológicas a la investigación” (p.13). Por su parte, Howard Becker (1999) afirma que la Escuela de Chicago, entendida como una “Escuela de Pensamiento” (p.8) -en la cual el pensamiento de una persona es visto como el central y es compartido, pulido, ampliado y ejemplificado por sus seguidores- es un mito. En cambio, propone verla como una “Escuela de Actividad”, en donde lo que los miembros tienen en común es que trabajan cooperativamente en proyectos o hacia un objetivo común. Y, según Becker (1999), en el caso de los miembros de la Universidad de Chicago, este objetivo no era uno teórico, sino uno práctico: “la formación de sociólogos, el otorgamiento de grados, y el mantenimiento de una cierta reputación dentro y fuera de la universidad” (p.9). Contrario a lo que usualmente se piensa –en cuanto a que predominio de los métodos cualitativos era absoluto-, Becker relata que dentro del departamento se podían encontrar los más diversos métodos y orientaciones sociológicas, y que incluso existían serias diferencias y desacuerdos entre los profesores e investigadores del departamento.

La primera generación de teóricos que formaron parte de esta escuela fueron Albion Small, Jane Addams, John Dewey, George H. Mead, William I. Thomas, entre otros. Recordemos que Mead arribó al Departamento de Filosofía de la Universidad de Chicago en 1894 a petición de su colega y amigo John Dewey. La historia de la escuela comenzó en el año de 1892, cuando el Departamento de Sociología en la Universidad de Chicago fue fundado por Albion Small, departamento que sería por muchos años (casi toda la primera mitad del siglo XX) el centro más importante de la sociología en los Estados Unidos (Ritzer, 2001, p.48; Soto, 2013, p.164). Desde sus inicios, el departamento tuvo la firme creencia de que la sociología debía estar dirigida hacia la reforma social, por lo que el objetivo principal del departamento era el de tener un enfoque práctico que se centrara en los problemas y procesos que enfrentaba la ciudad, la cual estaba sufriendo los impactos de la industrialización acelerada, el crecimiento abrupto de la población debido a la llegada masiva de migrantes, desigualdad, desempleo, entre otras tantas. Precisamente por estos problemas y procesos que atravesaba la ciudad, esta fue un sitio ideal que potenció el desarrollo de una sociología científica con un objetivo de mejora social (Ritzer, 2001, p.50; Roberts, 2006, pp.12-13).

González (2011) hace un recuento de los temas y problemas de los que se ocuparon los sociólogos y filósofos de Chicago:

Las investigaciones realizadas se centraban en problemas como la pobreza, la inmigración, la integración social de las minorías, la desorganización de la personalidad producto del cambio del entorno, los problemas raciales, las relaciones entre las clases sociales y las reglas culturales que las regían, la estructura ocupacional y el impacto de la formación de nuevas profesiones en relación a las clase sociales y el poder, la marginación y la desviación social. Este material, documentado principalmente según métodos etnográficos y cualitativos más que cuantitativos [...] derivó en una sociología distintiva de dicho lugar, sociología que aún es fuente de inspiración para la sociología contemporánea (p.193).

Podría decirse, entonces, que su contribución a la teoría social radica, entre otras cosas, en el énfasis y la atención que pusieron en la interacción y la comunicación para comprender las dinámicas de los grupos sociales en el contexto de la rápida urbanización de la ciudad; lo cual utilizaron para diseñar políticas o reformas que ayudaran a reducir los impactos negativos de dicha urbanización acelerada. La gran importancia que le dieron a la historia, al trabajo etnográfico y los métodos cualitativos en general, dejó un legado duradero en la investigación de este tipo, lo cual fue uno de los principales rasgos que los distinguió de aquellos que se basaban más en los análisis estadísticos. Su énfasis en los significados culturales, los procesos sociales y la interacción social, la personalidad y la situación, se convirtieron en los pilares y guías para el desarrollo y consolidación del interaccionismo (Roberts, 2006, pp.13-14).

La segunda generación de esta escuela estuvo conformada por autores como Robert E. Park, Ernest Burgess y Florian Znaniecki, quienes continuaron con los temas de investigación que realizaron sus antecesores, pero que pusieron todavía más énfasis en los métodos cualitativos, especialmente la investigación de campo. A continuación se revisará brevemente el trabajo de dos de los miembros de estas dos primeras generaciones: William I. Thomas y Robert E. Park. El motivo por el cual se mencionará el trabajo de estos dos autores no solo es debido a la importancia de este –el cual tuvo gran impacto e influencia en los demás miembros de la escuela y en los estudiantes de las generaciones que estaban por venir-, sino porque tanto las ideas de Thomas como las de Park influyeron en algunos aspectos en el trabajo de Mead, de la misma manera en que el de Mead influyó en el de ellos. Sobre esto, Huebner (2017) menciona que “Thomas estaba particularmente impresionado por la aproximación que Mead empleaba en sus cursos de *Comparative Psychology*, y la veía como un nuevo método que podría ser aplicado a la sociología y la antropología” (p.9) y, el mismo Park mencionó sobre Mead que “no conozco a nadie que haya realizado un análisis mucho más profundo de las relaciones que describimos como sociales” (Park, citado en Huebner, 2017, p.14).

William Isaac Thomas (1863-1947)

Llegó al departamento de la universidad en 1895. Su formación académica estaba marcada más por la antropología, influido por los estudios de la diversidad cultural de Boas. Sus primeras publicaciones fueron *Sex and Society* (1907) y el volumen editado *Source Book for Social Origins* (1909) (Roberts, 2006, p.17). La orientación sociológica de Thomas fue más de un estilo microscópica y sociopsicológica que de uno estructural o macrosocial. Fue dentro de este estilo que desarrolló su trabajo de la conocida 'definición de la situación'. En ella enfatizó la necesidad de entender las definiciones subjetivas compartidas de la gente, ya que esta definición de la situación por parte de las personas tiene consecuencias sociales. Dicha definición es crucial, pues es lo que guía a las personas a la hora de actuar e interactuar con las demás y con su ambiente, de manera que, para Thomas, el comportamiento humano no es una respuesta automática a los estímulos ambientales, pues un mismo estímulo puede motivar diferentes acciones en distintas personas o diferentes acciones en la misma persona en distintos momentos; todo dependiendo de su definición subjetiva de la situación. Estas definiciones podrían estar en consonancia con las de la sociedad, en cuyo caso se denominan valores, o que podrían diferir de estas (Johnson, 2008, p.62). De este trabajo deriva su afirmación comúnmente conocida como el Teorema de Thomas: "Si los hombres definen las situaciones como reales, éstas serán reales en sus consecuencias" (Thomas, citado en Johnson, 2008, p.62). Esta orientación microsocia sería uno de los pilares fundamentales que definirían la perspectiva teórica de la Escuela de Chicago y de uno de sus productos más importantes: el interaccionismo simbólico (Ritzer, 2001, p.50).

La otra gran aportación por la cual Thomas es reconocido es su libro, escrito en coautoría con F. Znaniecki, *El Campesino Polaco en Europa y América* (1918), que es un estudio sobre la desorganización social de los migrantes polacos que llegaron a los Estados Unidos, y muestra cómo dichas comunidades se adaptaron a los nuevos ambientes y ritmos de vida a los que llegaron. Se podría considerar que dicho libro constituyó el primer estudio empírico importante realizado dentro del Departamento de Sociología de Chicago, y su aspecto más significativo fue la

metodología empleada, pues combinaba diversos tipos de datos: material autobiográfico, facturas, correspondencia familiar, archivos periodísticos, documentos públicos y cartas de instituciones. Asimismo, dicho trabajo mostró la importancia de estudiar los aspectos tanto objetivos como subjetivos de la vida social (Johnson, 2008, p.62; Ritzer, 2001, p.50).

Thomas dejó la Universidad de Chicago en 1918, pero su influencia permaneció en la escuela por muchos años a través de muchos teóricos, principalmente a través del trabajo de Park (Roberts, 2006, p.17).

Robert Ezra Park (1864-1944)

Park entró al departamento en 1914 y, con el pasar de los años, llegó a convertirse en una figura central de este. Antes de dedicarse a la academia, Park fue periodista hasta los 34 años, por lo que desarrolló una afinidad e interés por la vida y los problemas urbanos. Le gustaba describir los detalles de la vida en la ciudad y escribir sus observaciones en torno a alguna problemática. Al no satisfacerle por completo ese estilo de vida, comenzó sus estudios en ciencias sociales en Harvard durante un año, para posteriormente trasladarse, como muchos de sus colegas, a Alemania. En este país estuvo inscrito en los cursos de Georg Simmel, por lo que se considera que fue Park a quien se debió en gran medida la introducción de las ideas del teórico alemán en los demás miembros de la Escuela de Chicago; sobre todo su gran interés por la interacción, la acción (Ritzer, 2001, pp.49,51) y la vida en la ciudad. En cuanto a esto último, De la Peña (2003) afirma que la visión de ciudad de la Escuela de Chicago concuerda mucho con la simmeliana, en el sentido de que las ciudades se encuentran constantemente en transformación, orientadas hacia la desorganización y que están conformadas por grupos e individuos heterogéneos e interdependientes.

A sus trabajos, en los cuales conjuntó su experiencia en el periodismo y su interés por la ciudad con la teoría social, son a los que se les atribuye el duradero interés de la Escuela de Chicago por la ecología urbana, que se valía de la etnografía como método de investigación principal, el cual fue uno de los distintivos de esta escuela (Ritzer, 2001, p.51).

Park, junto con Ernest Burgess publicó el importante manual de sociología *An Introduction to the Science of Sociology*, en 1921; en el cual se considera la noción de control social como tema central del que debería ocuparse la sociología. A lo largo de este trabajo se puede notar el desarrollo de las ideas de autores como Small y Cooley, sin embargo, fueron Simmel y Thomas los autores que más atención recibieron y los más citados en dicho libro (Roberts, 2006, p.16; Ritzer, 2001, p.51).

Roberts (2006, p.17) considera que en el trabajo de Park existía una combinación interesante entre una creencia pragmática en el progreso social y una idea más limitada de su posibilidad a través de la intervención social debido a la influencia que tuvo en él el darwinismo social propuesto por Spencer. Para Park, la comunicación y el conocimiento son necesarios para el cambio social. Teóricamente, Park se sentía en deuda con Thomas y con su enfoque antropológico, sobre todo al considerar que en los procesos urbanos existen tanto aspectos conflictivos como adaptativos. Tanto en Park como en Thomas había un interés común en el ajuste individual a nuevas condiciones, la adaptación grupal y el potencial de estos para lograr el cambio social.

Los trabajos de los distintos miembros de la Escuela de Chicago en distintas áreas del conocimiento representaron “la gran mentalidad pragmática e individualista americana en la cual el conocimiento se aplicaba a la solución de los problemas de la vida real y a la reforma social” (Johnson, 2008, p.53). Gracias a la diversidad de sus miembros, de dicha escuela no solo surgieron trabajos de sociología, sino también de educación y filosofía que impactarían en diversos ámbitos y en varios futuros teóricos.

En cuanto al lugar y las contribuciones de Mead a la Escuela de Chicago, Johnson (2008) escribe que

Mead fue tal vez el miembro más comprensivo y abstracto. Sus contribuciones fueron importantes para analizar la cercana relación entre la interacción social y los procesos subjetivos mentales, así como la manera en que el autoconcepto de los individuos se liga con la vida de la comunidad mayor o la sociedad. La

perspectiva de Mead sobre cómo el conocimiento se desarrolla a través del proceso de adaptación al ambiente y a la resolución de problemas, provee un puente entre el pragmatismo y la sociología (p.55).

La Escuela de Chicago alcanzó su apogeo en la década de 1920, convirtiéndose en el centro de estudios más influyente. Fue ahí donde se fundó la revista más importante de sociología en esos años: *American Journal of Sociology* –que al día de hoy sigue siendo una de las más prominentes–, sus miembros ocuparon la presidencia de la American Sociological Society por muchos años, y publicaron los artículos y libros más influyentes de la disciplina; además de formar en el área a gran cantidad de estudiantes, muchos de los cuales continuarían con su legado en un futuro (Roberts, 2006, p.16; Ritzer, 2001, p.53). Sin embargo, la década de 1930 estuvo marcada por la muerte de Mead y por la partida de Park del departamento. Estos dos eventos, junto con factores como el de que la importancia de los trabajos sociológicos se ubicara cada vez más en los departamentos de otras universidades –en especial en la de Harvard, donde se encontraba Talcott Parsons, y en la de Columbia, en la cual estaba Robert Merton–, provocaron que su dominio decayera y que otro tipo de enfoques, especialmente el estructural-funcionalista propuesto por los autores mencionados, comenzaran a dominar el terreno académico. Dicho enfoque estructural-funcionalista contrastaba fuertemente con lo que se había hecho en Chicago durante todos esos años (Ritzer, 2001, p.54; Johnson, 2008, p.73).

Entre los sucesores de estas primeras dos generaciones de teóricos de la Escuela de Chicago, se destacan Herbert Blumer⁸, Everett Hughes, Howard

⁸ Blumer retomó, muy a su manera, algunas de las ideas de Mead, y formuló una concepción del *self* y de la interacción primordialmente procesual, individualista y subjetivista. Esta interpretación de Blumer, que se identificaba más con lo que Mead denominó “Yo” en su trabajo sobre el *self*, estableció los principios de lo que se denominaría Interaccionismo Simbólico, término que el mismo Blumer acuñó en el año de 1937 (Roberts, 2006, p.51). En contraposición con esta versión de las ideas de Mead, Manfred Kuhn, en Iowa, también desarrolló su concepción del *self* y de la interacción, pero lo hizo enfatizando las nociones de rol y estructura, que estaban más en consonancia con lo que Mead había denominado como “Mí”. Esta versión del Interaccionismo Simbólico privilegió el uso de los métodos cuantitativos y la investigación empírica; contrario a la desarrollada por Blumer en Chicago (Stryker, 1980, p.100). Durante las décadas posteriores, diversas variantes del interaccionismo simbólico fueron desarrolladas, una de las más destacadas

Becker y Anselm Strauss⁹, entre otros; cuyo trabajo y aportaciones se consideraron como una oposición y alternativa a las teorías estructural-funcionalistas. Como parte de los esfuerzos de estos académicos y de los que les siguieron, se fundó, en 1978, la *Society for the Study of Symbolic Interaction (SSSI)*, que agrupa a académicos de todo el mundo que trabajan temas desde la perspectiva interaccionista¹⁰.

Como se expuso anteriormente, las ideas de Simmel fueron muy bien acogidas por los miembros de la Escuela de Chicago, las cuales fueron introducidas por medio de Park. Lo más probable es que de esa manera Mead haya tenido contacto con ellas; sin embargo, estas no fueron las únicas influencias alemanas que le dieron forma al pensamiento de este último, pues hay que recordar que durante su juventud continuó con sus estudios en dicho país.

2.6 Sociología y Filosofía Alemanas

Los acercamientos que tuvo Mead con la ciencia y la filosofía alemanas ocurrieron sobre todo en los años en que estuvo en ese país realizando sus estudios de posgrado, teniendo como profesores a Wilhelm Wundt, en Leipzig, y a Wilhelm Dilthey, en Berlín; aunque desde sus años en el Oberlin College y en Harvard, como se mencionó en el primer capítulo, Mead ya había mostrado interés y se había introducido a los libros de algunos filósofos alemanes, principalmente Kant, Fichte, Shelling y Hegel. De este último retomó especialmente su enfoque dialéctico en el manejo de sus conceptos y en cómo se afectan unos a otros

fue la del interaccionismo simbólico estructural, propuesta por Sheldon Stryker en 1980 en la Universidad de Indiana.

⁹ Howard Becker es reconocido, entre otras cosas, por sus estudios de la sociología de la desviación; Everett Hughes realizó diversas investigaciones sobre la vida en la ciudad, el trabajo, las relaciones entre los grupos étnicos y las instituciones; y Anselm Strauss fue el fundador –junto con B. Glaser– de lo que se conoce como Muestreo Teórico o Teoría Fundamentada (*Grounded Theory*).

¹⁰ La SSSI organiza anualmente una reunión en la que destacados académicos presentan sus trabajos más recientes. Además, otorga diversos premios y distinciones, entre los que destacan el *George. H. Mead Award for Lifetime Achievement*, *Charles Horton Cooley Award for Recent Book* y *Herbert Blumer Graduate Student Paper Award*.

(Ritzer, 2001, p.434). Esta dialéctica caracterizaría su visión fundamental de la relación entre persona y sociedad.

Retomando un poco lo comentado en el apartado anterior, el sociólogo alemán Georg Simmel fue uno cuya influencia de sus trabajos es notoria en los de Mead y en la obra de los miembros de la Escuela de Chicago. Debido a que el propio Mead nunca estudió directamente con él ni hay registros que lo ligen directamente a él, lo más probable es que haya adquirido esta influencia a través de sus compañeros en Chicago, principalmente por medio de Park. Este último, durante sus estudios en Europa, “había seguido los cursos de Simmel, por lo que las ideas de éste, en particular su interés en la acción y la interacción, intervinieron en el desarrollo de la orientación teórica de la Escuela de Chicago” (Rock citado en Ritzer, 2001, p.51).

A diferencia de los sociólogos europeos contemporáneos de Simmel, que abordaban el estudio de la persona desde un punto de vista completamente societal, este le dio su lugar y su importancia al individuo y a los procesos en los que estaba inmerso, procesos capaces de alterar y transformar la estructura social. Para el alemán, la

Sociología se pregunta qué le pasa a los hombres y bajo qué reglas se comportan, no tanto en cuanto a cómo revelan su existencia individual en su totalidad, sino en cuanto a que forman grupos y son determinados por la existencia de su grupo debido a su interacción (Simmel, citado en Stryker, 1980, p.41).

En cuanto a las similitudes del pensamiento meadiano y el de Simmel, Ritzer (1993) menciona que Mead “legó a la sociología estadounidense una sociología que se oponía frontalmente a las teorías fundamentalmente societales propuestas por los principales teóricos europeos. La única excepción era Simmel” (p.70); y Johnson (2008) que “la atención de Mead a la interacción era similar a la de Simmel, pero Mead enfatizó más explícitamente la forma en que la interacción está relacionada con la interpretación subjetiva” (p.55). Si bien no puede afirmarse

que las ideas de Simmel hayan sido reveladoras o determinantes para las de Mead, sí puede asegurarse que por lo menos reforzaron o estimularon el enfoque adoptado por este último, en el cual la interacción entre los individuos toma un papel central en la producción y transformación de las estructuras sociales, las cuales afectan y transforman al individuo de vuelta.

La gran influencia que tuvo el alemán en la escuela de Chicago pudo notarse en las publicaciones del *American Journal of Sociology*, pues este había publicado varios ensayos de Simmel antes de 1914, mientras que el primer libro de texto importante de sociología americana, *Introducción a la Ciencia de la Sociología* (1921), escrito por Park y Burgess, contenía más referencias de Simmel que de cualquier otro sociólogo europeo. El énfasis de Simmel en la importancia de la subjetividad de la vida social y en la profunda naturaleza alienante de la sociedad moderna urbana encontró buena recepción en la Escuela de Chicago (Swingewood, 1984, p.166).

Al igual que con Simmel, Mead adquirió de manera indirecta –sobre todo a través de sus colegas con los cuales convivió a la largo de su trayectoria académica- la influencia de un grupo de filósofos británicos conocido como los filósofos morales escoceses.

2.7 Filósofos Morales Escoceses

Con este nombre es que se les conoce usualmente a David Hume, Adam Smith, Adam Ferguson, Frances Hutcheson, Thomas Reid, entre otros, a quienes se les atribuyen unos de los primeros intentos por establecer de una manera empírica el estudio de los seres humanos y la sociedad. En palabras de Stryker (1980),

Estos filósofos estaban comprometidos con el empirismo y con la inducción, pues, a su parecer, éstos los llevarían a un conocimiento útil [...] Se centraban en la observación de la experiencia cotidiana de los hombres. No experimentaban; no manipulaban o controlaban; y la verificación era cuestión de expandir su campo de observación. Su fuerte era teorizar (p.17).

Sus ideas y postulados son muy similares a los que desarrollaron los filósofos pragmatistas americanos, incluyendo al mismo Mead, sobre todo en cuanto a la mente, la interacción y el *self*, llegando a ser considerados como unos de los precursores del interaccionismo simbólico. Por ejemplo, Ramírez (2003, p.144) comenta que el origen del interaccionismo debe ser rastreado hasta ellos y su empirismo ingenuo, especialmente en cuanto al concepto de empatía o simpatía utilizado por Hume y Adam Smith, y que fue transmitido por medio de la corriente pragmatista de la filosofía, la psicología y la sociología norteamericanas. En el mismo sentido, para Stryker (1980, p.20) el énfasis de estos filósofos escoceses en la cercana relación entre las ideas y la conducta, la importancia del mundo natural y social para la emergencia del individuo, el carácter internamente dinámico y organizado de la mente humana, la susceptibilidad de esta para su estudio científico, y la mente como un instrumento para la adaptación encontraron su camino hacia el interaccionismo simbólico en gran medida a través de los trabajos de los filósofos pragmatistas mencionados, principalmente James, Dewey y Cooley, con quienes, como ya se vio, Mead se relacionó estrechamente a lo largo de su trayectoria.

Para el objetivo que se propone esta investigación, es relevante resaltar la importancia de la convicción que Mead tenía de que el conocimiento tiene un compromiso político y social, lo que implica que dicho conocimiento debe ser utilizado y generado para la resolución de los diversos conflictos sociales. Dicha convicción fue adquirida, principalmente, por sus actividades cívicas y políticas en las que participó o que presencié en las diversas ciudades donde vivió, por su orientación pragmática, así como por medio de colegas como lo fueron Dewey, Addams, y demás miembros de la Universidad de Chicago, sin olvidar que esta ciudad, en la que vivió la mayor parte de su vida, se encontraba en particulares condiciones sociales, históricas y culturales que estimularon este tipo de generación y aplicación del conocimiento.

Hecho este breve recorrido por la vida de Mead, tanto en la academia como fuera de ella, en estos dos primeros capítulos, se pasará a revisar en los siguientes de qué manera todas estas influencias se cristalizaron, materializaron y

devinieron en lo que fueron ya concretamente las ideas, postulados y tesis que desarrolló y defendió Mead a lo largo de su vida.

Capítulo 3. Génesis del *Self* y de la Mente

“La unidad y estructura de la persona completa refleja la unidad y estructura de la sociedad desde una posición particular”

Mead, 1934

Los escritos en los cuales Mead se ocupó de desarrollar y exponer sus ideas acerca del surgimiento, las actividades y las funciones de la mente¹¹ y del *self*¹², así como de la relación dialéctica y recíproca de estos con la sociedad, son la parte más conocida y la más difundida de su obra. En el libro *Espíritu, Persona y Sociedad*, cuyo título original es *Mind, Self and Society*, es en donde se encuentran reunidas las principales ideas y desarrollos teóricos de Mead en cuanto al tema de la mente y el *self*; dicho volumen fue publicado póstumamente en 1934 y fue producto de la recopilación de notas hechas por alumnos de Mead en sus cursos, además de pasajes extraídos de algunos ensayos que el autor publicó en vida. En el presente capítulo se hará una breve revisión de estas ideas con la intención de dar cuenta de la manera en que Mead explicó el surgimiento de la mente y el *self* en las personas, que es la manera en la que, a su parecer, la sociedad se interioriza en el individuo, lo que le permite a este último formar parte de ella y, así, reproducirla y transformarla.

En su teoría psicosocial, Mead, en todo momento, aseguró que el proceso social le antecede o le preexiste a los individuos, lo que quiere decir que, para él,

¹¹ La mente, concepto que ha sido antiguo objeto de estudio de múltiples ciencias y disciplinas, entre las cuales se encuentra la psicología social, es uno que, a la fecha, sigue siendo complejo. Brindar una definición precisa o completamente satisfactoria puede aún resultar problemático o polémico. A la mente se le ha abordado desde perspectivas filosóficas, antropológicas, sociológicas, psicológicas e, incluso, hasta biológicas. Reconociendo que la de la mente no es una cuestión menor, aquí se abordará la perspectiva de ella que desarrolló Mead y que, en pocas palabras, podríamos definir como la estructura simbólica mediante la cual el organismo se relaciona con su medio (Definición que será ampliada en los siguientes párrafos).

¹² En el presente trabajo se utilizará el término original de *self* en vez del de *persona*, que es el utilizado en la traducción oficial al español. El motivo de esto es que se considera que el término *self* no tiene un equivalente o una traducción literal al español que refleje o represente todo el significado que tiene en inglés este término y que sea usado en el sentido que se usa en dicho idioma. A pesar de que usualmente se le traduce con el término *sí mismo*, resulta difícil entender a plenitud fuera del idioma inglés lo que el concepto de *self* implica. Dicha particularidad puede notarse en palabras y conceptos como *selfdom*, *selfness*, *selfhood*, *itself*, *selfless*, etc.

tanto el *self* como la mente de las personas son productos esencialmente sociales. Al abordar la experiencia individual desde el punto de vista de la sociedad, Mead (1934) define la psicología social como “el estudio de la experiencia y la conducta de un organismo individual o persona, como dependiente del grupo social al que pertenece” (p.49). Solo tomando en cuenta todo el proceso social en el que está inmerso el individuo es posible entender su conducta, pues esta se da en términos de la conducta organizada del grupo social. El todo -la sociedad- es anterior a la parte -el individuo. Mead adoptó una postura y desarrolló una explicación sociológica de la mente y del *self*, aunque en ningún momento dejó de lado o menospreció la importancia ni la necesidad de los elementos individuales y fisiológicos de los humanos que hacen posible la experiencia social –lo cual se hace comprensible si recordamos que los primeros años de su carrera académica los dedicó fuertemente al estudio de las componentes biológicas del comportamiento. Esta prioridad (del latín *prior*, que significa anterior) o preexistencia que Mead le otorgó a la sociedad sobre el individuo debe tenerse siempre en cuenta cuando se lee la obra de Mead, pero tampoco debe ser tomado como sinónimo de que la determinación de la sociedad sobre la persona es absoluta, sino solamente que para que la persona como tal exista, debe estar en sociedad, es decir, en un flujo e intercambio continuo de símbolos y significados.

3.1 Mente

Al revisar las influencias teóricas de Mead, se mencionó que su interés por los gestos fue adquirido por su afinidad por la teoría darwiniana, además de que con Wundt, en Alemania, también los retomó a lo largo de sus clases. El gesto es el punto de partida del acto social para Mead y es, por lo tanto, uno de sus conceptos más importantes. El acto social es todo aquel que implique la actividad cooperativa de dos o más individuos, cuyo objeto es uno social. El acto social, aunque tiene etapas, debe ser entendido como un todo dinámico; es decir, que las etapas del acto están organizadas de tal forma que las etapas posteriores pueden estar presentes en las primeras en el sentido de que sirven para guiar el proceso mismo del acto (Mead, 1934, pp. 54, 58).

Dada su perspectiva social de la experiencia humana, Mead consideraba al lenguaje –y a la comunicación en general- como esencial para el orden y la organización social. El lenguaje no es solo parte de la conducta social, sino que es un instrumento capaz de recoger y organizar el contenido de un objeto o un proceso en la experiencia (Mead, 1934, p. 60). Sin embargo, Mead (1934, p.119) también afirma que la comunicación no es un proceso únicamente humano, sino que se da también en los demás animales¹³. Es aquí donde aparece el gesto. Describe al gesto como “el mecanismo básico mediante el cual se lleva a cabo el proceso social, ya que hace posibles las reacciones adecuadas para la conducta mutua por parte de los distintos organismos individuales involucrados en el proceso social” (Mead, 1934, p. 60). Un organismo –humano o no- realiza un gesto, el cual provoca una reacción en otro organismo, reacción a la que, a su vez, reacciona el primer organismo y así sucesivamente hasta que el acto social se lleve a cabo; es decir, las acciones de uno se adaptan a las del otro. El gesto de uno es el estímulo del otro. A este proceso Mead lo denominó conversación de gestos (Mead, 1934, p. 61).

Como se verá más adelante, para Mead es de este proceso del cual surge el lenguaje; por lo tanto, el gesto, que es precisamente una de las primeras etapas del acto social y que sirve de estímulo para los demás organismos implicados en él, precede al símbolo y a la comunicación deliberada. Para ejemplificar esto, Mead hace uso de su famosa situación entre dos perros en actitud hostil, en donde cada perro reacciona a los gestos del otro: se gruñen, se ladran e intimidan con el cuerpo el uno al otro. Para ilustrar el caso de la personas, Mead hace referencia a una pelea entre dos individuos o cuando nos encontramos inmersos en una serie de empujones dentro de una multitud, situaciones en las cuales los movimientos de una persona son el estímulo para reaccionar de la otra, y así continuamente. Como puede notarse, en todos los ejemplos anteriores la mayor parte de las reacciones o de los gestos se llevan a cabo sin razonamiento o

¹³ A diferencia de muchos teóricos, la mayoría posteriores a Mead, que consideran que la comunicación es un fenómeno exclusivamente humano, Mead asegura que especies como las abejas, las hormigas y los perros también se comunican. La distinción que él hace es la de comunicación simbólica para aquella exclusivamente humana y la no simbólica, que se da, según él, en las demás especies.

deliberación alguna, son adaptaciones casi automáticas o “instintivas”. A este tipo de gestos Mead los llamó gestos no significantes (Mead, 1934, p. 61).

Sin embargo, otra parte de las situaciones que tienen lugar en nuestra vida cotidiana no son del tipo mencionado anteriormente, sino que nuestras conductas o acciones las llevamos a cabo intencionadamente. Piénsese en una persona que se dispone a tomar un taxi o un camión, o en una persona que lanza una mirada desafiante a otra mientras la señala con un dedo, o –en el que es otro típico ejemplo de Mead- en una persona que grita “¡Fuego!” para avisar a los demás de un incendio en el lugar donde se encuentran. En este tipo de situaciones los que se están empleando son otro tipo de gestos: los gestos significantes. Por gestos -o símbolos- significantes, Mead se refiere a aquellos que representan una idea detrás de ellos y provocan esa idea tanto en el individuo a quien son dirigidos como en el individuo que los realiza. En sus palabras, tenemos un símbolo significativo “cuando produce el mismo efecto sobre el individuo que lo hace que sobre el individuo a quien está dirigido o que explícitamente reacciona a él” (Mead, 1934, p.88). Cuando se llega a este punto, el gesto se convierte en lo que llamamos lenguaje¹⁴, pues es un símbolo que representa cierto significado para todos los individuos de una comunidad; y el gesto vocal es, precisamente, el gesto significativo por excelencia. Decir que los gestos significantes provocan una reacción igual en todos los participantes del acto social no quiere decir que esta reacción sea literalmente idéntica como si de una imitación se tratara, sino que dicho gesto provoca una reacción distinta, pero acorde o en consonancia con el significado de ese gesto. En el ejemplo de la persona que desea tomar un taxi, esta extiende el brazo de manera horizontal, convencida de que, al verlo, el conductor se detendrá en caso de estar disponible. Tanto para la persona que hace la parada como para el conductor, el brazo extendido significa lo mismo, y dicha acción será el gesto que sirva de estímulo para el conductor para detener el vehículo cerca de la persona, lo que, a su vez, le indica a esta que puede abordarlo. En el caso del incendio, la

¹⁴ Si bien Mead, en sus trabajos, solía utilizar e intercambiar constantemente el concepto de símbolo significativo por el de lenguaje, no está de más recordar que el lenguaje es un sistema organizado de estos símbolos que utiliza una comunidad para comunicarse.

persona que da aviso a las demás sabe que al gritar “¡Fuego!” las demás personas presentes entrarán en el mismo estado de alerta que ella y actuarán en consecuencia, ya sea que se dirijan a la salida de emergencia, llamen a los bomberos o intenten apagarlo por ellas mismas. Una misma significación puede llevar a reacciones distintas dependiendo de la situación social y experiencia de las personas en cuestión. Es decir, que las personas para las cuales un gesto es significativo conocen lo que implica o las consecuencias que tiene el que ese gesto sea realizado en determinada situación.

La importancia de los gestos significantes y, sobre todo, de la conversación de gestos significantes, es descrita por Mead (1934) de la siguiente manera:

La función del gesto es posibilitar la adaptación entre los individuos involucrados en cualquier acto social dado con referencia al objeto u objetos con que dicho acto está relacionado; y el gesto significativo o símbolo significativo proporciona facilidades mucho mayores para tal adaptación y readaptación que el gesto no significativo (p.89).

Este tipo de gesto involucra la adopción de las actitudes o del lugar del otro por parte de todos los individuos involucrados en el acto social. Es decir, cuando uno emplea un símbolo uno es consciente del significado de dicho símbolo gracias a que es capaz de ponerse en el lugar del individuo a quien lo dirige y de reaccionar a él como reaccionaría el otro. Solo de esta manera un gesto se convierte en un símbolo significativo. La importancia del desarrollo de los símbolos significantes es vital, ya que es justamente gracias a ellos que la génesis de la mente y de la inteligencia son posibles, pues solo en términos de símbolos significantes es que puede existir el pensamiento (que Mead define como una conversación con uno mismo por medio de tales gestos, es decir, una conversación interna). Explica que

La internalización en nuestra experiencia de las conversaciones de gestos externas que llevamos a cabo con otros individuos en el proceso social es la esencia del pensamiento; y los gestos así internalizados son símbolos

significantes porque tienen las mismas significaciones para todos los miembros de la sociedad o grupo social dado (Mead, 1934, p.90).

Entonces, el mecanismo de adoptar las actitudes del otro hacia uno mismo se vuelve fundamental, ya que es este el responsable de la génesis y existencia de los símbolos significantes, por lo que, a la vez, son responsables de la génesis y existencia de la mente, la conciencia¹⁵ y el *self*. El gesto –significante o no- es un iniciador del acto social, por lo que dicho acto social es la precondition para la emergencia de la conciencia y de la inteligencia; capacidades que posibilitan la existencia de la sociedad humana. La mente, la conciencia, la inteligencia y el *self* surgen gracias a la interacción y la comunicación; y no la comunicación gracias a ellos. Es precisamente a esto a lo que Mead se refiere al afirmar que el proceso social –o la sociedad- precede al individuo:

Se considera el proceso social de la experiencia como previo a la existencia de la mente y se explica el origen de las mentes en términos de la interacción entre individuos dentro de ese proceso [...] La mente surge a través de la comunicación, por una conversación de gestos en un proceso social o contexto de experiencia –y no la comunicación a través de la mente (Mead, 1934, p.92).

La gran importancia del gesto vocal es precisamente que gracias a la interiorización de las conversaciones de gestos significantes se hace posible el surgimiento de la conciencia. “El lenguaje lleva la conversación de gestos a su más alto y perfecto desarrollo” (Mead, 1934, p.112). Además, el gesto vocal tiene una característica particular: “Es un estímulo que afecta al organismo que los produce de la misma manera que lo afecta cuando es producido por otro” (Mead, 1934, p.102). Es decir que, cuando hablamos, nos entendemos, en

¹⁵ Cuando habla sobre la conciencia, Mead suele distinguir entre ‘conciencia’ y ‘conciencia de sí’, y apunta que el sentido en el que él usa dicho término es en el del segundo, al cual se refiere como una capacidad de la mente que nos permite percatarnos de nuestras propias relaciones con el proceso social mismo. En sus palabras, “cuando somos capaces de provocar en nosotros mismos una serie de reacciones definidas que pertenecen a otros componentes del grupo” (Mead, 1934, p.192).

términos de símbolos significantes, de la misma forma que nos entienden los demás, lo que decimos nos afecta o nos hace reaccionar de la misma manera en que reaccionarían los demás. En el gesto vocal podemos escucharnos perfectamente a nosotros mismos, a diferencia de los gestos y posturas corporales o las expresiones faciales, en las cuáles no podemos vernos o solo lo hacemos parcialmente. El gesto vocal es tan accesible para el que lo escucha como para el que lo realiza. Es por esto que se dice que el lenguaje es autoindicativo: al decirlo, nos indicamos a nosotros mismos lo que le queremos indicar a los otros implicados en el acto. Gracias a esto, nos es posible poder controlar lo que decimos y cómo lo decimos con mayor facilidad y éxito; cuando estamos enojados es más fácil contenernos de decir cosas ofensivas o hirientes que disimular la expresión de enfado. Por eso es más fácil mostrar asombro, interés o serenidad por teléfono o por mensaje, ya que sabemos qué palabras elegir o qué tono usar, pero la cara de aburrimiento, de desinterés o de nerviosismo es difícil de disimular. Tal vez, por la misma razón, es que uno se ríe más fácilmente cuando cuenta un chiste o una anécdota divertida a otros que cuando hace caras chistosas. El lenguaje expresa una serie de símbolos que representa un contenido presumiblemente idéntico o igual en la experiencia de los distintos individuos de un mismo grupo social, lo cual es necesario para que exista una comunicación como tal: los símbolos son colectivos, si no son colectivos, entonces no son símbolos (Mead, 1934). Si las personas reaccionan diferente, el estímulo significa cosas diferentes para ellos. Esas son las razones por las que nos es relativamente fácil mentir con las palabras; sabemos lo que provocarán en los demás y, en el transcurso de nuestro discurso –gracias a que nos escuchamos de la misma manera que nos escuchan los demás–, podemos modificarlas a conveniencia en caso de ser necesario. Mentir con el cuerpo requiere de más esfuerzo y de mucha práctica, y para eso están los actores.

Al entablar una conversación o llevar a cabo un acto social mediante gestos significantes, cuando una persona dice o hace algo, esta reacciona como reaccionaría el otro ante su propio gesto, por lo que está preparada para la respuesta o la acción que efectuará la otra persona y así reaccionar en

consecuencia. Es decir, debido a que adoptamos las actitudes de los otros, nos anticipamos a su probable respuesta para así poder proseguir con el acto. Es precisamente en esta anticipación y adaptación mutua que radica la característica esencial de la inteligencia humana, el factor central de esta es la conducta con significación. Y, como ya se mencionó, una conducta es significativa cuando provoca en todos los miembros de una comunidad la misma reacción hacia un gesto u objeto. En cuanto a la significación, Mead (1934) menciona que

La significación surge y reside dentro del campo de la relación entre el gesto de un organismo humano dado y la subsiguiente conducta de dicho organismo, en cuanto es indicada a otro organismo humano por ese gesto. Si el gesto indica efectivamente a otro organismo la conducta subsiguiente (o resultante) del organismo dado, entonces tiene significación (p.114).

Es decir que la significación es relacional, está presente en la conducta social y no existe en la mente o en el objeto como tal, no es un contenido. Está dada en términos de reacción, íntimamente asociada al proceso social, surge y se desarrolla en las fases del acto social, específicamente en la naturaleza de la relación entre el gesto u objeto y el organismo. El hecho de que la significación tenga lugar en el proceso mismo del acto social es lo que obliga a la psicología social a “partir de la suposición inicial de un proceso de experiencia social y de conducta en ejecución, proceso en el que está involucrado cualquier grupo de individuos y del que depende la existencia y desarrollo de la mente, el *self* y la conciencia de sí” (Mead, 1934, pp.119-120).

Un símbolo surge precisamente cuando es capaz de provocar en los miembros de un mismo grupo la misma reacción hacia un gesto o un objeto; y el lenguaje es el mecanismo simbólico más sofisticado que ha sido desarrollado por la sociedad.

La significación puede ser descrita, explicada o expresada en términos de símbolos o lenguaje en su más alta y compleja etapa de desarrollo [...], pero el

lenguaje simplemente extrae del proceso social una situación que ya está lógicamente o implícitamente presente en él. El símbolo de lenguaje es simplemente un gesto significativo o consciente (Mead, 1934, p.117).

Esto quiere decir que el símbolo es capaz de extraer las características específicas de una situación de su medio inmediato y permite manipularlas y utilizarlas -junto con sus respectivas reacciones que provocan- conscientemente para pensar y organizar nuestras reacciones, sin olvidar que muchas de las otras reacciones que llevamos a cabo no son ni pensadas ni organizadas.

Recordemos que la conducta reflexiva¹⁶ y la anticipación a la acción de las personas es lo que caracteriza la inteligencia del ser humano y lo diferencia de las demás especies animales. Esta reflexividad –que Mead define como la capacidad de verse o ser un objeto para uno mismo y que es posible únicamente gracias a la conciencia de sí mismo que tiene la persona- entra en acción en lo que podríamos llamar reacción demorada. Cuando se nos presenta algún estímulo en el mundo, no reaccionamos inmediata o automáticamente a este, sino que existe un proceso de reflexión en el cual analizamos las distintas posibilidades de acción que tenemos ante determinada situación social, además de que este proceso de reflexión también nos permite seleccionar a cuáles estímulos de todos los existentes en el medio vamos a reaccionar; o dicho en otras palabras, nuestra atención es voluntaria y selectiva (Mead, 1934, p.70). Esta reflexividad “hace posible el control y la organización intencionadas, por parte del organismo individual, de su conducta con referencia a su medio social y físico” (Mead, 1934, p.128). Este análisis es posibilitado gracias al uso de

¹⁶ El concepto de *reflexividad* es otro de los cuales son centrales en la teoría de Mead y que, al igual que los de mente, conciencia y self han sido estudiados desde distintas posturas y, por lo tanto, son utilizados en distintos sentidos. Especialmente debe distinguirse a lo que se refiere la psicología discursiva con reflexividad y a lo que se refiere Mead con ella. Los primeros la entienden como la producción de la realidad a través de las descripciones; para Mead, la reflexividad es una característica esencial de la inteligencia humana y es la capacidad de la persona, mediante la adopción de las actitudes de los otros hacia ella, para verse a sí misma como un objeto, ser un objeto para sí mismo (Mead, 1934, p.127). Entonces, la conducta reflexiva es aquella conducta que la persona lleva a cabo de forma planeada, organizada o anticipándose a las consecuencias. De esta manera, la persona hace posible el control, la organización intencionada, y la demora de su acción; es, en propias palabras de Mead, “la presencia del futuro en términos de ideas [...] la persona se imagina lo que ocurrirá” (p.153).

símbolos, es decir, gracias al lenguaje. Mediante este nos indicamos a nosotros mismos –o a los demás- las características de una situación determinada: “El lenguaje, como proceso social, nos ha posibilitado el que escojamos reacciones y las retengamos en el organismo del individuo, de modo que estén presentes allí en relación a lo que indicamos” (Mead, 1934, p.133).

Para Mead (1934) la inteligencia es la capacidad para resolver los problemas de una situación actual en términos de sus consecuencias futuras. Tomamos en cuenta el futuro, nos lo imaginamos, para dirigir nuestra conducta del presente, para lo cual utilizamos el análisis y selección de las opciones posibles gracias al pensamiento y a la reflexividad. “Este proceso es posibilitado por el mecanismo de que el individuo adopte la actitud del otro hacia él y se convierta de ese modo en un objeto para sí” (p. 135-136), puesto que nos indicamos las características de los objetos o las situaciones de la misma manera que se las indicamos o se las indicarían los demás, y, al hacer esto, nos estamos viendo a nosotros mismos de la forma en que nos ven los demás.

Entonces, la inteligencia reflexiva debe ser considerada la característica esencial de la mente. La capacidad del aislamiento de las características de un objeto o una situación “establece una amplísima diferencia entre el condicionamiento de reflejos en el caso de los animales y el proceso humano de pensar por medio de símbolos” (Mead, 1934, p.155). La mente es, por lo tanto, el mecanismo mediante el cual el organismo humano se relaciona, por medio de los símbolos, con la situación en la que se encuentra. Esta relación del organismo con su medio es una relación recíproca, en donde ambos se determinan y se necesitan mutuamente para existir, de esta manera, “se sigue de ello que el proceso vital, para ser adecuadamente entendido, debe ser considerado en términos de sus interrelaciones” (Mead, 1934, p.162); no hay que prestar únicamente atención a uno de los elementos como causante o determinante del otro, hay que enfocarnos principalmente en la relación entre el organismo y el medio, entre el individuo y la sociedad.

Por ello, como se mencionó en párrafos anteriores, es que para Mead la comunicación –específicamente la comunicación simbólica- es de vital

importancia, ya que es el mecanismo gracias al cual el ser humano ha logrado el control y la fiscalización de la relación con su medio, pues estos han sido posibilitados gracias al lenguaje. Ese dominio sobre la significación es lo que constituye la mente: del lenguaje surge la mente. Cabe resaltar que es por ello que a la mente se le debe considerar como un fenómeno social, pues surge dentro de un proceso social, del núcleo mismo de las interacciones sociales. La conciencia, entonces, no puede ser ubicada dentro del cerebro; esta es funcional, no sustantiva, “y debe ser ubicada en el mundo objetivo [...] pertenece al medio en que nos encontramos” (Mead, 1934, p.147). Lo anterior implica que, desde este punto de vista, “los procesos de la experiencia característicos de los seres humanos son posibles solo para organismos individuales interactuantes [...], para organismos que son miembros de una sociedad” (Mead, 1934, pp.165-166).

A modo de conclusión sobre la mente humana, Mead (1934) resume:

La mente surge en un proceso social, solo cuando ese proceso, como un todo, entra en la experiencia de cualquiera de los individuos involucrados en ese proceso o está presente en ella. Cuando tal ocurre, el individuo tiene conciencia de sí y tiene una mente; se torna consciente de sus relaciones con ese proceso como un todo y con los otros individuos que participan en ese proceso juntamente con él. Adquiere conciencia de ese proceso en cuanto modificado por las reacciones y las interacciones de los individuos [...] La reflexión [posibilitada por la capacidad de adoptar la actitud de los demás hacia nosotros mismos], pues, es la condición esencial dentro del proceso social para el desarrollo de la mente (p.166).

En cuanto a la mente, se puede afirmar, entonces, que esta es la estructura simbólica mediante la cual la persona se relaciona con su entorno; es el mecanismo que le permite controlar o fiscalizar sus acciones, dirigir su atención conscientemente, indicarse a sí mismo, o a otros, ciertas características del ambiente; le da una capacidad de manipulación y dominio de los símbolos.

Puede decirse que, para Mead, la mente es la razón tan característica de los seres humanos, razón que nace dentro de y gracias a las relaciones sociales.

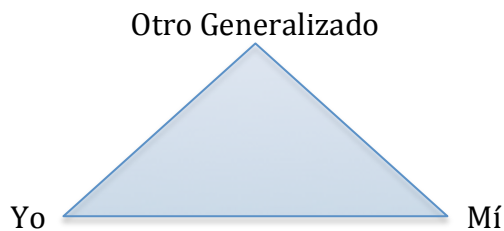
3.2 Self

Mead (1934) define el *self* como una estructura social mediante la cual organizamos nuestras experiencias en el mundo, es decir, es la estructura mediante la cual el individuo se experimenta y es consciente de sí mismo. Mediante él, le damos sentido al mundo –tanto físico como social- que nos rodea y a nuestras acciones que llevamos a cabo en él. Este *self* es, sobre todo, un producto social, ya que surge en la interacción entre las personas y es posibilitado, al igual que la mente, gracias al lenguaje. Por ello, no debe considerarse que el *self* es algo fisiológico o algo inherente al organismo al momento del nacimiento. El *self* es un logro social, no puede haber *self* independiente del proceso social en el que está inmerso. Se dice que una persona tiene *self* cuando forma parte conscientemente de su sociedad, mediante la adopción de las actitudes de los otros, y es capaz de desenvolverse exitosamente en ella. Para Mead, los seres humanos somos organismos biológicos cuando nacemos, nos convertimos en verdaderas personas –debido al desarrollo de un *self*- solo gracias a la interacción.

El *self* es, en esencia, una estructura reflexiva, lo que quiere decir que a través de él somos un objeto para nosotros mismos, y a través de él nos experimentamos a nosotros mismos indirectamente desde el punto de vista general de los otros de nuestro grupo social. Cuando una persona ha desarrollado un *self*, esto “indica que puede ser al propio tiempo sujeto y objeto” (Mead, 1934, p.168). El *self* se organiza conforme a la comunidad y a las situaciones sociales en las que nos encontramos en el mundo, responde y se ajusta a ellas; y es por ello que la multiplicidad de *sel/ves* (o de personalidades) es algo normal en los individuos, ya que pertenecemos a distintas y variadas comunidades y grupos sociales a lo largo de nuestra vida. “Establecemos toda una serie de distintas relaciones con diferentes personas. Somos una cosa para

un hombre y otra para otro [...] Nos dividimos en toda clase de distintas personas con referencia a nuestras amistades” (Mead, 1934, p.174) y a las diversas situaciones. Una persona puede pertenecer en un mismo periodo de su vida a la comunidad estudiantil universitaria, así como a un equipo deportivo, a la vez que forma parte de una asociación civil o de cualquier otro grupo o secta de las infinitas que podemos encontrar o conocer en el día a día. En cada una de estas situaciones, la forma en que la persona se expresa y se comporta resulta distinta y, en algunos casos, hasta contradictoria. El *self* es la estructura encargada de hacer que el individuo se ajuste y responda a todas estas situaciones sociales en las que se encuentra, de manera que pueda realizarlas exitosamente como miembro de dichas comunidades y de su sociedad en general.

El *self* de Mead es uno de carácter triádico que consta de los siguientes elementos:



Ahora bien, ¿cómo es que surge este *self* en la experiencia social? El *self* se desarrolla en la interacción con los demás. Se convierte en un objeto para sí mismo a través del proceso de actividad social en el que está implicado, ya que se lleva a sí mismo al campo en el cual experimenta a los otros individuos. Solo somos capaces de experimentarnos como individuos en cuanto somos un objeto para nosotros mismos; lo que se da gracias a la comunicación y específicamente al lenguaje, pues a través de los símbolos somos capaces de vernos desde el punto de vista de los demás, adoptar sus actitudes hacia nosotros mismos y hacia el proceso social. Es decir, mediante la interiorización de los símbolos significantes y la conversación de estos gestos somos capaces de vernos a nosotros mismos como nos ven los demás. Al igual que con el proceso de formación de la mente, el uso y la interiorización de los gestos significantes permite la adopción de las actitudes de los otros por parte del individuo, lo que le

permite verse a sí mismo objetivamente desde ese punto de vista y de reaccionar y adaptarse a las actividades y al mundo social de la misma manera en que los demás miembros de su comunidad lo hacen (Mead, 1934).

En cuanto a los mecanismos básicos que favorecen y estimulan en el organismo humano el desarrollo temprano y pleno del *self*, Mead (1934, p.182) considera dos principales: el juego libre (*play*) y el juego organizado (*game*). En el juego libre los niños juegan a ser algo, son policías, cocineros, maestros, animales, bomberos, madres o padres, etc. El juego libre es más que nada un juego de roles que puede llevarse a cabo a solas o cooperativamente con otras personas. Esta es la clase de juego que no tiene ni requiere de reglas rígidas o institucionalizadas y que puede desarrollarse más libremente, sin mayores restricciones. Mientras juega, el niño organiza respuestas a ciertos estímulos, se habla a sí mismo y se responde y actúa para sí mismo. Al hacer esto, comienza a aprender a ponerse en el lugar de los demás; cuando adopta otros roles, se entrena en las relaciones sociales organizadas, se adentra en ellas. En el juego de roles el niño hace surgir en él mismo al otro al que va dirigida su acción, adopta las actitudes de otros concretos o específicos. Si juega a ser un ladrón que es atrapado por la policía, los demás o él mismo actúan como actuarían los policías y el ladrón de verdad: se enoja o se queja si es atrapado y, como policía, se enorgullece de haberlo hecho.

Por juego organizado, Mead (1934, p.183) se refiere sobre todo a juegos o deportes que impliquen reglas mucho más institucionalizadas que en el juego libre, que sean actividades bien estructuradas y organizadas donde cada integrante tenga que realizar actividades específicas. Jugar a las escondidas, juegos de mesa o cualquier deporte son ejemplos de este tipo de juego. Para llevarlo a cabo se requiere de un *self* mucho más organizado, pues “el niño que interviene en el juego organizado tiene que estar preparado para adoptar la actitud de todos los otros involucrados en dicho juego, y que esos diferentes papeles deben tener una relación definida unos con otros” (Mead, 1934, p.181); requiere formar parte del conjunto de actitudes organizadas. Mead (1934, p.184) utiliza como ejemplo el beisbol: el bateador, gracias a que adopta las actitudes

de los demás hacia él mismo y sus acciones, sabe que si conecta la bola, tiene que correr rápidamente a primera base, ya que los jugadores contrarios se esforzarán al máximo para hacerle *out* antes de que llegue a ella; de la misma manera, los demás jugadores en las bases correrán a las siguientes para evitar ser sacados del juego. Todos saben cuál es su papel y posición en relación con la de todos los demás implicados, y sólo conociendo el rol de los demás podrán llevar a cabo el suyo con éxito. La actitud o gesto de uno debe evocar la actitud adecuada de los otros. Por estas mismas razones es común ver que cuando hay niños de cuatro o cinco años –o menores- jugando un deporte, siempre hay ciertos despistados que en vez de estar en el partido se encuentran recogiendo hojas del pasto, o un par de niños que ha creado su propio juego dentro del partido, o también que van corriendo todos en bola por el balón en vez de mantener sus posiciones. En estos casos, los niños aún no han interiorizado ese conjunto organizado de actitudes y significaciones, les falta el perfeccionamiento de la adopción de roles y actitudes de los otros hacia ellos mismos. El ajedrez, que hoy en día ya es considerado deporte, es otro gran ejemplo de juego organizado, ya que para poder ganar el juego, siempre que un jugador mueve sus piezas, debe ponerse en el lugar del otro para tratar de predecir –o por lo menos imaginarse- qué movimientos va a realizar o cómo reaccionará su oponente ante su jugada. El uso de planes y estrategias son características de este tipo de juegos. La estructura organizada del *self* consiste en responder como responderían otros; asume o supone lo que los otros harán porque él también lo haría. Estos juegos impulsan el surgimiento del *self*, lo ayudan a desarrollar su constitución como objeto para sí mismo y la autoconciencia (que consiste precisamente en la reflexividad que implica ser un objeto para sí mismo, saberse y considerarse parte de un todo organizado o, en otras palabras, darnos cuenta de nuestro lugar dentro de la organización total) (Mead, 1934, p.185). En el juego hay un conjunto de actitudes organizadas que se interioriza en el niño, que toma en cuenta a los otros y donde la personalidad organizada surge. El juego libre y el juego organizado los prepara para entrar y formar parte de la sociedad.

Mediante la adopción de las actitudes del otro, lo que el juego propicia es el desarrollo de una de las tres fases del *self*: la del Otro Generalizado. El Otro Generalizado es el conjunto de actitudes generalizadas de los demás miembros de la comunidad hacia las actividades, los gestos y los objetos sociales, es decir, hacia el proceso social mismo. Y el individuo es capaz de adoptar esas actitudes para ajustarse y reaccionar como miembro de dicha comunidad. Un niño que se burla de su hermano en su casa es regañado por su madre, al burlarse de sus compañeros en la escuela es regañado por su maestra, y al burlarse de sus compañeros de equipo es regañado por su entrenador; así, el niño generaliza esa actitud y ahora sabe que burlarse de los demás no solo es condenado, en determinadas situaciones, concretamente por su madre, su maestra o el entrenador, sino por su comunidad en general. Es decir, que el niño aprende de qué manera y en qué momentos burlarse de alguien –o algo- y las consecuencias que podría acarrear. El Otro Generalizado es un requisito para el desarrollo pleno del *self*, pues es el grupo social el que le da al individuo la unidad de su *self*, su actitud es la actitud de la comunidad completa. Puede entenderse, entonces, que el Otro Generalizado son los valores, normas y principios del grupo social en cuestión; y es a través de esta parte del *self* que la sociedad o el grupo influye y tiene control sobre la conducta del individuo, ya que este gobierna su conducta acorde a tales valores, normas y actitudes. Además, el Otro Generalizado tiene un papel central en el pensamiento, pues es con él con quien conversa la persona, adopta la posición de este hacia él y se contesta desde esa posición. Se habla a sí mismo como si estuviera hablando con la comunidad total. Únicamente adoptando el Otro Generalizado es posible el pensamiento (Mead, 1934, p.186).

Como se mencionó anteriormente, pertenecemos a distintos grupos sociales a lo largo de nuestras vidas, por lo tanto, existen una diversidad de Otros Generalizados a los que respondemos y cuyas actitudes adoptamos hacia nosotros. Retomando el ejemplo de la persona que se comporta de cierta manera en su salón de clases –en donde se valoran el diálogo, el respeto y la cooperatividad, por ejemplo-, esta puede comportarse de manera muy distinta en

una actividad deportiva –de forma individualista, competitiva y agresiva- o en un bar –escandalosa y bromista. Uno siempre se comporta de manera diferente con su familia, con los amigos y con la gente de su trabajo. Los Otros Generalizados varían dependiendo de la situación y de la comunidad a la que tengamos como referencia en el momento. En palabras de Mead (1934):

El fenómeno de la disociación de la personalidad es causado por una ruptura del *self* completo y unitario en los distintos *se/ves* de los que está compuesto y que respectivamente corresponden a los distintos aspectos del proceso social en que está involucrada la persona y dentro del cual ha surgido su *self* completo o unitario: tales aspectos son los distintos grupos sociales a los que pertenece dentro de ese proceso (p.175).

Al desarrollar el Otro Generalizado, el individuo se convierte en alguien que puede funcionar exitosamente en un todo organizado y, por lo tanto, tiende a determinarse a sí mismo en su relación con ese todo, con ese grupo. A través de la importación de este proceso –posibilitado por el lenguaje- surge su personalidad. Entonces, para Mead (1934, p.190), el Otro Generalizado es el que hace posible la sociedad, y lo hace en gran medida gracias a lo que llamó reacciones institucionalizadas, que son reacciones que se dan de una manera prácticamente idéntica por parte de los distintos miembros de una comunidad hacia un objeto o en una situación determinada. Una reacción institucionalizada es una respuesta generalizada, sin importar el particular de quien provenga, y permite que en el grupo se dé una especie de patrón de conducta organizado y estable ante distintas situaciones.

A pesar de que Mead (1934, p.193) afirma que la comunidad y el proceso social son las condiciones necesarias para el surgimiento de la persona en su totalidad, en ningún momento niega la individualidad de cada una de estas. Enfatiza que todo *self* es diferente, pero que para poder llegar a ser un *self* como tal es necesario partir de una comunidad, pues debe haber una estructura común que nos provea de ese *self*. La única forma de existencia de un *self* es relacionándose con otros, no existen por sí solos, independientes del proceso

social; el nuestro existe en tanto los otros existen. Pero esto no quiere decir que el individuo no tiene campo de acción o poder sobre su comunidad. Al contrario, tanto la persona como la sociedad entran en una relación recíproca y mutuamente determinante. El individuo, a pesar de estar formado y constituido por los valores y actitudes de su comunidad cristalizados en el Otro Generalizado, puede disentir o desaprobarlos apelando a una comunidad diferente o “superior”¹⁷(p.196) que deslegitime a la otra. Es aquí donde entra también en acción el pensamiento reflexivo que fue revisado anteriormente; a través de él –es decir, del razonamiento-, el individuo puede llegar a la elaboración de respuestas o actitudes que para él superen de alguna manera las anteriores. Mediante esto es que somos capaces de reformar el orden de las cosas, lo que quiere decir que la determinación de la comunidad sobre el individuo no es absoluta. Un individuo o un grupo pueden cambiar las actitudes o significaciones de la comunidad hacia algo o hacia ellos mismos. El sistema y la estructura social están en un cambio continuo gracias a nuestra capacidad de pensamiento que nos permite imaginarnos cómo serían las cosas de otra manera, de anticiparnos y visualizar el futuro para dirigir el presente.

Las dos restantes partes del *self* –el Yo y el Mí- son las responsables de que sea posible la acción conformista o innovadora de la persona. El Mí es “la serie de actitudes de los otros que adopta uno mismo” (Mead, 1934, p.202) en una situación específica y que afectan nuestra conducta. El Yo “es la reacción del organismo a las actitudes de los otros” (Mead, 1934, p.202); es la parte creativa y espontánea de la persona que reacciona al Mí y a sus exigencias. Una de las características principales del Yo es que no es directamente accesible a la conciencia en la experiencia inmediata, sino que solo lo experimentamos o podemos recordar cuando la acción ya se realizó. Lo vemos como recuerdo a través del Mí, es decir, desde el punto de vista del otro; cuando hacemos o decimos algo, solo podemos darnos cuenta de qué fue lo que hicimos o dijimos

¹⁷ En diversos escritos de Mead es común encontrar este tipo de conceptos como “comunidad superior” o “mejor”, que, aunque Mead nunca lo menciona explícitamente, pueden entenderse como comunidades o sociedades que, comparadas con otras, se encuentran con cierto problema o cierta dificultad ya resuelta. (Esta cuestión será abordada más extensamente en el siguiente capítulo).

hasta que la acción ya se realizó. Mediante el *Mí*, la persona asume exigencias para dar alguna respuesta específica en una situación dada -exigencias que suelen caer dentro de lo convencional o habitual (es decir, los hábitos o reacciones que el grupo tiene, los generalizados)-, pero la respuesta que el *Yo* dará no está determinada, pues la situación le es dada para actuar en ella de forma autoconsciente, lo que le da la sensación de libertad y de iniciativa a la persona. Con la respuesta del *Yo* al *Mí* es con la que el individuo se identifica y es esa respuesta la contribución del individuo a la situación social.

En cuanto el individuo interioriza las actitudes organizadas de los otros surge en él un grupo organizado de respuestas, actitudes dadas por el *Mí*, que es del que se es consciente más inmediatamente. El *Yo* responde a las actitudes de una determinada situación, pero esta respuesta es incierta en la experiencia, pues solo es accesible a la persona después de haber sido realizada. Aunque lo planeamos, nuestro acto siempre resulta diferente, ya sea por mucho o por poco; somos capaces de guiarlo, pero nunca de controlarlo por completo. Para el *Yo* hay una especie de necesidad moral de realizar el acto de acuerdo con las exigencias del *Mí*, pero no una necesidad mecánica; el *Mí* exige un determinado *Yo*, pero este último puede reaccionar de distinta manera (Mead, 1934, p.203).

De todo lo anterior se entiende, entonces, que las partes y fases del *self* –y el *self* mismo- son de carácter situacional y emergente, no las llevamos cargando con nosotros mismos, ni son estáticas o permanentes, sino que surgen a lo largo de la interacción y de la experiencia social.

La existencia de un *self* en un individuo implica que la conversación de gestos ya ha sido internalizada; esa existencia es un indicio de la total organización social en la persona. La importación de este proceso es vital tanto para el individuo como para la sociedad, ya que el proceso y la relación entre ambos se hace más eficiente. Mediante el *self* se lleva a cabo el proceso en el que el individuo se adapta continua y anticipadamente a una situación y responde a ella. Al adoptar la actitud de la sociedad, el individuo no solo es ahora un miembro de ella, sino que responde a ella, tanto en pensamiento como en acción y, por lo tanto, la afecta de la misma manera en que esta lo afecta a él. Mediante

el uso del pensamiento y de la mente, del individuo puede emerger una idea novedosa, y cuando la novedad emerge, se da una reorganización social. La existencia de ideas y de la imaginación de mundos posibles solo puede darse si internalizamos las actitudes sociales y respondemos a ellas. Podemos entender el pensamiento –que es el proceso esencial de la mente- y la acción como un juego e intercambio de símbolos entre las fases del *self*, en el cual se responden y afectan entre ellas. No hay una sin la otra. No hay Yo sin Mí que le exija, no hay Mí sin Yo que le responda (Mead, 1934, p.202). Son parte del proceso social y son esenciales en la transformación y mejoramiento de la sociedad.

Regresando a la cuestión de la individualidad de cada *self*, Mead (1934) resalta que cada individuo tiene su originalidad, pues el hecho de pertenecer a una misma comunidad y responder de igual manera bajo ciertas circunstancias no nos despoja de ella: “cada estructura de *self* individual refleja un distinto aspecto o perspectiva de esa pauta de relaciones [...] la refleja desde su punto de vista único” (p.226), de esta manera, el tener un origen y una constitución común no excluye las diferencias entre sus miembros. Es precisamente esta originalidad la que permite que se pueda dar el cambio social. El individuo se ajusta y transforma su sociedad en todo momento, y estas transformaciones pueden ser de pequeña –casi imperceptible- o de gran escala –generalmente realizada por personas o grupos que hoy consideramos de importancia histórica, como líderes, genios o artistas. Estos personajes, sus ideas y sus acciones innovadoras siempre surgen con referencia a su sociedad, respondiendo a ella, a sus actitudes y significaciones, y de alguna manera hacen explícito lo que ya estaba implícito en su comunidad. “La reacción del Yo involucra adaptación, pero una adaptación que afecta no sólo a la persona, sino también al medio social que ayuda a construir a la persona” (Mead, 1934, p.237). El Yo, al responder al Mí de forma creativa, realiza la reconstrucción de la sociedad y la afecta, y esta afecta a la persona de vuelta en una interrelación de cambio y transformación permanente.

En las personas, la incidencia del Yo o del Mí puede variar. En algunas el Mí tiene una mayor expresión o un predominio, por lo que suelen atenerse a las

reglas, a las convencionalidades y a lo que se espera de ellas. Cuando el Yo domina, la novedad y la creatividad se imponen, así como la impulsividad; aquí los límites y restricciones no están tan marcados. Derivado de esto, el control social puede ser entendido como el dominio del Mí sobre el Yo. Lo ideal para Mead es llevar a cabo tareas tanto institucionalizadas y rutinarias así como tareas de expresión propia, en las que se “relaje” el Mí y el Yo pueda predominar un poco más. Estas formas de expresión son necesarias para la preservación del Yo y, por lo tanto, del *self* en general (Mead, 1934, p. 224).

Relacionado con lo anterior, Mead (1934) hace la diferenciación entre una sociedad primitiva y una sociedad civilizada. Las primeras son mucho más rígidas y determinadas, más conservadoras de alguna manera; mientras que en las segundas las personas gozan de una mayor libertad para la expresión del Yo; hay mayor oportunidad para que se dé la creatividad y la innovación:

La sociedad humana primitiva ofrece mucho menos ámbito para la individualidad –para el pensamiento y la conducta originales, únicos y creadores por parte de la persona individual que se encuentra dentro o que pertenece a ella- que la sociedad humana civilizada [...] en la cual la individualidad está constituida más bien por el apartamiento del individuo de cualquier tipo social dado, que por su conformidad, tiende a ser algo mucho más distintivo y singular y peculiar que en la sociedad primitiva (Mead, 1934, pp. 243-244).

A lo largo de la evolución social se da una liberación progresiva del *self* individual y de su conducta. Sin embargo, por más individualizada que sea una sociedad, no se debe olvidar que el *self* siempre surge de la experiencia social y de su relación con la actividad organizada del proceso social al que pertenece.

Continuando con la preservación y realización del *self* que ha surgido gracias a la interacción, Mead (1934, pp. 228-231) menciona que para obtener respeto hacia nosotros mismos, nos comparamos con los demás en busca de una superioridad o inferioridad; no para sentirnos más o mejores que ellos, sino para reconocernos en nuestras diferencias al saber que somos más o menos

competentes o destacados que otros en ciertas actividades; existe un enorgullecimiento, pero no del tipo despectivo o despreciable hacia los demás. Cuando dicha diferencia o habilidad se utiliza en favor del grupo, se le quita su rasgo egoísta (como es el caso de los científicos, los deportistas olímpicos, profesionistas, etc.). Esta superioridad crece cuando la comparación hecha ya no es personal, sino intergrupala y nos identificamos con nuestra propia comunidad diferenciándonos de las demás existentes, ya que hay una superioridad compartida. La superioridad de un *self* es un medio que funciona para su preservación, debido a que por medio de ella nos distinguimos y reconocemos nuestra individualidad.

Esta es, a grandes rasgos, la teoría de Mead sobre el surgimiento y expresión de la mente y el *self* en las personas, fenómenos que no pueden existir más que en términos de un entorno social que les preexiste. Estas ideas le sirvieron como base para idear una teoría unificada de la sociedad, sus individuos y los procesos en los que están implicados, de la interrelación entre persona y sociedad, de cómo estos dos se influyen, afectan y transforman mutuamente. En este capítulo se vio la manera en que la sociedad constituye a la persona; en el próximo veremos de qué manera, desde el punto de vista de Mead, la persona puede afectar de vuelta y transformar a la sociedad.

Capítulo 4. Sociedad y Progreso Social

“La sociedad es unidad en la diversidad”

Mead, 1929:396

Hasta ahora, se ha visto que, desde la psicología social desarrollada por Mead, la mente y el *self*, así como los procesos derivados de ellos como la inteligencia y la conciencia, son posibles gracias al proceso social que les preexiste y dentro del cual se generan. La conducta y la experiencia de un organismo es siempre un componente de un todo más amplio de experiencia y de conducta; gracias a los procesos de inteligencia, de manipulación, del pensamiento y de la conducta cooperativa, los seres humanos hemos logrado un importante control sobre nuestro ambiente. En el primer capítulo de este trabajo se describieron algunos aspectos de la vida cívica de Mead y de su actuar político en las diversas ciudades en las que vivió; estas acciones progresistas y reformistas estuvieron siempre acompañadas de desarrollos teóricos en los cuales se encargó de buscar o proponer soluciones a varios de los problemas que enfrentaba la sociedad de su tiempo. En ese contexto, en este capítulo se abordarán estos trabajos, que van desde el progreso social y la universalidad hasta la ética, pasando por la democracia, la educación, la guerra, los derechos, el socialismo, la historia y la ciencia¹⁸. En estos ensayos, Mead esgrimió las implicaciones que ha tenido y las posibles consecuencias que podría llegar a tener, desde su punto de vista, el control y la manipulación que el ser humano ha logrado sobre su propio ambiente. Vale la pena comentar que esta faceta de la obra de Mead es la que ha permanecido más desatendida –por los motivos mencionados al inicio de este trabajo–, pero que, de relacionarlos o unificarlos con sus concepciones del *self* y de la mente, nos dan un panorama mucho más completo y distinto del pensamiento de Mead.

¹⁸ Es necesario mencionar que, para fines de este trabajo, los siguientes temas no serán revisados en toda su extensión, sino solo en la medida en que permitan entender las implicaciones que tienen en la idea de progreso social y su relación directa con la mente y el *self* propuestos por Mead, ya que cada uno de ellos –por su amplitud, riqueza y complejidad– ameritaría, por sí mismo, una investigación aparte.

Antes de empezar a abordar estos temas, es necesario hacer una pequeña aclaración en cuanto a estos. Evidentemente, debido a los grandes cambios políticos, económicos, culturales, tecnológicos, etc., el mundo de hoy es completamente distinto de lo que era hace cien años, tiempos en que Mead escribió gran parte de sus trabajos; la realidad social de hoy es sumamente distinta que sobre la que Mead teorizó. Si bien los temas sobre los que escribió (la guerra, la educación, la justicia, ética, derechos, etc.) aún tienen vigencia e importancia, los cambios que han ocurrido tienen como consecuencia que muchas de sus ideas, postulados y propuestas ya no se sostengan, se queden en meras especulaciones o no sean completamente aplicables a la realidad contemporánea. No obstante, se considera que todavía pueden encontrarse algunas definiciones o puntos de vista interesantes en varias de sus conceptualizaciones. Por lo tanto, a pesar de que podría resultar muy interesante y fructífero, los siguientes párrafos no serán una evaluación de si las propuestas, afirmaciones e ideas de Mead eran correctas, incorrectas, posibles, realizables o son aplicables a los tiempos actuales; sino que, manteniendo en mente el objetivo de la presente investigación (que es conocer el papel que juega el concepto de progreso social en relación con los demás aspectos de su pensamiento, especialmente la mente y el *self*), se explicará la manera en que Mead entendió y teorizó sobre dichos temas.

4.1 Progreso social, universalidad y sociedad ideal

4.1.1 Complejidad y Evolución Social

Para Mead (1934, pp.258-260), la organización social no es un fenómeno exclusivo de la especie humana, pues existe también en los animales y en los insectos. Como ejemplo, toma la gran organización existente en las comunidades de abejas y de hormigas; sin embargo, argumenta que dicha organización es posibilitada gracias a diferencias fisiológicas entre aquellos organismos (la abeja reina, los zánganos, etc.). A diferencia de ellas, los humanos somos prácticamente idénticos en términos fisiológicos, pues ninguno de nosotros posee características

biológicas especiales que nos obliguen a desempeñar un papel específico en la sociedad y, por el contrario, asegura que “la sociedad humana depende para su forma de organización distintiva del desarrollo del lenguaje” (Mead, 1934, p.256). Lo que quiere decir que la organización y el orden social en los grupos humanos es esencial y primordialmente simbólico.

El *self*, aquella estructura social que permite a las personas organizar su experiencia y su actuar en el mundo, surge del proceso social que es interiorizado por medio del lenguaje y de la capacidad de adoptar las actitudes de los otros hacia nosotros mismos y nuestra conducta. En el momento en que un *self* ha surgido dentro de una sociedad, y gracias a que se ajusta y responde a ella continuamente, se hace posible un proceso de transformación y de complejización social. Aquellos *selves* que surgen dentro un grupo social, mediante su actividad dentro de este, son capaces de continuar el desarrollo y de aumentar la complejidad de dicho grupo: “En el caso del grupo humano hay un desarrollo en el que las fases complejas de la sociedad han surgido de la organización posibilitada por la aparición del *self*, [...] el *self* es lo que hace posible la sociedad distintivamente humana” (Mead, 1934, p.260). Lo anterior puede resumirse de la siguiente manera: Sociedad → *Selves* → Sociedad más compleja. A través del proceso social, la comunidad provee a una persona de un *self* (en forma de lenguaje, normas, valores, tradiciones, etc.), y este *self*, al interactuar con esa comunidad, la transforma; de manera que individuo y sociedad entran en una relación dialéctica permanente.

Esta evolución y complejización de la sociedad se da gracias a una manipulación y control tanto del mundo físico como del mundo social –o simbólico– por parte de las personas. Mead (1934, p.258), le da una gran importancia a la distintiva mano humana, ya que gracias a ella –y a los procesos mentales que han sido descritos a lo largo de este trabajo– los seres humanos somos capaces de manejar los objetos físicos encontrados en el ambiente para transformarlos a conveniencia. Asentamos hogares y ciudades donde queremos, transportamos los recursos naturales y, de alguna manera, favorecemos o perjudicamos la existencia de ciertas especies y organismos en nuestro medio. Está claro que no se pueden

dominar todas las fuerzas existentes en la Tierra, pero la mayoría de ellas se encuentran ya bajo el dominio de las sociedades humanas: “El desarrollo de la sociedad humana en mayor escala ha conducido a una completísima fiscalización de su medio” (Mead, 1934, p. 268). Nuestra evolución, adaptación o continuidad en el mundo ya no está sometida a un medio totalmente biológico como sí lo está la de todos los otros organismos no humanos:

El problema se encuentra en manos de la comunidad, en la medida en que ella reaccione inteligentemente a sus problemas. Así, incluso los problemas que provienen de afuera de la comunidad misma pueden ser definitivamente dominados por la comunidad. *Y este dominio de su propia evolución constituye la meta del desarrollo de la sociedad humana* (Mead, 1934, p.270).

Al lograr dicha meta, la sociedad humana puede decidir por sí misma bajo qué condiciones vivirá y se desarrollará, ya que al controlar o modificar su medio físico, ya no es necesaria una modificación orgánica en la especie. Si bien Mead (1934) reconoce que todas las especies llevan a cabo una organización, selección y reacción a su medio, solo “la sociedad humana ha llegado a un fin que ninguna otra forma ha alcanzado: la de determinar realmente, dentro de ciertos límites, cuál será su medio inorgánico” (p.271). Tómese, como sencillo ejemplo, el caso del clima: a diferencia de los animales, las personas no tenemos que migrar cuando la temperatura sube o baja de manera extrema. Hemos logrado solucionar dicho problema mediante el desarrollo de tecnologías aplicadas al vestido, a los materiales de construcción, etc. O el de la movilidad: si bien no podemos volar como las aves, hemos construido carreteras, aviones, barcos y vehículos para transportarnos de un lugar a otro.

Esta organización social que se va dando gracias a la complejización de la sociedad por medio del *self*, la mente y, por lo tanto, del lenguaje, está dirigida hacia la resolución de problemas, pero no sólo de aquellos que surgen en el mundo natural, sino también, y más que nada, de los que surgen en el mundo de la vida cotidiana entre las personas y las comunidades. Por ello, Mead

consideraba que es mediante la mente, el *self* y el lenguaje, que las personas tenemos la capacidad de dirigir nuestras acciones hacia un cambio o transformación social.

Como se verá a continuación, el lenguaje, al parecer de Mead, tiene un potencial universalizador, en la cual un gesto, una conducta o un objeto tiene el mismo significado para los miembros de una misma comunidad; es debido a esta capacidad universalizadora que Mead argumenta que mediante la comunicación es posible la construcción de una sociedad que, mediante la transformación permanente de sí misma, busque ser mejor.

4.1.2 Universalidad

A lo largo de la historia han existido y existen gran variedad y cantidad de grupos sociales o comunidades. Dentro de cada comunidad pueden encontrarse, a su vez, una gran cantidad de grupos, y se les puede categorizar de muy diversas maneras: en relación con su nacionalidad (mexicanos, portugueses, japoneses), su idioma (hispanohablantes, angloparlantes), lugar de residencia (de entornos rurales o urbanos), por ocupación o profesión (académicos, deportistas, médicos, músicos, etc.), por su edad (niños, jóvenes, adultos, ancianos), etc. Como se mencionó anteriormente, son las actitudes de esos grupos sociales las que, al ser internalizadas por las personas, las dotan de normas, valores y costumbres específicas propias de esa comunidad y de sus formas de interacción. Sin embargo, a pesar de esta diversidad y cantidad de grupos sociales, Mead (1934) asegura que sobre todos estos existe una comunidad universal: la comunidad del lenguaje, o como él la llama “el universo de raciocinio” (p.277). Para él, esta es la comunidad más amplia que puede existir en la especie humana, ya que si se tiene un lenguaje, entonces se puede pensar y, sobre todo, puede existir una comunicación significativa y organizadora no solo dentro de dicha comunidad, sino entre esa y otra comunidad. No importa qué tan distintas o distantes sean dos comunidades, ambas pertenecen a este comunidad universal y, en alguna medida, podrían ser capaces de establecer comunicación entre ellas. Sin embargo, para que se dé esta comunicación, es necesario que exista algún tipo de actividad

cooperativa, ya que “una comunidad que existe completamente fuera de la propia, que no tiene un interés común o una actividad cooperativa, es una comunidad con la cual no resulta posible comunicarse” (p.275).

Estas actividades cooperativas que rompen el aislamiento que pudiera existir entre distintas comunidades son de diversos tipos; sin embargo, Mead (1934, p.276), resaltó dos procesos que podrían considerarse universales debido a que son procesos que tienen lugar en o que llevan a cabo todas las comunidades existentes: el proceso religioso y los procesos económicos. Estos dos procesos son universales en su carácter funcional y poseen un gran poder organizador, ya que colaboran a la creación de una estructura de relaciones más amplia, pues no están restringidos a la comunidad local. Son procesos de integración en los cuales reconocer al otro es esencial, y donde la comunicación y participación se hacen más profundas. Con el proceso religioso, Mead (1934) se refiere a “la actitud fundamental de ayudar a otra persona que está en desgracia, enferma o en cualquier otra situación desdichada” (p.276); recalca su importancia al considerar que el principio de “reconocimiento de la fraternidad entre los hombres es la base para una sociedad universal” (p.297). En cuanto a la universalidad de los procesos económicos, esta la encontramos en el proceso fundamental del intercambio de bienes entre dos o más personas o grupos. Este proceso acerca a la gente entre sí y, al promover el intercambio de sobrantes y excedentes, conduce a la producción de bienes. Mead (1934, p.276) considera el factor económico como uno socializante más universal que el religioso, ya que, a diferencia de este último, es más sencillo entenderse con alguien ajeno a nuestra comunidad en términos de intercambio que en términos de un culto religioso. La economía permite más fácilmente la continuación y ampliación de las relaciones sociales, por lo que la comunicación y la participación se profundizan. Según Mead (1934) estos procesos -el religioso y el económico- “pueden trascender los límites de los distintos grupos sociales organizados en torno a sus propios procesos vitales, y pueden incluso llegar a aparecer en momentos de hostilidad entre los grupos” (p.276). Dichos procesos sirven de base para que comunidades distintas pongan en marcha un proceso cooperativo que posibilite la comunicación entre ellas, es

decir, que la comunicación depende de poder entablar relaciones sociales con otros grupos: la comunicación y el pensamiento son posibles gracias al proceso social que les antecede (Mead, 1934, p.278). Esta capacidad de comunicación intergrupala es, desde el punto de vista de Mead, la base mediante la cual las distintas comunidades existentes pueden llegar superar los desacuerdos para establecer consensos y solucionar conflictos existentes entre ellos, o simplemente para llevar cada vez más lejos actividades cooperativas o relaciones sociales en las que estén implicados:

El universo de raciocinio dentro del cual la gente puede expresarse hace posible la reunión de las actitudes organizadas que representan la vida de esas distintas comunidades, agrupándolas en una relación tal que pueda conducir a una organización más elevada [...] Abre la puerta para una sociedad universal; y, en rigor, esas tendencias se expresan todas cuando el desarrollo social ha ido lo bastante lejos para hacerla posible (Mead, 1934, p.299).

Lo expuesto en la cita anterior nos indica el papel que Mead le otorgó al lenguaje –o símbolos significantes- en la relación entre distintas comunidades: la comunicación simbólica es el proceso social más universal y abstracto de todos. Básicamente, el proceso de universalidad depende de la identificación de una persona, o una comunidad, con la otra. Una actitud, un objeto o un gesto es universal en la medida en que provoca una misma reacción en los miembros de una comunidad determinada; su única limitación es que ese gesto u objeto sea entendido por dichos miembros. Si se pudiera lograr que una serie de símbolos fuera idénticamente entendida por todos, se lograría una universalidad para dichos símbolos; lo que quiere decir que algo es universal para cualquiera que penetre en ese conjunto de actitudes generalizadas. Esta característica es la que “proporciona una universalidad potencial al proceso de comunicación” (Mead, 1934, p.286). Al existir una comunicación entre distintos grupos

El individuo humano trasciende el grupo social local al que pertenece inmediatamente, y aquel grupo social, en consecuencia, se trasciende a sí

mismo y se relaciona con el contexto o medio más amplio de relaciones e interacciones sociales organizadas que lo rodea y del cual él es sólo una parte (Mead, 1934, p.286).

El que el lenguaje nos abre la posibilidad de llegar a una organización más elevada, hace que Mead ponga en él las esperanzas de una sociedad universal –o de actitudes comunes. Mead consideraba que, de lograrse, dicha sociedad sería capaz de superar la dominación y el sometimiento de algunas comunidades por otras y, en cambio, sustituirla por una superioridad relativa a la función de cada una –es decir, a realizar alguna actividad de una mejor manera que otros- como sucede en el caso de las relaciones interpersonales. De esta manera se daría una reorganización social y se llegaría a la conformación de una comunidad superior. Entonces, se considera que los grupos -e incluso las naciones- al igual que los individuos, deben ser entendidas en su relación con los demás grupos o naciones.

Respecto a estas relaciones entre las naciones, Mead (1934) consideró que en los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX –y se podría afirmar que a lo largo de todo el siglo XX- se ha dado lo que llamó una “tendencia al internacionalismo” (p.287), ya que hemos ido aprendiendo, gracias a la globalización y a la comunicación facilitada por las nuevas tecnologías, a reaccionar ante ciertos gestos o situaciones de la misma manera que otras comunidades lo hacen, y ha surgido una especie de comunidad internacional que se rige bajo ciertos valores y principios que deben ser compartidos y defendidos por los miembros de dicha comunidad. Mead (1934) argumentó que:

La ingente importancia de medios de comunicación tales como los involucrados en el periodismo se advierte de inmediato, puesto que ellos informan de situaciones a través de las cuales se puede penetrar en la actitud y experiencia de otras personas (p.275).

Estas tecnologías de la comunicación¹⁹ permiten acceder a otro tipo de situaciones, de comunidades y otras formas de vida, lo que, al comunicarnos, abre la posibilidad de adoptar otras actitudes o de identificarnos con ellas. Con ello, aseguraba Mead, se promueven la participación y las actividades cooperativas –es decir, actividades donde participan dos o más miembros de distintos grupos sociales. Cuando estos procesos y actividades cooperativas se llevan a cabo, y cuando las personas pertenecientes a distintas comunidades han sido capaces de adoptar o identificarse con la actitud de los otros, se ha llevado a cabo una homologación de valores gracias a que, precisamente, hemos sido capaces de ir adoptando las actitudes de los otros respecto a ciertos objetos y procesos sociales; y reaccionamos de maneras similares a dichos procesos u objetos. Al suceder esto, continua Mead, los límites entre comunidades se vuelven cada vez más tenues, pues la humanidad ha ido entrando en “una comunidad mayor” o más amplia de significados. Gracias a estas nuevas tecnologías, tenemos cada vez mayor conciencia de la sociedad total a la que pertenecemos los humanos, de los demás grupos alrededor del mundo, nos entendemos mejor y nos ponemos en contacto con sus actitudes; por lo que las relaciones sociales entre las distintas comunidades se están llevando cada vez más lejos: “lo esencial es el desarrollo de todo el mecanismo de las relaciones sociales, del mecanismo que nos une, de modo que podamos adoptar la actitud del otro en nuestros distintos procesos vitales” (Mead, 1934, p.288). Al adoptar dichas actitudes, se logra reconocer a los otros como miembros de nuestra propia comunidad, de esa comunidad mayor a la que todos pertenecemos. Pueden pensarse como ejemplos de intentos o avances de esta homologación de valores o de esta conformación de una comunidad mayor los casos del papel de la mujer en la vida y el espacio público en distintos países, el cuidado del medio ambiente, el rechazo a los fundamentalismos religiosos, entre otros; en los cuales cada vez más grupos sociales tienen una actitud común hacia dichos objetos sociales, al punto que se han creado

¹⁹ En este punto es pertinente señalar que, al escribir sobre esto, Mead tenía en mente únicamente la radio y la televisión; pues a través de ellas se podía saber con relativa velocidad lo que sucedía en distintas partes del país o del mundo, se podía tener acceso a otras formas de vida –aunque fuera de manera muy indirecta.

organismos internacionales dedicados a dichos tema y en los que participan gran cantidad de personas de diferentes países y comunidades. Aunque hay que apuntar que los ejemplos recién mencionados aplican, más que nada, a la cultura o países occidentales.

4.1.3 Democracia, Progreso Social y Sociedad Ideal

Esta conformación de una comunidad mayor por parte de las naciones llevaría, entonces, a la conformación de una organización política democrática, pues en la democracia, según Mead (1934), todo individuo “se mantiene como ciudadano sólo en el grado en que reconoce los derechos de todos los otros que pertenecen a la misma comunidad” (p.301), es decir, que uno exige para sí lo que reconoce en los demás. En el sistema democrático, para Mead (1915) “la revolución ha sido incorporada a la forma constituida de gobierno” o, en otras palabras, la democracia representa la “institucionalización de la revolución” (p.141). Esto quiere decir que Mead estaba convencido de que la transformación o el cambio social puede lograrse por medio de las vías institucionales en el momento en el que los miembros de una comunidad adoptan la actitud de los demás y buscan la mejor solución común para un problema que afecta a todos, y muestra su posición de rechazo a la violencia como forma de lograr dicha transformación o cambio. Para él, la democracia era la forma de gobierno que mejor había respondido a la demanda de cambio constante por parte de las comunidades, al permitir a los diversos actores tomar parte en las decisiones públicas; no había necesidad de cambiar el sistema político, sino únicamente permitir que todos los miembros de la comunidad pudieran tomar parte en las decisiones públicas, que todos los puntos de vista y los problemas de cada uno fueran tomados en cuenta y resueltos en beneficio del bien común. Recordemos que a lo largo de su vida, Mead luchó precisamente para que esos grupos que estaban marginados –las mujeres, los inmigrantes, los negros, las clase trabajadora- fueran tomados en cuenta en la vida política de la comunidad.

En una organización política democrática, al igual que lo hacen los individuos, las naciones deben reconocer a las demás naciones en su proceso de afirmarse a sí mismas. La creación de la Liga de las Naciones en 1919 con el propósito de evitar futuros conflictos como la recién terminada guerra mundial fue, para Mead, una prueba de ello, ya que trazó el camino a seguir para lograr una sociedad universal –o ideal- en un sentido político. Esta sociedad ideal sería una basada en una organización funcional tanto a nivel individual como colectivo, ya que este tipo de organización superior permitiría la realización de las personas y de las comunidades en términos de sus funciones y no de sus dominaciones. Cada uno desempeñaría diferentes actividades, complementándose entre ellos y llevando a cabo una permanente actividad cooperativa que beneficie y facilite el progreso mutuo: la democracia significa que “el individuo [y las naciones] puede desarrollarse tan elevadamente como lo permitan las posibilidades de su propia herencia y, al mismo tiempo, penetrar en las actitudes de los otros a quienes afecta” (Mead, 1934, p.335).

Al abordar el tema del progreso social, Mead (1934) consideraba que el cristianismo fue uno de los principales responsables de “allanar el camino” para que fuera posible, porque “la noción cristiana de una sociedad u orden social humano universal abstracto [...] perdió gradualmente sus connotaciones puramente religiosas y éticas y se amplió para incluir todos los demás aspectos principales de la vida social humana” (p.307). Además, aseguraba que la noción de progreso social es una característica del mundo moderno que se encuentra prácticamente ausente en la época antigua, principalmente en los griegos. Argumentó que “la visión mundial de la cultura moderna es esencialmente dinámica: una visión mundial que permite y acentúa la realidad del verdadero cambio y evolución creadores en las cosas, en tanto que la visión mundial del mundo antiguo era estática” (p.307). Sin embargo, este dinamismo que acentúa el cambio y la evolución no quiere decir que para este pensamiento moderno existan metas u objetivos específicos hacia los cuales el progreso social esté dirigido forzosamente, por lo que “tal progreso es genuinamente creador o no es progreso”

(pp. 307-308), lo que hace de la creatividad y la emergencia algo esencial para la idea moderna del progreso.

A parecer de Mead (1934), gran parte de la posibilidad del progreso social se debe gracias a la estructura social suficientemente flexible de las sociedades modernas para enfrentar y solucionar los conflictos que surgen a lo largo del tiempo. Esta estructura es posibilitada, a su vez, gracias “a las mentes de los individuos implicados en la sociedad [...] mentes que pueden producir, en su seno, las reconstrucciones necesarias para resolver o calmar esos conflictos” (p.308). Esta última cita de Mead es de vital importancia, ya que relaciona explícitamente su concepto de progreso social y sociedad ideal con el de mente y con el de *self*, pues nos indica que la visión del *self* y de la mente que desarrolló en su obra -es decir, ese *self* que es capaz de adoptar las actitudes de otro, pensar reflexiva e inteligentemente para resolver los problemas que se le presenten, anticiparse al futuro y dirigir su conducta en términos de ese futuro deseado- hace posible el crecimiento y progreso social: “el progreso social humano implica el empleo de su mecanismo de conciencia de sí” (p.321). Los conflictos que surgen en el día a día entre las personas y las comunidades son los que, al ser resueltos de manera satisfactoria, generan una organización social más amplia. Mead (1934) sostiene que

La mente es el medio o mecanismo o aparato socialmente adquirido mediante el cual el individuo humano resuelve los distintos problemas de adaptación ambiental que surgen ante él en el curso de su experiencia y que impiden que su conducta siga armoniosamente su camino hasta que han sido resueltos (p.320).

Mediante la mente el individuo lleva a cabo la reconstrucción social, contempla críticamente la estructura en la que se encuentra y la reorganiza dependiendo de lo que las circunstancias exigen. Por lo tanto, la mente y el *self* tienen que pensarse más allá de su plano de acción individual y entenderse en toda su dimensión colectiva: mediante su actividad reconstruyen constantemente esa

sociedad de la que surgieron. Respecto a esto, es importante acentuar que cualquier reconstrucción realizada, para que pueda perdurar y tener un alcance significativo, debe tener “una base de intereses sociales comunes compartidos por todos los miembros individuales de la sociedad humana dada en que ocurre esa reconstrucción” (Mead, 1934, p. 320), es decir, que tiene que ser realizada en términos del bien común. Cuando dichos cambios se producen, estos transforman no solo el orden social, sino a las personas mismas involucradas en ese proceso, “las relaciones entre la reconstrucción social y la reconstrucción de la persona son recíprocas” (p. 321) y son las dos fases de un mismo proceso: el de la evolución social humana. Así, Mead (1934) formula lo que para él es una sociedad ideal:

El ideal social humano –el ideal o meta última del progreso social humano- es la consecución de una sociedad humana universal en que todos los individuos humanos posean una inteligencia social perfeccionada, tal que las significaciones sociales estén, cada una, similarmente reflejadas en sus respectivas conciencias individuales –de manera que las significaciones de los actos o gestos de un individuo [...] sean las mismas para cualquier otro individuo que reaccione a ellas (pp. 321-322).

De esta manera, conforme la sociedad evoluciona, las relaciones de los individuos se vuelven cada vez más complejas. Y así, Mead tenía la esperanza de que esta identificación mutua entre personas y comunidades nos llevaría a un tipo de civilización universal en la que exista un entendimiento entre todas las partes que participen en ella (Mead, 1934, p. 322). Dentro de esta sociedad unificada, existirían, a su vez, distinciones individuales en términos funcionales, es decir, que cada persona pudiera realizarse a sí misma dentro de su comunidad mediante las actividades que lleve a cabo dentro de ella y que la relacionen con las demás. En palabras del propio Mead (1934), “una diferencia de funciones no excluye una experiencia común; al individuo le resulta posible ubicarse en el lugar del otro aunque su función sea distinta de la del otro” (p.335). Esa es, pues, la característica de las sociedades complejas y altamente organizadas para alcanzar plena expresión: poseer una organización de actividades y actitudes comunes

entre sus individuos, a la vez que cada uno se diferencia de los demás en términos de sus funciones. Esa consecución “es una clase de ideal que tiene ante sí la comunidad” (Mead, 1934, p.335).

La sociedad ideal planteada por Mead –aquella que une a las personas tan estrechamente y en la que todos los miembros sean capaces de penetrar en las actitudes de todos los demás- se hace factible, según él, solo gracias al sistema de la comunicación posibilitada, a su vez, por la existencia de los símbolos significantes. Tal sistema, si pudiera hacerse “teóricamente perfecto” (Mead, 1934, p.336) lograría dicho objetivo: que cada individuo se afecte a sí mismo como afecta a los demás en todo sentido. Solo de esta manera el ideal de la sociedad humana podría ser logrado. Es por esto que Mead (1934), ya desde su tiempo, aseguró que la comunicación “no es simplemente un proceso de transferir símbolos abstractos”, sino que es en realidad “el proceso organizador en la comunidad” (p.337).

En resumen, la democracia era para Mead la mejor forma de gobierno ya que permitía que los distintos miembros de una comunidad, así como comunidades enteras, participaran activa e inteligentemente en la reconstrucción de su sociedad, en donde por medio del lenguaje y la adopción de la actitud de los demás se pudieran lograr significados y actitudes comunes que condujeran hacia una sociedad ideal. Esta transformación o reconstrucción social debía llevarse a cabo, según Mead, por los medios constitucionales ya establecidos, es decir, que rechazaba enérgicamente la violencia como instrumento para el cambio social. Al enfatizar su rechazo a la violencia, Mead tenía en mente al socialismo, doctrina de la cual adoptó y apoyo algunos postulados –principalmente su preocupación y búsqueda por mejores condiciones de trabajo y de vida para todas las personas- y discrepó de otros – como, precisamente, los medios para lograr lo anterior.

4.1.4 Socialismo

Como se recordará, Mead realizó estudios de posgrado en Alemania, país en el cual su vocación reformista se consolidó debido a los diversos fenómenos que

presenció en dicho lugar, entre los que estaban el movimiento laborista, la fuerza que estaba ganando el Partido Social Demócrata y, sobre todo, el respeto que se le tenía al socialismo en los círculos académicos (Shalin, 1988, p.922). El socialismo fue para Mead una fuente de inspiración en diversos aspectos relacionados con la transformación de la sociedad, pues simpatizaba plenamente con sus fines humanitarios, “en donde los medios de expresión y satisfacción social son puestos a disposición de los miembros de la comunidad entera” (Mead, citado en Shalin, p.925). La búsqueda de la justicia, de la igualdad de oportunidades y de mejores condiciones para la clase trabajadora eran algunos de los fines que Mead compartía con los socialistas. Sin embargo, a pesar de esto, Mead rechazaba categóricamente los medios por los cuales el socialismo planteaba la revolución, específicamente los violentos, pues mencionaba que el socialismo era “una nueva religión –pero una peligrosa, pues su realización apela al uso de la antorcha, la guillotina y la daga” (Mead, 1899*b*, p.408). Como el buen demócrata que fue, Mead siempre estuvo convencido de que dichos cambios podían y debían ser establecidos por medio de las instituciones, a través de la reforma social; la reconstrucción social es una tarea que debe llevarse a cabo continuamente, y no un esfuerzo único y agresivo de todo o nada para establecer una mejor sociedad (Shalin, 1988, p.935). Al respecto, Mead (1899*a*), consideraba que

El socialismo, de una forma u otra, yace detrás de la idea de dirigir e inspirar la reforma. Mientras que las utopías socialistas se han reconocido como impotentes para guiar a condiciones mejores, [...] la suposición de que será posible llevar a cabo cambios radicales que lleven a mucho mejores condiciones de igualdad mediante la legislación constructiva está aún muy presente (p.367).

De esta manera, Mead impulsó durante toda su vida una búsqueda por un cambio social de manera pacífica, en la cual las reformas radicales pudieran llevarse a cabo dentro de los marcos constitucionales de la democracia,

rechazando en todo momento la violencia como el medio para la transformación social.

Más allá de lo mencionado anteriormente, es importante señalar algunos paralelismos que existen en el pensamiento de Mead con algunos postulados socialistas en cuanto a la naturaleza social de la persona, especialmente aquellos desarrollados por Marx (Shalin, 1988, p.939). Entre ellos se encuentran que ambos deploraban las consecuencias deshumanizantes del sistema industrial que conducía a una concepción utilitarista de la persona; que tanto la actividad –o las acciones- de las personas, así como su mente o su conciencia, son primordialmente sociales en su naturaleza; y en la relación dialéctica entre individuo y sociedad, donde ambos buscan superar esa dicotomía y situar a ambos en un mismo continuo de actividad.

Así, Mead reconoció al socialismo por su constante búsqueda y preocupación por mejores condiciones de vida para las personas, cuestiones que pueden encontrarse, a su vez, en su propia obra, y en la que propuso un mecanismo para alcanzarlas: el lenguaje con su potencial universalizador. Párrafos atrás se mencionó que uno de los campos en donde, para Mead, se hace evidente esta capacidad de universalización es el de los derechos humanos. Desde principios del siglo XX, Mead tuvo la convicción de que estos pudieran servir como marco de referencia para la búsqueda del bienestar y la dignidad humana; de manera que mediante la adopción de actitudes comunes hacia los derechos, estos fueran reconocidos y aceptados universalmente como valores, o, dicho en otras palabras, que fueran internalizados en forma de Otro Generalizado.

4.1.5 Derechos

Como se mencionó anteriormente, la democracia era para Mead una forma de gobierno que ha respondido bien a la demanda de cambio constante en las comunidades, además de que en esta forma de gobierno cada individuo es un ciudadano en tanto reconoce en los demás los derechos que reconoce para sí mismo. En este sentido, Mead (1915a) insiste constantemente en que los

derechos implican un reconocimiento del otro; reconocimiento que, por lo tanto, no puede encontrarse fuera de un grupo social organizado. Desde su perspectiva, los derechos solo pueden existir dentro de una sociedad que los reconoce y los significa como tales, pues es esta misma sociedad la que se los confiere al individuo.

Al abordar el surgimiento y el contenido de los derechos, Mead (1915a, p.142) argumenta que estos toman el significado o la forma de dificultades o peligros a los que se enfrenta un grupo social en un momento determinado y que se busca superar o resolver (piénsese en los ejemplos de la no discriminación, la libertad de expresión, el derecho a votar por parte de las mujeres, etc.). Cuando estas dificultades o peligros han sido superados, su significado o contenido cambia de alguna manera, pues el contexto en que dichos derechos fueron pensados y acordados ya no es el mismo: “el derecho es definido en términos de los obstáculos que existen para su expresión” (Mead, 1915a, p.144). Y, de la misma manera, los derechos por los que en un futuro se luchará, surgirán de problemas o dificultades futuras que no existen o que no se enfrentan en el presente.

La idoneidad o la realización plena de un derecho llega cuando este es reconocido, aceptado y se ha universalizado dentro de una comunidad completa por medio de la socialización, y no cuando debe ser protegido únicamente por las instituciones políticas o legales. Mead (1915a) afirma que:

La sociedad más realizada no es aquella que es presentada en términos de instituciones como tal, sino aquella que se encuentra en la interacción de hábitos y costumbres sociales, en el reajuste de intereses personales que están en conflicto y que toma lugar fuera de una corte, en el cambio de actitudes sociales que depende de un acto de legislatura (p.152).

De lo anterior se entiende que Mead abogó por que los derechos no fueran solamente una cuestión jurídica, sino que deben estar completamente internalizados en los miembros de una comunidad, de manera que en el curso de las interacciones estos sean una exigencia de las fases del *self* que se encargan de la regulación de la conducta -el Mí y el Otro Generalizado- hacia el Yo, donde

no sea necesaria la vigilancia por parte de la autoridad para su cumplimiento. Sería interesante saber qué pensaría Mead de la situación actual de los derechos humanos. Probablemente se alegraría de saber que existe una Declaración Universal de los Derechos Humanos, así como diversos organismos e instituciones jurídicas internacionales para la protección de los derechos en las que están involucrados un gran número de países, y de que existe un esfuerzo permanente por lograr que los derechos humanos plasmados en dicha declaración sean reconocidos y garantizados a todas las personas en el mundo; aunque, a pesar de todo, está lejos de lograrse esta universalidad que vaya más allá de las instituciones. Al día de hoy, por ejemplo, a casi un siglo de la creación de la Liga de las Naciones (antecedente directo de la ONU), los motivos de su origen, es decir, los conflictos bélicos y la dominación de un país sobre otro, siguen existiendo a lo largo del mundo. Sobre estos dos temas Mead también reflexionó algunas cuestiones.

4.1.6 Sobre la guerra y la dominación

El estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914 fue un acontecimiento que estimuló de manera considerable a Mead, quien desde ese momento y en años posteriores desarrolló –influido por algunos trabajos de William James sobre el tema- ideas en torno a la cooperación internacional, la guerra y la posibilidad de erradicarla o evitarla.

Como se mencionó en el primer capítulo, Mead siempre rechazó categóricamente la guerra como un medio legítimo o justificado para resolver los problemas dentro y entre las naciones. Sin embargo, al considerar que había pacifismo que fuera capaz de enfrentársele al militarismo alemán, se vio obligado a apoyar la entrada de Estados Unidos en la guerra y a afirmar que esto último era una obligación moral por parte de su país:

Estados Unidos ha entrado finalmente a esta guerra porque la democracia se ha vuelto el tema de esta guerra, democracia definida como el derecho de los pueblos a autogobernarse [...], el derecho de todo el mundo occidental a estar

libre de la amenaza del militarismo imperialista. Estamos luchando por una sociedad mundial mayor que se hace posible mediante actitudes y principios democráticos (Mead, 1917*d*, p. 79)

A su parecer, la cuestión principal de la guerra era una lucha entre los ideales de la democracia contra los de la autocracia y, por lo tanto, era una guerra que tenía que ser librada con el objetivo de lograr un bien mayor: el de eliminar la guerra como árbitro o mediador entre las naciones para dar paso a un método organizado para manejar las disputas internacionales y encontrar denominadores comunes en intereses antagónicos (Mead, 1917*a*, p. 66; 1917*c*, p. 75). El objetivo de la Primera Guerra Mundial sería, entonces, era erradicar o evitar todas las futuras guerras.

Además de las incontables muertes y destrucción que había dejada a su paso, la guerra en Europa, desde el punto de vista de Mead (1915*b*, p. 604-605; 1929, p. 392), había provocado en los países participantes un sentimiento intenso de conciencia e identidad nacional, impulsado principalmente por el sentimiento colectivo de odio o rechazo a un enemigo común. Esta conciencia e identidad nacional motivaban a las personas a hacer sacrificios individuales -sus vidas, sus recursos, su comodidad o bienestar- por el bien común y el bien mayor de su país. Este sentimiento de odio hacia un enemigo común suele ser estimulado o utilizado como técnica por parte de los gobiernos o ciertos grupos para potencializar el sentimiento de unidad nacional, ya que la actitud hostil hacia algo en común favorece la cohesión social de un grupo y atenúa las diferencias sociales internas.

Para Mead (1915*b*), la guerra era un problema tanto ético como psicológico. Es ético porque en sí supone un conflicto de valores e intereses entre dos o más grupos; es un problema psicológico porque su preparación y acción “se da en términos de actitudes y estados mentales” (p.606). Derivado de esta afirmación, se pregunta si los mecanismos de la guerra y el militarismo son esenciales para el auto-respeto y realización de una nación, y si no existe otra forma de llegar a estos últimos sin la necesidad de los conflictos bélicos y la violencia contra un enemigo común. Desde un principio, Mead consideraba que la guerra no era esencial, e incluso llegó a mencionar que esta es “un método estúpido para la resolución de

diferencias entre las naciones” (Mead, 1929, p.386), pues los resultados ‘espirituales’ -es decir, la exaltación de la identidad nacional y la búsqueda del bien mayor- no son suficientes para justificar la guerra y que, en cambio, existen otras formas de alcanzarlos.

En 1910, William James publicó un trabajo titulado *The Moral Equivalent of War*, en el que buscó y propuso alternativas para conseguir de otra manera los mismos sentimientos sociales que se logran en la guerra. La propuesta de James consistía en que las juventudes de los países deberían ser asignadas a la realización de tareas benéficas o productivas para su comunidad o su país y, de esta manera, se instaurarían en ellos los valores y objetivos sociales de su comunidad (Mead, 1929, pp.385-388). Al igual que James, Mead buscó y formuló su propia alternativa, y, para él, esta tenía como base lograr lo mismo que se logra con la guerra: que “el bien de la comunidad sea el bien supremo del individuo” (Mead, 1929, p.392), pero lograrlo fuera del espíritu de lucha. Las actitudes de unidad adoptadas por las personas en tiempos de catástrofes o dentro de algunos cultos, a pesar de lograr una fuerza considerable, no son de la misma magnitud que las del patriotismo militar (Mead, 1929, p.400). Lo que Mead propuso fue que los países deberían llegar a desarrollar lo que él llamó una conciencia o mentalidad nacional (*national-mindedness*); que se refiere al “uso de la mente –de la que los ha provisto su propia comunidad- por parte de los individuos para conseguir y buscar el bien e interés común, en vez de utilizarla para el bien propio” (p.402). La única manera de mantener la unidad nacional más allá de la guerra sería descubriendo esa unidad en medio de la diversidad de intereses individuales (Mead, 1929, p.402). La conciencia del interés común es la base para la resolución de los problemas entre grupos y clases sociales internas, a la vez que facilita la exaltación de la unidad nacional. En este sentido, el propio Estado es “el guardián de dicho interés nacional, y su autoridad yace en el interés universal de todos los miembros de la comunidad en su mantenimiento” (Mead, 1929, p. 403). En otras palabras, lo que Mead propuso para mantener un sentimiento de unidad nacional sin tener que recurrir a los mecanismos de polarización y odio contra un enemigo común fue poner en el centro la capacidad esencial de adoptar las

actitudes de los demás y la reflexividad de la mente para anteponer el bien mayor para el país, siendo esta conciencia nacional un medio para contener y solucionar problemas internos que puedan suscitarse entre sus miembros.

Respecto a lo anterior, Mead consideraba que la sociedad podía ir todavía más allá de una conciencia nacional y que las naciones eran capaces de desarrollar una conciencia o mentalidad internacional (*international-mindedness*). El fin de la Primera Guerra Mundial dejó entre los países contendientes una demanda del desarrollo de este tipo de conciencia internacional mediante la cual se pudiera llegar a la evitación y resolución de conflictos entre las naciones de una manera pacífica. En cuanto a esto, Mead (1929a) aseguraba que

El equivalente moral de la guerra se encuentra en la inteligencia y la voluntad de descubrir los intereses comunes entre las naciones contendientes y hacerlos la base para la resolución de diferencias existentes y para la vida común que harán posible (p.404).

La civilización, continúa Mead (1929), no es un asunto de razonabilidad, sino uno de organización social; una organización social donde el bien común se convierta en los fines u objetivos de los individuos de la comunidad. Nos libraremos de la guerra únicamente cuando “nuestra vida en común permita al individuo identificar sus propios fines y propósitos con aquellos de la comunidad de la que es parte y que lo ha provisto de un *self* “ (p. 407). En este apartado se puede notar cómo Mead formuló la erradicación de la guerra y la consecución de la paz en términos –nuevamente- de una sociedad universal y de progreso social, pues argumentaba que esto era posible únicamente en tanto seamos capaces de reflexionar y dirigir nuestra conducta hacia objetivos comunes, para lo cual es necesario que exista un significado universal –es decir, compartido por todos los miembros de la comunidad- sobre las necesidades a satisfacer o los problemas a resolver. También puede verse que Mead retomó constantemente la noción de *bien común* o *bien mayor* en distintas partes de su obra y lo puso como el objetivo o a lo que se debería aspirar como requisito para la construcción de una sociedad

ideal. Este bien común es, precisamente, el pilar central de la ética desarrollada por Mead y que, al comprenderla, se comprenden también de mejor manera los otros aspectos de su pensamiento.

4.2 Ética

La característica principal de la ética propuesta por Mead es que –al igual que varios de los demás aspectos que se han mencionado de su obra- aspira a una universalidad. Precisamente, Mead partió de su teoría del *self* para plantear la posibilidad de una ética con bases esencialmente sociales, y aseguraba que la universalidad de los juicios se haría posible gracias al mecanismo de adoptar la actitud del otro y, más específicamente, de adoptar la actitud de una comunidad racional; de manera que ante una problemática, se valore la situación y se actúe de la misma manera en que cualquier otro actuaría. Se debería universalizar la meta hacia la cual las acciones de una comunidad estén dirigidas; por ello, es necesario incorporar el fin de un acto a la intención de dicho acto para que en cada etapa de este se actúe con referencia a tal fin o meta (Mead, 1934, p.381). O, dicho de otra manera, Mead se refiere a que el objetivo o la meta hacia el cual estará dirigido un acto debe estar presente desde el momento en que se planea dicho acto, para que, en todo momento, sea ese objetivo el que lo guíe.

Las ideas éticas, argumenta Mead, son propias de una comunidad o sociedad específica, lo que quiere decir que no se encuentran fuera de ellas de manera independiente; por lo que la ética es, entonces, de carácter relacional: para que una persona se pueda comportar de manera ética “debe integrarse dentro de la pauta de la conducta social organizada” (Mead, 1934, p.331). De esta manera, toda aquella conducta que transgreda estas pautas es considerada incorrecta, “malvada” o “pecadora” (p.330); y, del otro lado, la conducta que concuerda con dicha pauta es valorada y considerada buena o virtuosa. La pauta de conducta organizada a la que la persona reaccionará depende completamente de la situación social en la que se encuentre y a la comunidad a la cual esté respondiendo en tal situación (Mead, 1934, p.332). Recordemos que el Otro

Generalizado es aquella fase del *self* en donde se encuentran organizados e interiorizados los valores, normas y costumbres de un grupo social. Es por esto que la conducta ética debe ser definida en términos sociales; las ideas éticas surgen “en la conciencia de los miembros individuales de una sociedad del hecho de la dependencia social común de todos esos individuos entre sí y de su conciencia o sentimiento o conocimiento consciente de tal hecho” (Mead, 1934, p.330). En otras palabras, la universalidad y la objetividad éticas son posibles gracias a la intersubjetividad; la ética de Mead va en contra de todo sistema fijo o absoluto de valores, pues éstos dependen de cada comunidad particular (Joas, 1985, p.127).

Respecto a lo anterior y a la universalidad posibilitada mediante la adopción de la actitud de la comunidad para actuar en una situación específica, Mead (1934) afirma que:

Sólo en la medida en que uno pueda identificar con el bien común su propio motivo y el fin que realmente persigue, sólo en esa medida podrá llegar a la meta moral y, así, alcanzar la felicidad moral. Así como la naturaleza humana es esencialmente social en carácter, así los fines morales deben ser también sociales en naturaleza (p.386).

Las situaciones en que a las personas les resulta más fácil integrar su conducta con la de las demás personas –o, lo que es lo mismo, actuar éticamente- es en aquellas en las cuales todas las personas participantes son miembros de un grupo social en común y, por lo tanto, todos están actuando como miembros de dicho grupo, dentro de una pauta común organizada. Por el contrario, cuando se da una situación en la que los participantes pertenecen a distintas comunidades y se conducen bajo distintas normas, valores, intereses o propósitos sociales, las actitudes de los individuos entre ellos suelen ser antagonistas u hostiles (Mead, 1934, p.332).

Un problema moral, entonces, plantea ciertos intereses en conflicto, ya sea entre individuos o entre grupos y colectividades; por lo tanto, un problema moral

es una especie de crisis para la estructura del *self*, porque resolver un problema implica reconstruir la sociedad o la relación social que existe entre las partes. Y en esta resolución y reconstrucción existe, según Mead (1934, p.388), una exigencia ética esencial: que todos los intereses involucrados en el conflicto sean tomados en cuenta por todas las partes: “la única regla que una ética puede presentar es que un individuo debe encarar racionalmente todos los valores que se encuentran en un problema específico [...] Resulta sumamente necesario que uno esté en condiciones de considerarlos imparcialmente” (p.389). Si se hace esto se está actuando de manera estrictamente ética, pues al actuar teniendo en cuenta todos los intereses involucrados no nos estamos sacrificando, sino que nuestro *self* se amplía y tiene como referencia una sociedad mejor. Cuando la reconstrucción se ha llevado a cabo surge un nuevo orden social, y este implica individuos nuevos o diferentes:

No podemos olvidar esa otra capacidad, la de replicar a la comunidad e insistir en que cambie el gesto de la comunidad. Podemos reformar el orden de las cosas; podemos insistir en hacer que las normas de la comunidad sean mejores normas [...] Estamos dedicados a una conversación en la que lo que decimos es escuchado por la comunidad, y en la cual la reacción de ésta está afectada por lo que tenemos que decir [...] Naturalmente, tal es la forma en que la sociedad progresa. Cambiamos nuestro sistema social, y podemos hacerlo inteligentemente porque pensamos (Mead, 1934, pp.196-197).

De lo expuesto puede asegurarse, entonces, que las dos reglas de Mead para la solución de problemas morales son la comunicación con los demás miembros de nuestra comunidad u otras comunidades, y la orientación de nuestra acción hacia la realización de la sociedad ideal. Las personas tenemos no solo el derecho de participar en y exigir un cambio social, sino, y sobre todo, la obligación moral de contribuir a él. A esto último es a lo que Joas (1985) se refiere como la “politización de la moral universalista” (p.137). Así, si recordamos que el *self* se desarrolla y se realiza constantemente en el curso de la interacción, y esta interacción implica participar en la discusión y toma de decisiones públicas, puede afirmarse que el *self* tiene, por naturaleza, una dimensión política.

Hasta este punto, queda claro que una de las principales preocupaciones de Mead fue encontrar los mecanismos mediante los cuales se pudieran resolver distintos problemas sociales de manera que la sociedad fuera transitando hacia una democracia en donde las injusticias fueran erradicadas y sustituidas por una igualdad de oportunidades y derechos para las personas. Como se mencionó en capítulos anteriores, gracias a sus raíces pragmatistas, Mead tenía la convicción de que la ciencia era el método más adecuado para la generación de conocimiento que pudiera ser aplicado, a través de las instituciones y las políticas públicas, para enfrentar y solucionar toda clase de conflicto en una comunidad; es decir, para la reforma social.

4.3 Ciencia y Reforma Social

A lo largo de toda su vida, Mead fue un apasionado defensor de la ciencia y del método científico -que entendía como poner a prueba constantemente las hipótesis de trabajo. Creía que dicho método era el mejor para generar conocimientos más adecuados y útiles para la resolución de diversos problemas del mundo, tanto físico como social. Es por ello que puede decirse que Mead propuso un reformismo social fundamentado científicamente (Carreira, 2007, p.298). Para él, la ciencia y el método científico eran las formas más elevadas de reflexividad, superando, por mucho, a la introspección, al ensayo y error, y a la especulación metafísica. Como se verá más adelante, la concepción de ciencia de Mead se encuentra íntimamente ligada a su psicología social y a su pensamiento moral y político (Carreira, 2007, p.297). Sin embargo, la concepción pragmatista de ciencia que Mead desarrolló difería y se oponía al positivismo propuesto por Auguste Comte y por John Stuart Mill; y tenía algunas similitudes, aunque también importantes diferencias, con las concepciones posteriormente desarrolladas por Thomas Kuhn y el falsacionismo de Karl Popper (Joas, 1985, p.201). Entre las coincidencias generales que podemos encontrar está que todas estas concepciones mencionadas consideran a la ciencia el método más eficiente para generar conocimiento y que para esta “el valor supremo es el bien de la

humanidad [...] la idea de sociedad ideal es una en la que se logra el mayor bien al mayor número de personas” (Mead, 1964c, p.291). Además, cabe mencionar que Mead quedó asombrado por la manera en que Comte propuso el estudio científico de la sociedad por medio de la ciencia de la sociología, y por la forma en que entendía al individuo como dependiente de la sociedad a la que pertenece (Mead, 1964c, p.292).

La postura de Mead parte de un rechazo al objetivismo de la ciencia positivista, pues su principal crítica es la supresión que esta hace del sujeto y su actividad, es decir, del rol constitutivo de la subjetividad del científico al investigar. De acuerdo con Joas (1985), la objetividad, para Mead, debe ser entendida como “una interpretación del mundo aceptada colectivamente que es puesta a prueba en la práctica misma. Y la subjetividad como una interpretación del mundo que se desvía de la anterior” (p.202). Además, desde la concepción meadiana, los datos de una investigación tienen carácter de constructo, pues están siempre ligados a una interpretación. Toda percepción conlleva una interpretación y, por lo tanto, toda percepción está formada culturalmente (Joas, 1985, p.205). En palabras del propio Mead (1964d) la “investigación científica no termina con los datos, empieza con ellos. El producto de la ciencia es una teoría o una hipótesis de trabajo, no los llamados hechos” (p.320). La definición de los datos se encuentra dentro del problema y “la forma en la que los datos aparecen en cualquier problema son pertinentes a ese problema únicamente” (p.50). Estos postulados de Mead concuerdan con actuales enfoques de investigación social, como el socioconstruccionismo, en los cuales se considera que los datos y el objeto de investigación mismo son construidos por el sujeto que lo investiga, y no que está objetivamente ahí afuera en el mundo.

Al igual que cualquier otro proceso reflexivo, la ciencia debe ocuparse de problemas encontrados en el curso de acción de las personas, problemas que surgen en el día a día en las distintas instancias de la vida. Mead (1964c) denominó a su ciencia una “ciencia de la investigación” (p.286), pues toda investigación implica un problema; y tales problemas que deben ser investigados surgen cuando en la observación o la acción nos encontramos con elementos que

son distintos de la experiencia esperada; a lo que le prestamos atención es a lo que difiere de lo cotidiano o de lo esperado. Estos elementos novedosos o diferentes interfieren con el tipo de pensamiento no problemático, es decir, el pensamiento de los actos habituales. La búsqueda del científico siempre es, por lo tanto, una búsqueda de la solución de un problema.

La utilidad del conocimiento depende de su funcionamiento exitoso o no en la resolución de dichos problemas. Las teorías o las hipótesis de trabajo surgidas de la investigación científica –que Mead (1964e) denomina “mundo de conocimiento”- deben ser puestas a prueba mediante la observación y la experimentación en “el mundo que está ahí afuera” (p.50). Como se ha visto anteriormente, desde el punto de vista de Mead, el conocimiento y las hipótesis de trabajo generadas por la ciencia son objetos de conocimiento momentáneos, nunca definitivos ni permanentes; y el investigador debe tener plena conciencia de ello y debe estar poniendo a prueba sus teorías constantemente. La resolución de un problema crea un mundo distinto al que había cuando existía dicho problema: por ejemplo, cuando la cura de una enfermedad es descubierta, cuando se diseñan y se aplican reformas sociales para erradicar y prevenir la discriminación, la violencia, la desigualdad o para mejorar la educación, o cuando cualquier otro problema es resuelto –ya sea en menor o mayor medida- el mundo se transforma, ya no es el mismo que era antes de la solución encontrada; se da una reconstrucción social (en el sentido de que la realidad social ha cambiado, ya sea mucho o poco) y, con ella, no solo se transforma la sociedad, sino que esta transforma al individuo de vuelta. Sin embargo, se debe tener en cuenta que “el objetivo del científico en la búsqueda del conocimiento no es llegar a un mundo total o definitivo, sino a la solución del problema que se le presenta en el mundo que está ahí” (Mead, 1964, p.60) en el presente, el cual es un proceso permanente. En cuanto al tema de la experimentación, Mead (1964c, p.286) comenta que un científico experimental no es necesariamente un positivista, pues no busca construir un universo a partir de sus datos, sino que sus datos siempre están orientados a la resolución de problemas concretos del mundo que está ahí, mundo que prueba la validez de sus hipótesis.

Mead consideraba que el objetivo principal del conocimiento generado por la ciencia era ser aplicado para buscar y lograr el mejoramiento de las condiciones sociales de las personas y las sociedades, es decir, a la reforma social. Hacer lo anterior implicaba también que dichos conocimientos fueran puestos a prueba y que su utilidad y eficacia fueran evaluadas en la medida en que resolvieran dichos problemas. Para Mead (1899a) el objetivo de la reforma social, que también entendió como “la aplicación de la inteligencia al control de las condiciones sociales” (p.370), es permitir que la naturaleza esencialmente social de las acciones de las personas pueda expresarse bajo condiciones que la favorezcan. Además, menciona que de la misma manera que el científico natural asume que el mundo es un todo gobernado por ciertas leyes que implican la interacción entre todas sus fuerzas y estudia o investiga dichas leyes, el científico social debe asumir lo mismo de la sociedad y las personas, y estudiar tales leyes para aplicarlas en una organización futura del mundo social (Mead, 1899a, p.370).

De esta manera, la función de la conciencia reflexiva, en su esfuerzo por dirigir la conducta, es pensar el mundo como debería ser, pensar en un mundo con cierta dificultad superada, y dirigir nuestras acciones hacia esa organización. El objetivo no es como tal el logro de un universo perfecto, sino de superar una dificultad del presente (Mead, 1899a, p.371). Constantemente, Mead mencionaba que los problemas sociales, éticos y políticos deben ser resueltos de la misma manera en que el científico trabaja: se debe hacer uso de la racionalidad y de la reflexividad, se deben tomar en cuenta todos los factores –o intereses- involucrados en el problema y, así, llegar a la mejor solución posible. Mead desarrolló una concepción de ciencia que apunta hacia un progreso histórico y hacia la búsqueda de la sociedad ideal –democrática, participativa e inclusiva- que él creía posible. La ciencia sería la mejor forma de acercarnos a ella (Joas, 1985, p.211).

Esta búsqueda por una sociedad ideal y progreso histórico del que habló Mead, le hizo reflexionar precisamente sobre el concepto de historia que, al igual que la ciencia, es, para Mead, un proceso progresivo, y su particular característica es que no puede ser completamente planeado y resulta siempre impredecible debido a

que es producto de la acción intencional y no de determinación causal (Joas, 1985, p.210); es decir, que va tomando forma gracias a las acciones planeadas y organizadas que los miembros de una comunidad realizan y que, desde el punto de vista de Mead, deberían ser pensadas a partir del conocimiento obtenido mediante el método científico.

4.4 Historia

Una buena parte de la obra de Mead está dedicada –o por lo menos toca en algún punto- al estudio, la función y el papel de la historia, o del pasado, en los procesos sociales, así como la responsabilidad social y ética que tiene el historiador. Huebner (2016, p.121) considera que debido al gran “monopolio” que ha ejercido su obra *Espíritu, Persona y Sociedad*, los trabajos sobre la historia realizados por Mead han permanecido en la oscuridad. Desde su punto de vista, Mead propuso una orientación social y dinámica a la explicación histórica.

La historia forma una parte central en la obra de Mead por diversas razones, una de ellas es por el hecho de que la emergencia tanto del *self* como de la mente tiene lugar en el curso del proceso social histórico. Por lo tanto, ni las personas ni los grupos sociales, ni todo lo creado y construido por estos pueden considerarse objetos ajenos a la historia. Congruente con su postura pragmatista y orientada hacia el progreso, Mead veía la historia como una secuencia de eventos donde surgen situaciones problemáticas a lo largo del proceso social humano y donde se busca una resolución de estas; y, con relación a esto, Mead consideraba que la ciencia, cuyo objetivo era precisamente ocuparse de la resolución de problemas, surgía en la historia como la forma más reflexiva de la conciencia humana (Huebner, 2016, p.122).

La característica principal de la historia desde el punto de vista de Mead, es que esta no es una reconstrucción única, verdadera o completamente fidedigna de los eventos pasados; sino que es una reconstrucción hecha desde el presente que nos permite interpretarla de manera que dé sentido al momento actual y al futuro. A lo largo del tiempo un mismo conjunto de datos o de hechos puede dar lugar a la

reconstrucción de distintos pasados o distintas historias (Mead, 1964*d*, p.322). La función de la historia es, entonces, permitirnos mirar hacia atrás en el tiempo y ver la manera en que se ha dado la reconstrucción y transformación de nuestra sociedad; sin embargo, no somos capaces de apreciar estas transformaciones y reconstrucciones en el momento, sino que únicamente las vemos retrospectivamente (Mead, 1934). Por lo tanto, la historia es un aspecto fundamental “del proceso de autoconocimiento de la sociedad, ya que toda transformación de la sociedad que genera cursos de acción problemáticos, transforma necesariamente lo que consideramos historia” (Huebner, 2016, p.126). La historia no es interpretada solamente para ser admirada, sino que las acciones que se llevan a cabo en el presente y se realizarán en el futuro se ven dirigidas y afectadas por dicha interpretación; en palabras del propio Mead (1964*d*): “El pasado es una hipótesis de trabajo que tiene validez en el presente dentro del cual funciona y no tiene ninguna otra validez” (p.323). Es decir, el pasado –o la historia- no tiene sentido en el pasado mismo, sino en el presente desde el cual se le mira.

Anteriormente, se mencionó que para los pragmatistas no existen los conocimientos o las verdades absolutas, sino que más bien deben considerarse como verdaderos o válidos en la medida en que son útiles para la resolución de una situación problemática en el presente, y que estos conocimientos o verdades pueden ser modificadas o rechazadas en la medida en que nuevas y más adecuadas teorías e hipótesis surgen o distintos tipos de conocimientos y problemas se generen. Por ello, para Mead, todo el conocimiento –incluido el científico- está construido históricamente: el conocimiento surge en contextos políticos, sociales e históricos específicos para resolver problemas específicos de esos contextos (Huebner, 2016, p.130), y es a través del proceso histórico como este conocimiento se acepta, se transforma o se abandona.

Se puede considerar que la conclusión principal de Mead en cuanto a lo anterior es que la historia que vemos retrospectivamente cambia al tiempo que la sociedad cambia; se afecta dependiendo de la situación en que nos encontramos en determinado momento. Es por ello que en los historiadores, al ser quienes mayor autoridad tienen en la reconstrucción de ese pasado, recae una gran

responsabilidad ética y práctica de dicha reconstrucción (Huebner, 2016, pp.134-135). La inteligencia reflexiva –es decir, la capacidad de anticiparnos a nuestras acciones y sus consecuencias- nos hace responsables de orientar dichas acciones hacia el bien común y una sociedad mejor. Y, como se ha visto en los apartados anteriores, la ética más alta que puede haber es una en la cual se tomen en cuenta los intereses de todos los involucrados, por lo que, para Mead, la manera adecuada de llevar a cabo la construcción del conocimiento histórico es de una manera participativa e inclusiva. Dicho en otras palabras, que la historia sea recuperada colectivamente: “Todo gran movimiento social ha volteado hacia atrás para descubrir un nuevo pasado” (Mead, 1964d, p.321). Mead formuló un concepto del progreso histórico en el cual no existe un futuro específico dado, en el cual hay diversas posibilidades, y es el presente, por medio de nuestras acciones, en donde se proyecta dicho futuro; lo que implica, entonces, una autodeterminación de la sociedad (Joas, 1985, p.211). La sociedad tiene el derecho y la obligación ética, mediante el uso de su conciencia, de planearse a sí misma y de dirigir en la medida de lo posible su progreso sociohistórico. En relación con esto, Mead aseguraba que una actividad esencial cuyo objetivo debería ser enseñar, estimular y orientar a los niños a pensar críticamente y reflexionar su posición en la comunidad era la educación.

4.5 Educación

En el capítulo uno se mencionaron varias de las actividades que Mead realizó en distintas instituciones u organizaciones relacionadas con la reforma social y educativa, así como actividades realizadas con el objetivo de contribuir a la resolución de problemas sociales. Durante aquellos años –la primera década de 1900- Mead escribió una considerable cantidad de trabajos y ensayos en los que planteó sus ideas sobre la educación de manera general y otros en relación con la situación educativa específica de su país.

En sus escritos *Science in the Highschool* (1906) y *The Teaching of Science in College* (1907), en los que habla sobre la enseñanza de la ciencia en las escuelas,

Mead argumenta que había un defecto esencial: las ciencias se enseñaban aisladas unas de las otras, además de que no se vinculaban las abstracciones científicas con la experiencia concreta del estudiante (Cook, 1993, p.108). Esta observación se relaciona directamente con su esfuerzo por el entrenamiento vocacional dentro de las escuelas, pues el objetivo de este entrenamiento era que los estudiantes fueran capaces de vincular o aplicar los temas enseñados en los salones en el mundo y la vida fuera de la escuela, en su día a día. Y, yendo más allá, Mead proponía que al alumno no se le enseñara de forma mecánica, sino que se le enseñara a ser una persona crítica y reflexiva, capaz de adaptarse a los distintos entornos y problemas sociales, a evaluar y mejorar el medio o las herramientas con las que trabaja y, sobre todo, a ser consciente de la importancia social e histórica del trabajo o tarea que desempeña, es decir, haciéndole entender su lugar en una sociedad democrática (Cook, 1993, p.111).

Asimismo, Mead (1910, p.690) abogó por que los educadores le dieran la debida importancia a las relaciones sociales que se dan dentro del salón de clases –tanto la relación estudiante-profesor como la del estudiante con sus demás compañeros-, pues estas son esenciales para el desarrollo del *self* de los educandos. Como se recordará, el juego tiene un papel esencial en el surgimiento del *self* en la teoría de Mead, por lo tanto, este considera que el juego, así como las distintas interacciones que tienen los estudiantes dentro y fuera del salón de clases, debería tener un papel fundamental en la educación escolar. Mead (1896) criticaba que en las escuelas se limitara y restringiera constantemente a los niños del juego y se priorizara el trabajo de escritorio y pizarrón. Sobre el tema, comentaba que “nos proponemos darle métodos al niño cuando lo único que le interesa son los objetos; quiere el estímulo natural y nosotros insistimos y lo forzamos hacia abstracciones hechas por nosotros mismos” (p.145). El juego debe ser un principio básico en la educación, por lo que se debe organizar esta de modo que los estímulos que se le presenten al niño en la escuela respondan al desarrollo natural del organismo del niño (Mead, 1896) .

En cuanto a la educación en Estados Unidos –que hay que mencionar que es uno de los campos donde el pragmatismo norteamericano tuvo su mayor impacto,

especialmente de la mano de John Dewey-, Mead se pronunció sobre las problemáticas relacionadas con los educadores; haciendo énfasis en la necesidad de una correcta evaluación de ellos y de su labor, buscar la manera de favorecer el desarrollo profesional entre ellos y, sobre todo, en la necesidad de que los educadores mismos tomen parte activa en el diseño de políticas educativas (Cook, 1993, p.110). Respecto a esto último, Mead (1907) comenta que:

Es inmoral demandar que nuestros maestros entreguen su corazón y su alma a la actividad social de educar a nuestros niños y luego les neguemos toda voz en criticar, interpretar y modelar las maneras y los medios que ellos utilizan (p.164).

A lo anterior, Mead (1907) se refirió como “la democratización de las escuelas” (p.164), que entendía como “el reconocimiento de las personalidades de los profesores y los niños, con todo lo que ello implica” (p.164); en otras palabras, reconocer que la educación es un proceso social y no uno mecánico. Mead estaba convencido de que la educación era un proceso esencial en la conformación de un *self* y una mente crítica y ética, y, por ello, consideraba que los espacios educativos, y todas las relaciones sociales que tienen lugar en ellos, deberían ser unos que reflejaran lo que se buscaba instaurar en la sociedad en general: un espacio justo, democrático, inclusivo y participativo.

Respecto a la participación de Mead en organizaciones sociales para la educación y sus esfuerzos teóricos relacionados con ella, Cook (1993) menciona que:

Siempre estuvo dedicada a la resolución inteligente de problemas y conflictos sociales específicos en vez de a la realización de una elaborada visión utópica. Su éxito en este esfuerzo fue modesto, pero nunca abandonó su confianza en el uso de la inteligencia humana como la mejor manera de lograr la necesitada reforma social (p.114).

A lo largo de este capítulo no solo se ha hecho evidente que el trabajo de Mead en temas sociopolíticos fue sumamente amplio, sino que todos ellos estuvieron

dirigidos hacia un punto: el de una mente y un *self*, de los cuales nos provee nuestra comunidad, orientados para transformarla y reconstruirla permanentemente de manera reflexiva, resolviendo éticamente todos aquellos problemas que vayan surgiendo en el curso de su historia. O, dicho en otras palabras, la conciencia en busca del progreso social. Sobre esto, hay otro punto importante que es necesario mencionar: Mead describió los mecanismos fundamentales mediante los cuales la sociedad –y sus miembros- pueden aspirar a una sociedad ideal: hacer de la reconstrucción social una tarea continua en la que los intereses de todos sean tomados en cuenta, la reorganización de la educación escolar, la permanente participación de la comunidad científica en la toma de decisiones públicas y la adopción de actitudes comunes en torno a soluciones a problemas sociales, como la paz, la justicia y los derechos. Sin embargo, Mead nunca menciona concretamente la naturaleza de dicha sociedad ideal, y esto puede entenderse fácilmente, pues hay que recordar que Mead (1929, p.79), al igual que los demás pragmatistas, era plenamente consciente de que los valores, las normas, las costumbres y las actitudes –es decir, el mundo- de su época iban a ser completamente distintas a las de las generaciones futuras; por lo que no se encargó de decir qué contenidos educativos debían enseñarse, ni de qué problemas específicos debería encargarse la ciencia, ni qué políticas públicas deberían impulsarse para qué conflictos sociales o cuáles eran los derechos a ser defendidos; sino de mostrarnos los medios de los cuales dispone la sociedad para buscar ese progreso y sociedad ideal: la ciencia, la educación, la reforma social, los derechos, la erradicación de la guerra y la ética. Mead planteó una teoría de cómo persona y sociedad son dos partes del mismo proceso de construcción simbólica –o comunicativa- de la realidad.

Conclusiones. La Psicología Política de George H. Mead

A lo largo de este trabajo se ha puesto de relieve aquella parte de la vida y de la obra de Mead que ha sido poco atendida o apreciada en relación con sus trabajos sobre la génesis del *self*, la mente y la conciencia, específicamente aquella concerniente a la reforma y el progreso social. Además, se enfatizó la manera en que a lo largo de toda su vida, Mead fue una persona comprometida con la vida política de su país. Así, de esta investigación se concluyen tres cuestiones: 1. Que Mead no solo fue un sobresaliente teórico social, sino que fue, más que nada, un reformador e incansable luchador social; 2. que su obra puede considerarse como una psicología política de la vida cotidiana o como una teoría sociopsicológica de la transformación social con un intrínseco compromiso político y ético; y 3. que, al retomar sus ideas en los diversos temas que abordó y al unificar su trabajo, su relevancia en las ciencias sociales y la filosofía se fortalece.

Se mostró, primero, la manera en que distintas experiencias y situaciones que Mead vivió durante su infancia y juventud le trazaron el camino y le generaron una inquietud e interés tempranos por los problemas sociales y políticos: la influencia de su padre y de su madre, ambos religiosos y académicos durante gran parte de su vida; su educación en el Oberlin College, institución religiosa comprometida con una enseñanza orientada a la resolución de conflictos sociales, especialmente los relacionados con el racismo, la desigualdad, la pobreza, etc.; el haber presenciado el movimiento obrero durante su estancia en Alemania, y su contacto con la literatura socialista europea. Aunado a esto, también se vio cómo, ya como profesor en las universidades de Michigan y de Chicago, conoció a personas que tenían intereses similares a los suyos: los de generar conocimientos y saberes académicos que fueran puestos al servicio de la sociedad, sus miembros y su bienestar. Personas como Dewey, Addams, Thomas y Park fueron importantes colegas e interlocutores de Mead, junto a los cuales aprendió y desarrolló sus posturas y preocupaciones teóricas y políticas. Además, la ciudad de Chicago, debido a los intensos cambios que experimentaba, fue el escenario perfecto que estimuló la producción teórica de Mead, así como sus actividades políticas. Las

actividades académicas y cívicas de Mead, congruentes con su postura pragmática, estuvieron siempre orientadas a la resolución de problemas sociales; por lo que conocer la vida de Mead ayuda a entender el contexto, las influencias y los motivos que lo llevaron a interesarse y desempeñarse en dichos temas.

En cuanto a la afirmación de que su obra es una teoría sociopsicológica de la transformación social y que tiene un intrínseco compromiso político y ético, dicha afirmación surge como consecuencia del hecho de integrar sus bien conocidas teorías sobre el *self* y la mente con sus trabajos sobre progreso y reforma social, temas que se encuentran presentes, en menor o mayor amplitud, en gran parte de sus escritos. Cuando la obra de Mead es integrada de esta manera, de forma que es vista en conjunto, puede asegurarse que la gran diversidad de temas que abordó a lo largo de su vida está orientada hacia la constitución de una sociedad ideal -o universal²⁰- que se encuentre en una permanente transformación y reconstrucción social. A lo largo de sus distintos escritos -ya sea en los que se ocupa de la historia, la conciencia, la ética, la educación, la reforma social, los derechos, la democracia, el socialismo, la justicia, etc.- es fácil advertir que su preocupación central en todos ellos es la posibilidad de llegar a construir una mejor sociedad en la cual todos los problemas que surgen en el transcurso de su historia -ya sea a nivel interpersonal, grupal o societal- puedan ser resueltos de la mejor manera posible, es decir, que todas las partes involucradas sean tomadas en cuenta y que la solución tome en cuenta los intereses y preocupaciones de ellas. Es en este punto donde la mente, el *self* y el lenguaje -o los símbolos significantes- se vuelven de vital importancia, pues el objetivo final o último de Mead no era brindar una explicación y comprensión de la constitución del *self* o de la mente por medio del lenguaje y la interacción, sino de cómo gracias a estas entidades, y sobre todo a la manera en que están socialmente constituidas, es que las personas, los miembros de toda sociedad, tienen tanto el derecho como la

²⁰ En este punto debe recordarse que por sociedad ideal o universal, Mead no entiende una que carece de o que ha erradicado absolutamente todos los problemas o conflictos sociales, sino una que cuenta con mecanismos eficientes y éticos para solucionar todos aquellos que surjan en el curso de su historia, tanto a nivel individual, grupal y societal; y que se encuentra comprometida con esta reconstrucción de manera constante y permanente.

obligación de participar en las decisiones y en la conducción de la vida pública de su comunidad; que tienen una responsabilidad ética con su sociedad y con los demás miembros de ella.

De esta manera, desde el punto de vista de Mead, la sociedad se cambia –o idealmente debería cambiarse- a sí misma a través del *self* de las personas, al estar interiorizada en estos y al responderse a sí misma desde dichos *selves* y dichas mentes que ella misma constituyó; así como a través de la inteligencia reflexiva, gracias a la cual la persona es capaz de pensar por adelantado las posibles soluciones a un problema y las consecuencias que estas tendrían. Igual de importante es el lenguaje que, gracias a su potencial universalizador, aparte de hacer posibles tanto al *self* como a la mente, es el medio por el cual las personas somos capaces de llegar a acuerdos y entendimientos mutuos, de adoptar las actitudes de los otros y tomarlas en cuenta, para que, de manera organizada, la comunidad dirija sus propios pasos. Por lo tanto, todos estos procesos delineados en su teoría son unos que están orientados -y cuyo propósito principal es- la resolución de problemas tanto a nivel personal como colectivo, a la transformación social. Cabe señalar que Mead no consideraba que esta fuera la única forma en que ocurre el cambio social, pero sí la que, a su juicio, es la mejor o la ideal, una que se dé mediante el uso de la razón. Entonces, a pesar de las evidentes diferencias que existen entre los distintos grupos sociales, Mead mantenía la esperanza de que fuéramos capaces de construir, si bien no un mundo social totalmente idéntico entre todos, sí por lo menos uno en el cual se alcance un acuerdo o entendimiento en cuanto a cuestiones éticas, en cuanto a un trato justo e igualitario entre las personas. Y es precisamente aquí donde radica la vigencia de su pensamiento: en la búsqueda de acuerdos dentro del reconocimiento de nuestras diferencias, la búsqueda de denominadores comunes en los intereses antagónicos.

Es importante apuntar de nuevo que en su concepto de sociedad ideal y de progreso social, Mead bosqueja una forma de sociedad, pero sin contenido. Es decir, que nos muestra, a su parecer, cómo debería funcionar y solucionar sus problemas, pero no de cómo debería ser concretamente, las soluciones o los

caminos específicos que debería seguir, eso lo deja abierto. En sus escritos, Mead habla del bien común, de tomar en cuenta todos los intereses involucrados en la toma de decisiones, de la justicia, la democracia, los derechos, la ética, la moral, etc.; sin embargo, nunca habla del contenido específico de estos. Probablemente se limita a describir los medios o mecanismos por los cuales esto puede lograrse, el cómo mas no el qué, porque estaba plenamente consciente de que tales valores varían a lo largo del tiempo y en distintos espacios; son particulares a cada momento histórico de los grupos sociales.

Dicho todo lo anterior, se puede asegurar, entonces, que para comprender de una forma más completa la teoría del *self* y de la mente de Mead es necesario conocer los demás aspectos de su pensamiento; dejar de lado los aspectos macrosociales de su obra es quitarle gran parte de su sentido al *self*, a la mente y a la conciencia delineadas por Mead. Sin conocer los primeros, no se pueden conocer a plenitud los segundos. La teoría meadiana es una teoría sociopsicológica claramente orientada a la organización social y política que busca -mediante la explicación de su factibilidad- una sociedad justa e igualitaria; una que aborda el papel de la conciencia y de la reflexividad en el progreso o transformación social. Vista así, con la noción de progreso social en el centro, la teoría de Mead tiene intrínsecas implicaciones éticas y políticas.

Podría agregarse que estas implicaciones y compromiso político de su obra se da en dos niveles distintos. El primero de ellos es en un sentido instrumental, pues a lo largo de su vida y de su obra Mead siempre abogó por utilizar el conocimiento generado en la academia para analizar, solucionar o prevenir los distintos tipos de conflictos con los que se enfrenta una comunidad, utilizar la ciencia al servicio de la sociedad. El segundo es un compromiso político que consiste en que -si consideramos que la psicología social es una disciplina que no solo estudia, sino que contribuye a construir las características de la subjetividad y de la intersubjetividad en el propio proceso de su investigación (Ibáñez, 1993, p.293), es decir, que la ciencia sociopsicológica no sólo se encarga de informarnos sobre las características o la naturaleza de las personas, sino que ella misma contribuye construir dichas características o naturaleza- Mead se encargó de desarrollar una

teoría social cuyo modelo de persona es en sí mismo, por naturaleza, una persona política y ética: una persona reflexiva, inteligente, con la capacidad de adoptar la actitud del otro y de, a través del lenguaje, construir acuerdos con sus semejantes. Mead no solo mostró la manera en que la mente, el *self* y la conciencia son entidades simbólicas que pertenecen al terreno de lo público, sino que estas tienen, en consecuencia y por su naturaleza social y reflexiva, un carácter y un compromiso ético y político, a saber, el compromiso de pensar y actuar permanentemente por una sociedad mejor, en la cual los intereses de todos sean tomados en cuenta. Mead provee un concepto de persona capaz de construir una mejor sociedad en cada momento; desde su punto de vista, si las personas contamos con estas capacidades y estos mecanismos, no hay, éticamente hablando, pretextos legítimos para no hacerlo.

Así, la de Mead es en todo momento una psicología política que entiende y argumenta que se puede tener una realidad mejor, que contempla esa posibilidad o necesidad. Y, como argumenta Fernández (2003, p.262, 265), el entender cómo la sociedad podría ser una mejor, implica, de alguna forma, vivir ya en esa sociedad mejor; pues si no existe una diferencia entre sociedad y el conocimiento de esa sociedad, cualquier transformación en uno de estos aspectos es, al mismo tiempo, una transformación en el otro.

Resumiendo, si la noción o idea de progreso social -así como la de reforma social, ética, democracia, historia, etc.- a la que Mead recurrió a lo largo de su obra, se pone en el centro de todo su trabajo y ya no se le considera como algo periférico o simplemente complementario, se puede afirmar -como se ha hecho en este trabajo- que Mead desarrolló no solo una teoría de la mente y del *self*, sino una teoría sociopsicológica de la transformación social, en la cual delinea el papel de la conciencia en la transformación y el cambio social. En ella, las personas tienen el derecho y la obligación de participar y permitir la participación de los demás en los asuntos públicos. Podría llamársele, también, una psicología política de la vida cotidiana, pues Mead explica que no son forzosamente necesarias las grandes revoluciones, guerras o crisis sociales para que se lleve a cabo un cambio sociopolítico, sino que también es en la cotidianidad, en el día a día -a través de

la acciones reflexivas, organizadas y dirigidas hacia el bien común-, donde la sociedad, en un diálogo y en una interacción permanente con ella misma, se transforma.

Consecuencias y Limitaciones de su obra

La gran influencia de Mead en las ciencias sociales y la filosofía, así como las coincidencias de su pensamiento con la de otros teóricos, es bien conocida y está muy bien documentada. Su influencia va mucho más allá de su entorno inmediato, es decir, de todos aquellos académicos que fueron alumnos suyos o alumnos de sus alumnos. Se sabe de sobra de su importancia en las distintas vertientes que se desarrollaron en el interaccionismo simbólico, específicamente las de Blumer, Kuhn y, décadas después, Sheldon Stryker; en las ideas que posteriormente se desarrollaron en la sociología fenomenológica con Alfred Schütz y después con Berger y Luckmann en su clásico libro *La Construcción Social de la Realidad*; en la etnometodología de Garfinkel; y en los análisis microsociológicos de Goffman. En Europa, donde Alemania fue el país que mejor acogió sus ideas, el ejemplo más conocido es el de Jürgen Habermas, quien aplicó y desarrolló algunas de las ideas de Mead como parte de su *Teoría de la Acción Comunicativa* (González, 2011, pp.220-221). En cuanto a casos más recientes pueden mencionarse al sociólogo alemán Hans Joas, quien se ha ocupado de temas como el pragmatismo, la religión, la violencia y los valores; y también al estadounidense Randall Collins, que integró muchas de las ideas de Mead, especialmente las relacionadas a la naturaleza del pensamiento y de la mente, a su teoría de *Cadenas de Rituales de Interacción*.

Aparte de estas importantes influencias, cuando se ve la obra de Mead como aquí se ha propuesto, pueden notarse varias similitudes o coincidencias con otros autores o corrientes de pensamiento, lo que hace de Mead un teórico que puede ser considerado como un importante interlocutor o punto de partida para analizar, explicar o comprender distintos tipos de fenómenos. Por ejemplo, y en consonancia con lo mencionado por Scott (2007, p.117), no muchos de los

teóricos posmodernos y construccionistas recurren a Mead para examinar la naturaleza fluida de la realidad, del *self* y de la sociedad, pero el dinamismo, la fluidez y el carácter de simbólicamente construida que Mead le otorga a la realidad lo sitúa -a pesar de la distancia temporal- en una conversación y diálogo directo con ellos.

En la introducción de este trabajo se mencionó que no se ha puesto suficiente atención a los aspectos macro que Mead desarrolló en su obra, a tal grado de que algunos autores han afirmado -erróneamente- que Mead los ignoró o les asignó escasa importancia. Ahora se puede afirmar que eso es falso, pues, como se vio, si se toma en cuenta su obra completa, se hace posible un mejor entendimiento de que la teoría de Mead es una que se ocupa la interrelación entre los fenómenos micro y macrosociales, de la unidad entre persona y sociedad; en la cual los conceptos de *self*, mente y conciencia son las piedras angulares, las entidades simbólicas mediante las cuales estos dos campos se afectan e influyen de manera mutua y permanente; así como su papel en los diversos aspectos de la vida social en los que adquieren su dimensión ética y política. Lo que sí debe reconocerse es que, en cuanto a sus análisis de dichos fenómenos macro, le faltó hacerlo de una manera más auténtica y profunda, lo que ha llevado a algunos autores, como Collins (1987, p.193) a describirlos como ingenuos, inocentes o idealizados. No obstante, el hecho de que los fenómenos macro no estén desarrollados a profundidad en la obra de Mead no es sinónimo o no quiere decir que este los haya ignorado o les haya otorgado poca importancia.

Otra crítica común a su trabajo es la ambigüedad y poca claridad en muchos de sus conceptos, sin embargo, en este trabajo no se comparte dicha crítica, pues esta surge de un hecho particular: de limitarse a leer únicamente *Espíritu, Persona y Sociedad*. Lo cual tiene sentido si se recuerda el origen de dicho libro: publicado póstumamente, constituido por recolecciones de diversos apuntes de antiguos alumnos de Mead, y en la que no participaron personas cercanas a Mead que pudieron haber aportado mucho a dicho volumen, como pudo haber sido el propio John Dewey. Esta referida ambigüedad no se encuentra en aquellos artículos o ensayos que publicó a lo largo de su vida. En algunos puntos sus escritos sí son

densos, difíciles y complejos, pero sus conceptos no son ambiguos ni contradictorios.

Otra marcada limitación es la poca atención que brindó a la dimensión emocional del comportamiento y la interacción. Tal vez Mead -como buen moderno- sobreestimó la racionalidad humana. Probablemente obvió o pasó por alto que en las interacciones y las conversaciones no solo se construyen significados, sino que también se ponen en juego afectos y emociones. No advirtió que aquellas prácticas y símbolos significantes -normas, valores, hábitos, etc.- que configuran y definen nuestras identidades colectivas e individuales no solo están cargadas de sentido o significado, sino también de afectos y emociones; y que estas últimas tienen un papel igual de importante que el lenguaje en la vida cotidiana.

Esta última cuestión cobra una especial relevancia, porque tal vez es en ese punto en donde el potencial universalizador del lenguaje puede encontrarse con algunas dificultades. Quizá es por eso, junto con la falta de concepciones más amplias y menos inocentes de fenómenos como el poder o la dominación, que aún se vislumbra lejana esa sociedad democrática, justa y equitativa que Mead tanto añoró. Si Mead tenía razón o no -es decir, si la sociedad ideal que describió en su obra es realmente alcanzable, o si sus aspiraciones pueden materializarse- escapa a los objetivos e intenciones de este trabajo. No obstante, podrían señalarse brevemente dos ejemplos contemporáneos que muestran los problemas con los que se enfrentan las ideas y aspiraciones de Mead. El primero es en cuanto a su postura de que las nuevas tecnologías para comunicarnos nos acercarán o promoverán acuerdos o consensos entre distintos grupos. Si bien se ha visto, como Mead argumentaba, que estas tecnologías nos ponen en contacto más directo e inmediato con otras comunidades y, por lo tanto, con otras formas de vida y actitudes, está claro que en gran medida son también escenarios de múltiples desencuentros, desacuerdos y polarizaciones en cuanto a diversos temas. Otro ejemplo es que la historia nos ha mostrado que algunos de los organismos internacionales -de los cuales Mead celebraba su creación- que se encargan de defender, intermediar o regular ciertos conflictos, acuerdos o

problemáticas, han resultado ser instrumentos utilizados al servicio del poder; cumpliendo escasa o nulamente la función u objetivo para el que fueron creados. Sin embargo, también podría argumentarse que para que la sociedad ideal de Mead sea lograda, esta no requiere estar forzosamente materializada, sino que en tanto esa sociedad ideal guíe nuestras acciones, en tanto trabajemos para lograr un sociedad que se comprometa permanentemente con la resolución de los distintos problemas y conflictos, el llevar a cabo esa acción misma es ya estar realizando esa sociedad ideal: una sociedad que se esfuerce por priorizar el diálogo y el entendimiento, construir acuerdos y encontrar los puntos comunes dentro de las diferencias.

A pesar de las limitaciones mencionadas de su obra, y si bien es cierto que el mundo social de hoy es mucho más complejo y es sumamente distinto que sobre del que Mead teorizó, al considerar los aspectos de su pensamiento que no han sido completamente explorados, Mead podría ser un autor que nos brinde algunas concepciones o ideas a partir de las cuales puedan realizarse novedosos desarrollos teóricos. Y, más que nada, dichas limitaciones no le quitan o disminuyen la gran importancia e impacto que ha tenido su trabajo y, especialmente, el carácter político y ético que Mead le atribuyó al *self*, a la conciencia, a la mente, y a las personas y sociedades en su conjunto. Después de realizada esta investigación, puede afirmarse con seguridad que esa fue una de sus más importantes contribuciones: la construcción de un sujeto social expresamente político; un *self* y una mente constituidas social y simbólicamente con la capacidad y obligación de trabajar o dirigir su actividad hacia la transformación social; y el carácter de consciente y dirigido del cambio social.

De todo lo anterior se asegura, entonces, que Mead no fue solo un gran filósofo y teórico social, sino que fue, sobre todo, un reformador y un incansable luchador social; cuya actividad estuvo siempre dirigida al cambio y transformación de las comunidades de las que formó parte. Así como podría encontrarse escribiendo o dando clase en las universidades, podría estar también en las calles luchando, negociando o marchando por los derechos, la igualdad, la justicia y la democracia. Una vida entera, en lo teórico y en lo práctico, dedicada a la búsqueda de una

sociedad más justa, inclusiva, democrática, ética y participativa. Mas allá de este nuevo sentido que adquiere el pensamiento de Mead, entender su psicología social como una con un compromiso intrínsecamente político reivindica el carácter político mismo no solo de la psicología en general o de la psicología social, sino de la ciencia en sí, del quehacer científico y académico. Con sus acciones y mediante el desarrollo de una teoría en donde las personas construyen su medio, y no solo de adaptan a él, Mead mostró como se puede, y se debe, pensar y actuar por un mundo mejor.

Referencias

- Álvaro, J., & Garrido, A. (2007). *Psicología Social. Perspectivas Psicológicas y Sociológicas*. México: McGrawHill.
- Alexander, J. (1995). *Las Teorías Sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial*. Barcelona: Gedisa.
- Baldwin, J. D. (1986). *George Herbert Mead. A unifying theory for sociology*. California: SAGE Publications.
- Becker, H. (1999). The Chicago School, So-called. *Qualitative Sociology* , 22 (1), 3-12.
- Bernstein, R. J. (2013). *El Giro Pragmático*. Barcelona: Anthropos/UAM-I.
- Carreira, F. (2007). Re-examining Mead. G.H. Mead on the 'Material Reproduction of Society'. *Journal of Classical Sociology*, 7 (3), 291-313.
- Carreira, F. (2006). G. H. Mead in the history of sociological ideas. *Journal of History and Behavioral Sciences*, 42 (1), 19-39.
- Collins, R. (1987). Interactional Ritual Chains, Power and Property: The Micro-Macro Connection as an Empirically Based Theoretical Problem. En J. Alexander (Ed.), *The Micro-macro Link* (págs. 193-206). Berkeley: University of California Press.
- Collins, R. (1996). *Cuatro Tradiciones Sociológicas*. México: UAM-I.
- Cook, G. A. (1993). *George Herbert Mead. The making of a social pragmatist*. Illinois: University of Illinois Press.
- De la Peña, G. (2003). Simmel y la Escuela de Chicago en torno a los espacios públicos. *Revista Sincronía* , 8 (28). [Sin paginación]
- Deegan, M. J., & Burger, J. (1978). George Herbert Mead and Social Reform: His Work and Writings. *Journal of the History of the Behavioral Sciences* , 14, 362-373.
- Dewey, J. (1931). George Herbert Mead. *Journal of Philosophy* , 28, 309-314.
- Fernández, P. (1994). *La Psicología Colectiva. Un fin de siglo más tarde*. México: Anthropos.

- Fernández, P. (2003). La Psicología Política como Estética Social. *Revista Interamericana de Psicología*, 37 (2), 253-266.
- González, T. (2011). El Interaccionismo Simbólico. En S. Giner, *Teoría Sociológica Moderna* (2ª edición ed., págs. 179-229). Barcelona: Planeta.
- Goodman, R. (Enero de 2017). *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*. Recuperado el 19 de Noviembre de 2018, de William James: <https://plato.stanford.edu/archives/win2017/entries/james/>
- Huebner, D. (2016). History and Social Progress: Reflections on Mead's Approach to History. *European Journal of Pragmatism and American Philosophy*, 8 (2), 120-137.
- Huebner, D. (2017). Mead, Dewey, and Their Influences in the Social Sciences. En Steven Fesmire. (Ed.), *The Oxford Handbook of Dewey*. Oxford: Oxford Press.
- Ibáñez, T. (1993) La Dimensión Política de la Psicología Social. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 25 (1), 19-34.
- Joas, H. (1985). *G. H. Mead. A Contemporary Re-examination of his Thought*. Massachusetts: The MIT Press.
- Johnson, P. (2008). *Contemporary Sociological Theory: An Integral Multilevel Approach*. New York: Springer.
- Jones-Wilson, Asbury, Okazawa-Rey, Anderson, Jacobs, & Fultz. (1996). *Encyclopedia of African-American Education*. Westport: Greenwood Press.
- Kaminsky, G. (2009). Estudio Preliminar. En G. H. Mead, *Escritos Políticos y Filosóficos* (págs. 9-33). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Lazo, P & Leyva, G. (2013). Estudio Introductorio. En R. Bernstein, *El Giro Pragmático* (págs. IX-XXXII). México: Anthropos/UAM-I
- Mead, G. H. (1896). The Relation of Play to Education. *University Record*, 1 (8), 141-145.
- Mead, G. H. (1899a). The Working Hypothesis in Social Reform. *American Journal of Sociology*, 5, 367-371.
- Mead, G. H. (1899b). Review of the Psychology of Socialism by Gustav Le Bon. 19, 404-412.
- Mead, G. H. (1906). Science in the High School. *School Review*, 14, 237-249.

- Mead, G. H. (1907). The Teaching of Science in College. *Science* , 24, 390-397.
- Mead, G. H. (1908). The Philosophical Basis for Ethics. *International Journal of Ethics* , 18, 311-323.
- Mead, G. H. (1910). The Psychology of Social Consciousness Implied in Instruction. *Science* , 31, 688-693.
- Mead, G. H. (1915a). Natural Rights and the Theory of the Political Institution. *The Journal of Philosophy, Psychology and Scientific Methods* , 12 (6), 141-155.
- Mead, G. H. (1915b). The Psychological Basis for Internationalism. *Survey* , 33, 604-607.
- Mead, G. H. (1917a). Problemas de la democracia en la Guerra Mundial. En G. H. Mead, *Escritos Políticos y Filosóficos* (págs. 65-67) Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Mead, G. H. (1917b). Los ideales de Estados Unidos y la Guerra. En G. H. Mead, *Escritos Políticos y Filosóficos* (págs. 69-71) Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Mead, G. H. (1917c). La crisis alemana. Sus efectos sobre la clase trabajadora. En G. H. Mead, *Escritos Políticos y Filosóficos* (págs. 73-77) Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Mead, G. H. (1917d). El Objeto de Conciencia. En G. H. Mead, *Escritos Políticos y Filosóficos* (págs. 79-87) Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Mead, G. H. (1917e). Scientific Method and Individual Thinker. En J. Dewey, *Creative Intelligence: Essays in the Pragmatic Attitude* (págs. 176-227). New York: Henry Holt and Co.
- Mead, G. H. (1929a). National-Mindedness and International-Mindedness. *The International Journal of Ethics* , 39 (4), 385-407.
- Mead, G. H. (1929b). A Pragmatic Theory of Truth. *Studies in the Nature of Truth* , 11, 65-88.
- Mead, G. H. (1932). *Philosophy of the Present*. Illinois: Open Court.
- Mead, G. H. (1934). *Espíritu, Persona y Sociedad*. Buenos Aires: Paidós, 1982

- Mead, G. H. (1964a). Evolution Becomes a General Idea. En G. H. Mead, & M. J. Deegan (Ed.), *Essays on Social Psychology* (págs. 3-18). Chicago: The University of Chicago Press.
- Mead, G. H. (1964b). Cooley's Contribution to American Social Thought. En G. H. Mead, & M. J. Deegan (Ed.), *Essays on Social Psychology* (págs. 293-307). Chicago: The University of Chicago Press.
- Mead, G. H. (1964c). Auguste Comte. En G. H. Mead, & M. J. Deegan (Ed.), *Essays on Social Psychology* (págs. 285-292). Chicago: The University of Chicago Press.
- Mead, G. H. (1964d). History and the Experimental Method. En G. H. Mead, & M. J. Deegan (Ed.), *Essays on Social Psychology* (págs. 319-327). Chicago: The University of Chicago Press.
- Mead, G. H. (1964e). The Nature of Scientific Knowledge. En G. H. Mead, & M. J. Deegan (Ed.), *Essays on Social Psychology* (págs. 45-64). Chicago: The University of Chicago Press.
- Morris, C. (1934). Introducción. George H. Mead como psicólogo y filósofo social. En G. H. Mead, *Espíritu, Persona y Sociedad* (págs. 23-48). Buenos Aires: Paidós.
- Peirce, C. (1877). La Fijación de la Creencia. En C. Peirce, *Obra Filosófica Reunida. Tomo I* (págs. 157-171). México: Fondo de Cultura Económica.
- Peirce, C. (1878). Deducción, Inducción e Hipótesis. En C. Peirce, *Obra Filosófica Reunida. Tomo I* (págs. 233-246). México: Fondo de Cultura Económica.
- Peirce, C. (1894). ¿Qué es un Signo? En C. Peirce, *Obra Filosófica Reunida. Tomo II* (págs. 53-60). México: Fondo de Cultura Económica.
- Ramírez, S. (2003). El enfoque sociológico. En A. Estramiana, *Fundamentos Sociales del Comportamiento Humano* (págs. 111-171). Barcelona: Editorial UOC.
- Ritzer, G. (2001). *Teoría Sociológica Clásica*. México: McGraw Hill.
- Ritzer, G. (1993). *Teoría Sociológica Contemporánea*. México: McGraw Hill.
- Roberts, B. (2006). *Micro Social Theory*. New York: Palgrave MacMillan.

- Scott, J. (2007). *Fifty Key Sociologists. The formative theorists*. New York: Routledge.
- Shalin, D. (1988). G.H. Mead, Socialism, and the Progressive Agenda. *American Journal of Sociology* , 93 (4), 913-951.
- Shalin, D. (2016). George Herbert Mead as a Macro-Sociologist: The Promise Unfulfilled? *Contemporary Sociology*, 45 (3), 270-272
- Simpson, B. (2014). George Herbert Mead (1863-1931). En Helin, Hernes, Hjorth, & Holt (Edits.), *The Oxford Handbook of Process Philosophy and Organization Studies*. Oxford: Oxford Press.
- Soto, J. (2013). Microsociología. En S. Arciga, J. Juárez, & J. Mendoza, *Introducción a la Psicología Social* (págs. 163-172). México: Miguel Ángel Porrúa/UAM-I.
- Stryker, S. (1980). *Symbolic Interactionism. A social structural version*. New Jersey: The Blackburn Press.
- Swingewood, A. (1984). *A Short History of Sociological Thought*. London: Palgrave MacMillan.
- Watson, J. B. (1919). *Psychology from the Standpoint of a Behaviorist*. Philadelphia: J.B. Lippincott Company.
- Watson, J. B. (1925). *Behaviorism*. London: Kegan Paul, Trench, Trubner and Co.